

Lorraine Murray

Échale la culpa
a mi hermana



Échale la culpa a mi hermana

LORRAINE MURRAY

Primera edición: junio, 2020

Segunda edición: febrero 2024

Imagen de portada kstudio en Freepik.com

Título original: Échale la culpa a mi hermana.

Del texto: Lorraine Murray, 2020, 2024 ©

De esta edición: Lorraine Murray, 2024 ©

ISBN: Independently published.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro – incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de amigo en Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o préstamos.

Prólogo

Sandra permanecía tecleando como si estuviera poseída por algún espíritu. Con la mirada estaba fija en la pantalla de su portátil. Se humedecía los labios, se los mordía o bien era la uña del pulgar la que sufría los ataques de sus dientes, como consecuencia de los nervios. Ni si quiera prestaba atención a su gata, Afrodita; y eso que se hacía notas paseándose entre sus piernas; rozándose y ronroneando para llamar su atención. Cada cierto tiempo, ella las movía para ver si esta se quedaba quieta. Pero no había manera. Así que no le quedaba otra que bajar su atención a esta.

—Para quieta, zalamera. Me estás haciendo cosquillas. ¿No entiendes que tengo que terminar de corregir el manuscrito? Si no lo acabo esta semana, mi editora me va a llamar otra vez para saber cuándo lo tendrá. Si vuelvo a darle largas... No le va a hacer ninguna gracia —le dijo lanzándole una mirada cariñosa.

Afrodita vivía con ella desde hacía tres años cuando una noche al bajar a tirar la basura escuchó unos débiles maullidos procedentes de una caja de cartón. Sandra no pudo evitar sentir la curiosidad de saber de dónde procedían. Al echar un vistazo a la caja se encontró con una bola de pelo atigrada entre varios papeles. Después de mirar a un lado y otro de la calle sin notar presencia humana, decidió coger la caja con su inquilina en el interior y subirla a casa. Sintió una sacudida de cariño por el animal y decidió que se merecía una oportunidad. Aunque ella no había tenido nunca una mascota, decidió que tal vez ese era el momento de hacerlo. Además, en cuanto Lena, su hermana, la vio, dijo que la gata no salía del piso. Me nos mal que a esta le gustaban los animales. La mantuvo en cuarentena, la llevó a un conocido que trabajaba en una clínica veterinaria, y tras realizar todos los trámites necesarios, Afrodita, nombre que le dieron en honor a la diosa griega del amor, había pasado a convertirse en la tercera compañera de piso.

La melodía de su móvil pareció sacarla de los recuerdos de cómo la gata llegó a su vida. En un primer momento ignoró la melodía temiendo que pudiera ser su editora, de la que estaba hablando a Afrodita. Pero ante la insistencia decidió lanzar una mirada de reojo a la pantalla para ver quién era. Su amiga Raquel, o más bien Rachel, como ella prefería que la llamaran. ¿Qué diablos querría? Llevaban meses sin saber la una de la otra. Deslizó su dedo por la pantalla y acercó el móvil para poderla escuchar.

—Hola Rachel, ¡cuánto tiempo sin saber de ti!

—Hola Sandra. Sí, han pasado unos cuantos meses desde la última vez que estuvimos charlando. ¿Cómo te marcha todo? ¿En qué andas metida, en otro manuscrito?

—Has acertado. Ando tecleando sin darme tregua. Le estaba diciendo a mi gata, que tengo que terminar la corrección lo antes posible para entregarlo —le dijo sin apartar en ningún momento su atención del texto para aprovechar el tiempo.

—¡Eso significa que tendremos pronto tu nueva historia!

El grito de entusiasmo de Rachel, le provocó a Sandra una sonrisa tímida y una oleada de orgullo porque estuviera pendiente de su trabajo. Pero a pesar de esta emoción repentina, ella no se permitió relajar su atención del texto. Por unos segundos no le dijo nada porque quería llegar al final del párrafo, que estaba revisando. Este silencio captó la atención de Rachel al otro lado de la línea.

—Presiento que te pillo en mal momento.

—No, tranquila. Sigo a lo mío a la vez que te escucho. Dime, ¿qué tal todo por París?

Porque deduzco que sigues allí.

—Sí, sigo aquí. Seré breve porque no quiero robarte demasiado tiempo. El fin de semana del quince de julio voy a celebrar mi fiesta de compromiso y quería saber si cuento contigo. A lo mejor te aviso con poco tiempo, pero creo que es suficiente, ya que falta un mes.

Sandra no pareció haber escuchado bien la propuesta porque seguía moviendo sus labios a medida que leía. Pero de repente se detuvo y su atención se centró en el móvil. Frunció el ceño y entrecerró sus ojos como si estuviera contemplando el rostro de su amiga en ese momento.

—¿Una fiesta? ¿Te casas? —se quedó boqueando como un pez mientras se quitaba las gafas y parpadeaba llena de incredulidad.

—Sí. Y voy a celebrar una fiesta de despedida de soltera o de compromiso como prefieras llamarlo en la villa que tienen los padres de Charlie en Ibiza. Él también invitará a su cuadrilla de amigos. Te llamaba para saber si cuento contigo. Para mí sería muy importante contar con mis mejores amigas desde la época del colegio.

Sandra permanecía con la boca abierta sin saber qué coño decir. ¿Una fiesta de compromiso? Su amiga se casaba... Se repitió sin salir de su asombro. Pero... Claro que le apetecía pasar unos días en la isla y divertirse después del año que lleva de trabajo. Entre firmas de ejemplares por medio país, entrevistas en medios de comunicación, reportajes y la planificación de su nueva novela, no veía el momento de pillarse unos días de descanso.

—¿Qué te parece? ¿Sigues ahí? Apuesto a que te has quedado blanca.

—Sí, sí. Estoy aquí. Te escucho. Es que me has pillado por sorpresa en todos los sentidos. Desconocía que te fueras a casar...

—Sí. Charlie y yo lo hemos decidido hace cosa de un mes.

—Por eso te digo porque la última vez que hablamos no me comentaste nada.

—Ha sido algo repentino y queremos casarnos en otoño aquí en París.

—¡Es... genial! —No sabía qué más decir porque aquella noticia había dejado sin capacidad de reacción para pensar con cordura.

—Pues tú dirás. Por cierto, por el alojamiento no tienes que preocuparte. He hablado con Bea y me ha asegurado que se encargaría de reservar algunos de los apartamentos que gestiona su inmobiliaria en playa d'Embossa. Por si no quieres gastarte el dinero en un hotel.

—Eso está... bien. Porque se me había ocurrido llamar a Bea para comentárselo. Pero si ya lo has hablado con ella...

—No hace falta. Por cierto, Bea ha dicho que estará, claro. Y también me lo ha confirmado Sofía... Me faltas tú para cerrar el círculo de amigas.

—Sí... Bien... Claro, faltaría más. Además, me vendrá bien tomarme unos días de descanso.

—¡Wow! ¡Síiiiiii!! Entonces te apunto. Ah, por cierto, díselo a tu chico. Me comentaste que estabas saliendo con alguien la última vez que hablamos. Seguro que en cuanto le digas que está invitado a Ibiza, se apunta. Sofía también llevará a su pareja. Así nos conoceremos todos antes de la boda.

Sandra permaneció en silencio durante unos segundos escuchando la sugerencia de Rachel. Hacía cosa de un mes más o menos que había dejado su relación y al parecer no se lo había dicho. Resopló cuando se dio cuenta que había estado tan liada con la promoción de su última novela, que se le pasó por alto. O no habían coincidido sus llamadas en aquellos días para habérselo dicho. Sin embargo, no solo no rebatió ese comentario y le dijo que ya no salía con nadie, sino que se escuchó asintiendo.

—De acuerdo, veré qué hago.

—Vale, pues te apunto con tu pareja...
—Oye, no es nada seguro... Tengo que...
—Sí, sí, hablar con él. En cuanto sepas algo me dices.
—¿De qué fin de semana me estás hablando?
—El de la segunda quincena de julio, creo habértelo dicho al principio.
—Sí... —se había quedado tan anestesiada con la noticia que no era capaz de reaccionar.
—Pues era para eso para lo que te llamaba. No quiero robarte tiempo y te dejo que sigas escribiendo. Por cierto, ¿puedes contarme de qué va tu nueva historia?
—No, no puedo. Sabes que eso es algo confidencial entre la editora y yo.
—Está bien. Tú siempre tan legal para todo. Estaremos en contacto para irte avanzando más cosas según se acerque el día. Tengo ganas de conocer a tu chico.
—Sí. Perfecto. Me alegro por ti —susurró porque tenía la impresión de que había perdido hasta la capacidad de hablar.
—Estamos en contacto.

Deslizó el dedo por la pantalla para cortar la llamada y luego se quedó con la mirada fija en un punto sin ser capaz de reaccionar. ¿Una fiesta con motivo de la boda de su amiga Rachel en Ibiza? ¿Cómo coño iba a pedirle a su ex que la acompañara? ¿Si no habían vuelto a verse desde que lo dejaron! ¿Por qué no le había dicho a su amiga que no tenía pareja? Hubiera sido lo más sensato. ¿Tanto le importaba acudir sin una? Vale que Rachel iba a casarse, y que Sofía iría acompañada. Pero de Bea no le había dicho nada, luego... Esbozó una sonrisa de triunfo. No sería la única que estuviera sola. Sin embargo, la duda le asaltó de repente. ¿Y si todos los invitados iban acompañados? Abrió la boca y la expresión de sus ojos fue de espanto pensando que esto pudiera suceder. ¡No quería que la señalaran y empezaran a decirle que se iba a quedar sola! ¡Qué tenía una edad en la que se le iba a pasar el arroz! Los típicos comentarios que le recordaba su madre. No soportaba cuando le decía que la hija de fulanita tenía novio, y la de menganita estaba comprometida. Todo esto le trajo a la mente la rivalidad que siempre había existido entre sus amigas y ella desde que eran adolescentes. En un sentido sano, claro. Pero eso de ver quien salía con el chico más guapo del instituto o a cuál de ellas no le entraba ninguno estando de fiesta, siempre las había... marcado en cierto modo. Y conociendo a Rachel y a Sofía... Elevó las cejas y frunció los labios de una manera bastante elocuente. Al menos Bea no era de las que entraba al trapo. Ella era más sensata en ese sentido. No como su hermano Alex, que por lo que sabía se había liado con una chica que estuvo trabajando de gogó en la isla, y se había ido con ella hasta Glasgow. Eso sí que era una completa locura.

Se olvidó del manuscrito por unos minutos ya que tendría que tomar una decisión cuanto antes al respecto. Lo que tenía claro era que su ex no iba a ir. Y si no quería decirle que habían roto siempre podría recurrir a que tenía trabajo y no le era posible. O bien que su ex no podía bajo ningún concepto. O ir sola y contarle la verdad, con las posibles consecuencias de ello. O invitar a algún conocido suyo a que la acompañara. Al fin y al cabo, eso sucedía en las novelas y en las películas, ¿no? Resopló pensando en esa alocada idea, pero que en la ficción solía funcionar. Bajó su mirada hacia Afrodita como si esta tuviera la solución a su problema.

—¿Qué narices podemos hacer, Afrodita? Podrías echarme una mano, ¿no? Se supone que ere la diosa del amor. Eso sí, en forma de gata —le dijo mientras esta parecía pasar de aquella petición y seguía con su aseo pasándose la patita por la cara.

Sandra solo pudo reír ante aquella escena. Decidió aparcarse el asunto de la despedida de soltera de su amiga hasta que hubiera terminado con el manuscrito. Este corría más prisa. Y la verdad, ella misma quería entregarlo lo antes posible y tomarse un respiro. Claro que en cuanto

cerrare este tema laboral tendría que plantearse en serio el personal y sentimental de la invitación de Rachel. ¿A quién coño iba a hacer pasar por su pareja? ¿Y quién estaría tan loco para hacerlo?

Capítulo uno

Había concluido la corrección y dado por bueno su nuevo manuscrito. Tras recibir el ok de su editora se dijo que por fin podía disfrutar de algo de tiempo libre. Pero esto también implicaba que le quedaban menos días para tomar una decisión con respecto a la fiesta de su amiga Rachel. Lo había dejado aparcado hasta concluir con su novela. Y le había funcionado porque no había vuelto a pensar en ello. Pero el momento de tomar una decisión se acercaba. Había echado un vistazo a los vuelos y casi lo tenía hecho, pero, ¿qué iba a hacer con la cuestión del acompañante? Resopló removiendo su café con hielo sentada al sol en una terraza esperando a su hermana pequeña. Le comentaría la situación a ver qué le parecía. Claro que debería tomárselo con cautela dado que esta le podía salir con cualquier ocurrencia.

Lena pareció surgir de la nada. El tiempo que tardó Sandra en abrir y cerrar sus ojos. Allí estaba con una sonrisa de lo más reluciente, sus gafas de sol en lo alto de la cabeza sujetando su pelo, un vestido ligero de flores y sandalias de cuña. No soportaba el tacón durante muchas horas.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? Disculpa es que me entretuve viendo algo de ropa.

—Tranquila, acaban de traerme el café. Pide lo que quieras —le indicó haciendo un gesto hacia el camarero que pasaba por su lado.

—Lo mismo que ella. Y bien, ¿qué tal tu nuevo manuscrito? ¿Ya lo has terminado? Porque que hayamos quedado significa que estás libre en ese sentido.

—Ya está entregado. Y con el visto bueno de mi editora.

—Por fin puedes descansar. ¿Y ahora? ¿Qué era eso que me querías comentar con tanta urgencia y que no podía esperar a que nos viéramos en casa? Te noté algo alterada por el móvil. ¿No irás a decirme que te estresas por no tener nada que hacer ahora que has concluido tu próxima novela? —Lena entornó su mirada con toda intención porque sabía de lo que era capaz su hermana. Se agobiaba tanto si tenía una fecha de entrega, porque siempre anda diciéndole que no llegaba a entregarlo, como una vez que esa fecha pasada y no sabía qué hacer después.

—Rachel me ha invitado a su fiesta de compromiso o despedida de soltera, da igual el apelativo que quiera darle.

—¿Cómo? ¿Tu amiga Rachel se casa? —Lena abrió los ojos como platos sin terminar de creer esa información.

—Eso parece.

—Vaya, siempre pensé que no era de esas. Pero, ¿y cuándo te lo ha dicho?

—Hace cosa de una semana me llamó para darme la noticia. Y como te decía, para invitarme a ir a Ibiza para celebrar su próxima boda. Me quedé tan anestesiada que ya no sé qué me contó. Me pilló en plena corrección y llegó un momento que no sabía si mi novela iba de una boda o sobre qué.

—¿Qué te ha invitado a su fiesta?! ¡En Ibiza nada menos!

—Sí. En Ibiza. En la villa que tienen los padres de su futuro marido en la isla.

—¡Coño! ¿Qué tienen sus padres un palacio? —exclamó Lena abriendo los ojos como platos y fijando la atención en su hermana—. ¿Vais a vestiros en plan moda ibicenca? Ya me entiendes en plan blanco estilo Adlib.

Sandra sacudió la cabeza y frunció los labios.

—Que yo sepa no. Al menos no me ha comentado nada. Me ha dicho que ya me iría

informando. Supongo que lo hará en los próximos días —Sandra hizo un mohín con sus labios y elevó sus cejas.

—¿Y dónde te alojarás?

—Al parecer, Bea nos reserva un apartamento a los que queramos.

—¿Y ya lo tienes todo preparado? —Lena cogió el vaso para darle un trago al café y observar el gesto dubitativo de su hermana.

—Es a mitad de julio.

—Entonces tienes tiempo. Te quedan tres semanas. ¿Ya tienes reservado el vuelo, al menos?

—No, todavía no. Lo he estado mirando, pero no lo he reservado.

—¿Y a qué estás esperando? —Lena se quedó con la boca abierta sin entender por qué su hermana no tenía una reserva—. Oye por la cara que estás poniendo no parece que te haga mucha ilusión ir... ¿Qué pasa?

—Es que hay una condición que no te he contado.

—¿De qué estás hablando? ¿Os ha puesto una condición para asistir? —Lena entrecerró los ojos y se recostó contra el respaldo de la silla con toda intención.

—Rachel me ha pedido que lleve a mi pareja.

Lena arqueó las cejas.

—Pero si no tienes. Rompiste con Luis... Hace cosa de... ¿un mes?

—Sí.

—¿Y qué pasa? —Lena sacudió la cabeza y encogió los hombros sin entender el problema hasta que cayó en la cuenta. Esta era la cuestión por la que su hermana tenía esa cara. Abrió la boca y agitó un dedo delante de esta—. No se lo has dicho.

—No.

—¿Por qué? Es algo de lo más normal que las relaciones se rompan. De igual modo que otras surgen.

—Estaba centrada en la corrección de la novela, ella contándome todo esto Y Afrodita haciéndome cosquillas en los pies con sus idas y venidas... No me dio ni tiempo a decírselo. Créeme.

—¿Y qué piensas hacer? ¿No se te habrá pasado por la cabeza llamarlo?

—¿Cómo voy a hacer algo así?

—Entonces, ¿vas a ir sola? No sería una buena idea conociendo a tus amigas. Ya sabes lo que dirán si no tienes pareja. Que te quedas para vestir santos y todas esas leyendas urbanas de mamá —ironizó Lena conociendo de ante mano la reacción de Rachel porque sería la misma que la de la madre de ellas dos.

—Me da igual lo que diga —le rebatió con dureza Sandra—. No es de su incumbencia meterse en mi vida privada.

—Correcto, pero ¿qué tienes pensado hacer?

—No lo sé. Siempre puedo poner una disculpa y no ir.

—Eso podrías habérselo dicho en su momento. Cuando te pilló escribiendo. Habría colado más y mejor. —le aseguró Lena sacudiendo la mano delante de ella y torciendo el gesto.

—Siempre puedo ir sola y pasar de lo que me digan.

—Podrías ser la única que no llevara pareja. Y acabarías sola, lo que supondría que podrías conocer a alguien de los que asistan. Digo yo que no todos llevarán pareja.

—Rachel me dijo que Sofía iría acompañada.

—¡Ups! Pues ya van dos de cuatro. ¿Y Bea? ¿Sabes si está saliendo con alguien?

—No lo sé. Las pocas veces que hemos hablado no me ha comentado nada.

—Pues en el caso de que tus tres amigas aparecieran con pareja...

—Ya, pero ¿qué puedo hacer? No puedo salir por ahí y ligarme a un tío en dos semanas y decirle que se venga a Ibiza conmigo.

—Bien mirado. Si le pagas el viaje...

—Seguro —asintió Sandra con cara de pocos amigos.

Lena permaneció unos segundos con el gesto perdido. Estaba pensando en dos posibles soluciones que desconocía si su hermana se había planteado.

—A ver, tengo dos posibilidades más, que no estoy segura de que se te hayan pasado por la cabeza —le aseguró asintiendo de con una sonrisa divertida—. Una muy recurrente en estos casos, que suele aparecer en novelas y películas.

Sandra comenzó a reírse al darse cuenta de lo que dejaba entrever su hermana. Era lo que temía de ella en situaciones como esa: sus ocurrencias.

—¿Quieres que contrate a alguien para que se haga pasar por mi pareja? ¿A qué sí?

—Sí, aunque está muy explotado en la ficción y no es fiable. Imagina por un momento que a él le gustara una de las invitadas más que tú.

—¿Insinúas que me dejaría tirada? Se supone que todos van a ir acompañados.

—Podría ser. ¿Por qué no? Pero no estamos seguras.

—Le pagaría para que estuviera conmigo. No para que se dedicara a ligar con otras.

—Cierto.

—Dijiste que tenías dos posibilidades. Una ya la hemos quemado, ¿cuál es la otra?

Lena entrecerró los ojos unos segundos y se mordió el labio.

—Llamar a algún amigo que tengamos en común tú y yo —le propuso pensando en uno en concreto, que siempre se había sentido atraído por Sandra, pero que nunca se había decidido a intentarlo con ella.

—¿Lo dices en serio? Hace tiempo que no me relaciono con muchos. Y puede que tengan parejas o estén casados. Además, te recuerdo que tampoco es que me apetezca comprometer a uno de esa manera. Hasta el punto de venirse conmigo a Ibiza un fin de semana. Seamos serías.

—¿Por qué no? ¿Qué opinas de Max, por ejemplo? Siempre os habéis llevado muy bien —le soltó con total naturalidad viendo que el gesto de su hermana no era de desagrado.

—¿Por qué habría de aceptar a venirse conmigo un fin de semana?

—Ya le estás buscando un <<pero>> y ni siquiera se lo has propuesto. Si vas a ir por ese camino, mejor ni me molestes en ayudarte —le dijo adoptando un tono frío y cortante al tiempo que movía la mano cortando el aire de manera tajante.

—Vale, vale. No digo más —Sandra levantó las manos en señal de rendición y luego apuntó con estas a su hermana—. Max. ¿Por qué él?

—Acabo de decírtelo. Os habéis llevado bien pese a ser más amigo mío que tuyo.

—Vale, en eso te doy la razón. ¿Qué más razones hay para contar con él como primera opción?

—Porque sé que no tiene pareja.

—¿Sigues en contacto con él? —Sandra arqueó una ceja con suspicacia—. Yo lo he visto solo en un par de ocasiones por la calle. Pero no hemos hablado de nuestras vidas personales.

—Es normal que no lo veas muy a menudo. Estás metida en casa escribiendo.

—Es mi trabajo, ¿qué se supone que tengo que hacer?

—Salir un poco más, para empezar. Podrías escribir en alguna biblioteca, o en un café. Hay escritores que lo hacen. A lo que iba, Max y yo quedamos de vez en cuando.

—Desconocía que lo hicieras —sonrió con picardía.

—No es lo que tú piensas. Además, tú y él ya tuvisteis algo en el pasado...

Aquel comentario pilló a Sandra con la guarda baja y su reacción tardó unos segundos en llegar.

—Ah... Eso... Sí, bueno... Teníamos quince años menos que ahora —le recordó sin darle la mayor importancia a ese hecho.

—Da igual la edad. Os liasteis una noche que estábamos de fiesta. Un lio es un lio. Y eso, perdona que te diga solo sucede cuando dos personas se atraen.

—No voy negarlo porque sé lo que sucedió.

—Puedo llamarlo para preguntárselo o bien decirle que te llame. O quedar con él y exponerle la situación. O llamarlo tú.

—Prefiero que lo hagas tú. Pero no le digas que no tengo a nadie con quién ir.

—Eso te lo dejo a ti que eres la interesada en que él te acompañe. Verás como no le importa ir contigo cuando se lo cuentes. Y eso que te largaste de la noche a la mañana con una beca dejándolo con un palmo de narices.

—No insistas con ese tema.

—¡Pero si es la verdad! Imagino que él no lo habrá olvidado.

—Prefiero no insistir en ello. Además, acabo de decirte que teníamos veinte años. Estoy empezando a considerar la situación...

—Lo que estás haciendo es poner excusas.

—No son excusas. Siempre puedo llamar a Rachel y decirle que no puedo ir.

—¿Y perderte una juerga en Ibiza solo porque no te atreves a contarle a Max, que necesitas ir con alguien que se haga pasar por tu pareja?

—No tengo que ser tan explícita.

—¿Y cómo coño vais a comportaros como tal, si no le cuentas la verdad? Se supone que él está contigo. Y todos lo que estén presentes allí, lo pensarán. Empezando por tus amigas. Y si no perciben la química, no colará. Y encima quedarás fatal delante de ellas.

—Pero es que no vamos a comportarnos como tal. No creo que mis amigas estén pendientes de mí a todas horas.

—Te conviene ponerlo sobre aviso.

—Va a pensar que soy idiota.

—Nada de eso. Pero si no le aclaras la situación desde el minuto uno, va a pensar que estás buscando liarte con él de verdad. ¿Cómo coño quieres que interprete que le ofreces ir a Ibiza un fin de semana para una fiesta de compromiso o soltería, con tus amigas?

Sandra ladeó la cabeza y movió las cejas.

—Cierto, pero hay una cuestión que no has pensado.

—¿Cuál? —el tono cansino de Lena le hizo ver a Sandra que se estaba agobiando.

—Que Max, conoce a mis amigas. De cuando salíamos en pandilla. Menudo cachondeo me espera cuando me presente con él.

—¿Por qué? Con más motivo para que todo salga bien. A nadie le extrañaría que al final hubieseis vuelto, a pesar del año tuyo en Alemania ¿no?

—¿De qué hablas? ¿Cómo que no les extrañaría?

—Todas pensábamos en alguna ocasión que después de todo podríais acabar juntos. ¿Tu no?

—La verdad es que... —Sandra volvió a ladear la cabeza e inspiró de manera profunda. Tal vez Lena tuviera razón después de todo—. Siempre tuvimos buen rollo y eso que dices que

pensabais de nosotros...

—¿Tú no llegaste a pensarlo en algún momento?

—Si te soy sincera... Sí —lo dijo con un toque de ensoñación—. Pensaré que soy idiota por proponerle esto. ¡Tengo treinta y cuatro años y la impresión de que me estoy comportando como una quinceañera, Lena!

—¿Por qué tendría que juzgarte? No considero a Max de esa clase de personas. Además, si acepta ir se ceñirá al plan. Y si no le interesa lo que le propongas... Pues no irá.

—Pareces tenerlo muy claro.

—Es la verdad. Siempre puedes contratar a un profesional —sonrió divertida ante esa posibilidad. Claro que ella prefería que fuera Max el que la acompañara. Sobre todo, por lo que sabía que él había sentido siempre por su hermana. A lo mejor si pasaban juntos un fin de semana... ¿Quién sabía?

—Pero, te repito que hace tiempo que no lo veo. ¿Cómo voy a presentarme delante él y soltarle todo de golpe?

—Eso lo arreglamos rápido. Podemos quedar e ir a cenar a su restaurante. De ese modo hablamos con él a ver qué le parece.

—No he ido a este, pese a que me lo comentó el día que nos vimos en la calle.

Sandra resopló y sacudió la cabeza sin poder creer lo que estaba a punto de hacer. ¿Por qué no se le había ocurrido rechazar la invitación de Rachel el mismo día que la invitó? Le habría evitado todo aquel quebradero de cabeza. Era como si pretendiera encajar las piezas de un puzle que no eran de este.

—¿Qué me dices? No perdemos nada por ir a verlo.

Sandra se limitó a gesticular con sus manos y a sonreír en señal de derrota.

—Está bien. Iremos a ver a Max.

—Lo llamaré para reservar mesa esta misma noche —comentó Lena con gesto triunfante viendo el rictus del rostro de su hermana.

—¿Esta noche?!

—Tenemos que explorar otras vías por si Max no puede o no quiere. Necesitamos más candidatos.

Sandra resopló y sintió un vuelco en el pecho con solo escuchar hablar a su hermana de candidatos para acompañarla a la fiesta de despedida de su amiga.

—De acuerdo, lo dejo en tus manos —asintió poniendo los ojos en blanco en principio y luego volviendo a traer a su mente a Max, y los momentos que habían compartido cuando eran estudiantes. ¿En serio todas pensaron en ellos como futura pareja? Se preguntó sin terminar de creerlo. En un principio ella lo había considerado de pasada, nada más. No en un sentido estricto ni romántico. Bueno, se prepararía mentalmente para esa noche. Cruzaría los dedos esperando no tener que andar buscando a alguien más para ir con ella.

capítulo dos

Quedaron en la puerta del restaurante. Lena llamó a su hermana para confirmarle que tenía una mesa reservada. Durante toda la tarde Sandra había estado dándole vueltas y más vueltas a las posibles reacciones de Max. Y a cada minuto que pensaba en estas le surgía una nueva. Hasta que al final decidió concentrarse en otra cosa porque de lo contrario no se presentaría a cenar. Sería mejor dejarlo estar y ver qué sucedía. Cruzaría los dedos.

—Pensaba que te lo habías pensando y ya no vendrías —le dijo Lena cuando por fin la vio aparecer.

—No llego tan tarde.

—Entremos.

Sandra cogió aire cuando su hermana empujó la puerta del coqueto local. Esperaron en la entrada junto al atril de recepción de clientes a que le asignaran la mesa. Lena echó un vistazo a su alrededor mientras su hermana mantenía la cabeza algo gacha como si evitara ver a Max. Este acudió a recibirlas nada más fijarse en ellas. Se acercó a Lena y le dio dos besos.

—Qué alegría me diste cuando me llamaste para venir a cenar —le confesó sin dejar de contemplarla ni de separarse de ella.

—Celebro saberlo. La verdad es que hacía tiempo que no venía.

Sandra no esperaba que la imagen de Max la impactara de la forma en que lo hizo. Vestido con un traje oscuro, camisa y corbata de color claro. Un rostro de aspecto suave, el pelo algo más largo y una sonrisa que parecía haberla desarmado por completo. Su mirada estaba cargada de expectación y su atención hacia ella le pareció algo... especial.

—Sandra... —Esta tuvo que coger aire e intentar controlar sus nervios cuando escuchó cómo pronunciaba su nombre; con un tono cargado de sorpresa y calidez—. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? —se acercó a ella para darle dos besos, que no ayudaron a que ella se tranquilizara, sino todo lo contrario.

—Hacía mucho... la verdad —contenía la respiración mientras permanecieron contemplándose después del saludo. Sandra no le perdió la mirada, ni si quiera cuando él se apartó y la contempló de cuerpo entero asintiendo de manera lenta, casi imperceptible.

—Si no me falla la memoria, nos cruzamos en la calle un día. Tú tenías prisa porque ibas a un evento literario.

Ella entrecerró los ojos fingiendo hacer memoria porque recordaba cuándo, dónde y el motivo. Pero prefería hacerse la olvidadiza.

—Sí. Es cierto. A penas tuvimos unos minutos para ponernos al día.

—Esta noche será complicado, pero confío en que podamos quedar en otra ocasión y poder hacerlo —le sugirió apretando sus labios. Parecía no tener prisa por apartarse de ella. Tenía la impresión de que aquel inesperado encuentro le estaba sabiendo a poco—. Pero, os estoy entreteniendo. Ya tendremos otra ocasión para charlar. Seguidme a vuestra mesa.

El restaurante no estaba completo, pero si había un buen puñado de mesas ocupadas. La decoración era moderna, minimalista, pero ello no lo hacía parecer frío, sino todo lo contrario. Era una mezcla de modernidad y sentido hogareño.

Max las condujo hacia una mesa algo apartada de las demás.

—¿Os viene bien aquí? ¿O preferís otra mesa? —preguntó pasando su mirada de una a la otra esperando su confirmación.

Lena hizo un gesto a su hermana esperando que le dijera algo.

—Por mí está perfecto. Gracias.

—Estupendo. Os dejo la carta para que vayáis decidiendo.

Se sentaron mirándose en silencio hasta que Lena lo rompió.

—¿Qué te parece el restaurante?

—Es muy acogedor pese a la escasa decoración que tiene.

—Pues ya sabes dónde está. Por si te apetece venir más veces.

—No lo sé...

—¿Y qué me dices de Max? —Lena movió las cejas con celeridad poniendo más nerviosa de lo que estaba a Sandra.

Esta cerró la carta y bajó el tono de su voz.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Se supone que vas a preguntarle si quiere acompañarte a Ibiza. Vete pensando cómo se lo vas a decir. Él parece recordar muy bien cuándo, dónde y el motivo de vuestro último encuentro. Eso es un punto a tu favor.

Sandra deseó que la tierra se abriera bajo su silla y la engullera. O bien que saltara la alarma de incendios y tuvieran que desalojar el local. O cualquier otra situación, que le permitiera salir de allí. Ya pensaría cómo se las arreglaría con la boda de Rachel.

—Sí, bueno. Ya lo has escuchado. Yo iba a un evento literario y nos cruzamos en la calle. No estuvimos ni cinco minutos. Los dos teníamos prisa. —le explicó de pasada antes de volver su atención al menú—. No estoy segura de que esto sea una buena idea.

Lena se encogió de hombros y ladeó la cabeza con una sonrisa divertida.

—Está bien, cómo tú me digas. Si cambias de parecer, pues nada, tómatelo como una salida a cenar. Y si te apetece, después podemos tomarnos algo o nos vamos para casa.

A Sandra no le sorprendió la facilidad de su hermana para cambiar los planes. Para adaptarse a todas las situaciones posibles. Era como si pulsara un botón en su cabeza y ya estaba hecho. Sin importarle las consecuencias.

Max no podía dejar de lanzar miradas hacia la mesa de ellas. A Lena la había visto con mayor frecuencia, pero a Sandra... Aquella mañana que los dos recordaban. Pero la imagen de ella en aquella ocasión, no tenía nada que ver con esa noche. Él siempre había sido más amigo de Lena. Habían ido juntos a la misma clase en el instituto primero, y en la facultad después. Pero no había evitado sentir debilidad por Sandra. Sí. Habían congeniado desde el primer momento que se conocieron y al final sucedió lo que muchos percibían. Solo que el desenlace no fue el que él había esperado. Sacudió la cabeza y sonrió camino de la entrada a recibir a dos nuevos clientes. Debía centrarse en su trabajo al frente del restaurante y aparcas los recuerdos de días pasados.

La cena transcurría de manera relajada, algo que Sandra agradecía.

—Max ha tenido una buena visión empresarial con el restaurante —comentó para intentar distraerse.

—Lo abrió hace tres años y desde ese día no ha parado de crecer. Viene recomendado en las guías de restauración como un referente de buena comida.

—La verdad, no me sorprende. Siempre quiso gestionar su propio negocio... Y la impresión que me está dejando la cocina es de lo mejor.

—Sí, eso es cierto. Max siempre era mi comodín en los exámenes —sonrió Lena con toda intención.

—Por eso hemos pasado todos. No te preocupes.

—Sigo pensando que es muy curioso que haya sido mi compañero de estudios y acabara enrollándose contigo. Eso sí, antes de pasaros unos años congeniando y de buen rollo.

—Yo no le doy demasiada importancia. Suelen congeniar con aquellas personas que menos esperas. Puedo hablarte de compañeras de facultad y del instituto que en su día éramos inseparables y con los años no he vuelto a saber nada.

—¿Cuánto tiempo hacía que no hablabas con Rachel?

—No mucho. Me llamó cuando se enteró del éxito de mi primera novela. Y desde ese día mantuvimos un cierto contacto.

Lena torció el gesto.

—¿No lo habrá hecho por interés? Creo recordar que ella es muy dada a ello. ¿No te habrá invitado porque eres una escritora famosa? Porque no me extrañaría lo más mínimo. Para poder presumir de tu presencia allí. Para darle un toque de glamur a la fiesta —Lena frunció sus labios con toda intención y parpadeó en repetidas ocasiones dando a entender a su hermana lo que pensaba de su amiga.

—No soy una escritora famosa, como tú señalas.

—¿Vender un millón de copias de tu primera novela no me permite decirlo? ¿Por qué edición va ya? Me refiero a tu novela, ¿*En tu cama, o en la mía*?

Sandra hizo un mohín con sus labios.

—Por la octava, creo recordar. Pero, ¿qué tiene eso que ver con que Rachel me haya invitado? ¿En serio crees que lo hace por su interés?

—Yo no metería la mano en el fuego por ella. Ya la conoces. De tus amigas, creo que Bea es la más sensata. Porque Sofía también tenía lo suyo... —le recordó con cierta sorna.

Sandra no pudo reprimir las carcajadas ante los comentarios y gestos de su hermana. Y lo cierto era que le agradecía que no estuviera hablando ni preguntándole por Max.

—Mujer, entiende que sus familias siempre han tenido un poder adquisitivo bastante alto.

—Por eso mismo había ocasiones en las que te miraba por encima del hombro. Todavía no logro entender cómo es que formaban parte de tu cuadrilla de amigas. Y al parecer, todavía lo son por la invitación que te ha hecho.

—Bueno, pero el contacto que mantenemos es mínimo. A través de las redes sociales, claro. Es lo que se lleva para estar al tanto de lo que hacen los demás.

—En fin... ¿Has pensando ya qué vas a decirle a Max? Estamos hablando y venga a hablar, y la cena está transcurriendo. Y no estamos planteando la táctica a seguir.

—¿Táctica? —entornó la mirada hacia Lena pensando que se le estaba yendo la pinza.

—De sopetón. Es lo mejor. Que no lo espere. De ese modo lo dejas grogui y sin capacidad de reacción. Eso mismo ha hecho Rachel contigo, y le ha funcionado. Hazme caso.

—Pero, ¿cómo le voy a pedir de buenas a primeras a Max que se venga a Ibiza conmigo un fin de semana? ¿Qué crees que pensará de mí? —le preguntó levantando la voz lo justo para que la persona que se acercaba a la mesa lo escuchara con claridad—. ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

Lena se mordía los carrillos para no estallar en carcajadas por la escena tan surrealista e inesperada que se estaba produciendo. Levantó la mirada y señaló con su dedo a la espalda de su hermana. Sandra frunció el ceño y sacudió la cabeza sin entender qué trataba de hacerle ver Lena. Pero, cuando volvió el rostro y se dio cuenta de por qué le hacía gestos, nada de lo ideado esa tarde tuvo ya sentido.

Max estaba dos pasos detrás de ella. Sandra apretó los dientes y trató de esbozar la mejor de sus sonrisas. Estaba convencida de que él la había escuchado, y que ya no tenía excusa para

explicarle la situación. Lo miró como si nada.

—¿Habéis terminado? Venía preguntaros si os apetece algo más ¿Un postre o un café?

—Yo si quiero un postre, y mi hermana no sé. ¿Pregúntale?

Esta cogió aire y cerró los ojos por un segundo. ¿Por qué no ocurría algo de lo que había pensado al poco rato de entrar? ¿La alarma de incendios, tal vez? Sería la primera en salir corriendo sin mirar atrás, y no volvería a pisar por allí.

—Eh... Un café.

Max no dijo nada al ver su reacción cuando se dio cuenta que él estaba detrás. Lo último que escuchó hacía referencia a él y un fin de semana Ibiza. Se centró en traerle la carta de postres a Lena, no fuera a ser que se lo hubiera imaginado, y Sandra se estuviera refiriendo a otra persona.

—Creo que ya lo sabe —asintió Lena con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué no avisaste que venía hacia nosotras? ¡Vaya pillada!

—Míralo por el lado bueno. Ya no tendrás que andarte con rodeos con él, si te ha escuchado.

—Qué graciosa...

—Es la verdad. Has hecho lo que te pedí. Soltarlo de sopetón; sin anestesia de ningún tipo. Eso le da tiempo para pensar en lo que te ha escuchado decir, y cuando vuelva te dirá algo.

—O bien hará como que no lo ha hecho.

—Vuelve —susurró Lena para que su hermana estuviera alerta de lo que podía o no decir y que él lo escuchara.

Max se limitó a dejar la carta de postres y no decir una sola palabra. Se había quedado de piedra al escuchar su nombre en aquella conversación. Y más en la sugerencia que Sandra le hacía a Lena. ¿Estaba seguro de lo que había escuchado? Se quedó parado en un hueco del pasillo meditando la cuestión.

—¿Qué sucede Max?

—Nada Ferrara.

—Te noto preocupado. ¿Ha salido mal algo esta noche?

Max se limitó a sacudir la cabeza y esbozar una media sonrisa.

—No, no. Tranquilo. Todo está en orden —le aseguró dándole una palmada en el hombro a su amigo y encargado.

—Me alegro.

—Ya falta poco para cerrar —le aseguró echando un vistazo al reloj—. No hay más reservas.

Max permaneció unos segundos más en aquel lugar sin poder sacarse de la cabeza las palabras de Sandra. Esperaría a ver si ella le comentaba algo antes de marcharse. De lo contrario se estaría refiriendo a otra persona.

El restaurante comenzó a vaciarse. La gente se marchaba cuando terminaba y Sandra se dio cuenta de esta situación. Tal vez fuese el momento para charlar con Max. Lo que tenía que hacer era pensar en cómo iba a decírselo. Y más si la había escuchado hablando del tema con su hermana.

Cuando la mayoría de la gente se hubo marchado, Max se quitó la chaqueta de su traje, se aflojó la corbata y se subió las mangas de su camisa. De ese modo ofrecía una imagen más informal y cercana. Se acercó a la mesa que todavía ocupaban Sandra y su hermana Lena.

—¿Y bien? ¿Qué os ha parecido la cena? ¿Queréis que le transmita alguna queja al chef? —les preguntó sonriendo con complicidad con ellas.

—Más bien todo lo contrario —le aseguró Sandra—. No creo que nada de lo que he comido, no me haya gustado. De verdad te lo digo.

—Me alegra saberlo. Ese es el objetivo. Dar de comer, y que la gente quede satisfecha.

—Veo que te has puesto cómodo —apreció Lena.

—Siempre que cerramos lo hago. No creas que llevo demasiado bien lo de la corbata. Pero debo dar una imagen. Este sitio no es un lugar de comida rápida, sino más bien elaborada —le comentó apoyado contra una de las mesas, con los brazos cruzados y la mirada fija en las dos mujeres—. Por cierto, no os he ofrecido un chupito para hacer mejor la digestión.

Sandra entendía que era el momento de contarle el verdadero motivo por el que estaban allí. Eso, o irse sin hacerlo y perder el tiempo. Prefería hacerlo poco a poco. Introduciéndolo en el tema. ¿Y si por casualidad Rachel lo había invitado también, y además tenía pareja con quién ir? Ni su hermana ni ella habían caído en esa posibilidad, ahora que lo pensaba. Imposible, Rachel no era amiga de él. Lo conocía, pero no de una manera muy cercana.

Max regresó con un par de vasitos y varias botellas que dejó en la mesa.

—Vosotras misma. Serviros del que queráis.

—¿Sabes que Rachel se casa?

Max frunció el ceño y sacudió la cabeza dirigiendo su atención a Sandra. Era complicado apartar su mirada de ella esa noche. No sabía a quién agradecer que estuviera allí. Tal vez a Lena que había sido la que había hecho la reserva.

—No. No sé nada.

—Pensaba que lo sabrías.

—No he tenido trato con ella. Rachel formaba parte del grupo de tus amigas.

—Celebra una fiesta de compromiso junto a su prometido a mediados de julio...

—¡En Ibiza! —añadió Lena al darse cuenta que su hermana se estaba enrollando demasiado. Y no era el momento de hacerlo.

—Eso está bien. Un buen sitio para una celebración así.

—¿Has estado en Ibiza, Max? —quiso saber Sandra contemplando a Max con curiosidad por su respuesta. Pero tuvo que esperar a escucharla porque en ese momento alguien lo reclamó.

—¿Por qué te andas por las ramas? —le preguntó Lena cuando se quedaron a solas de nuevo.

—Solo estoy haciendo una breve introducción. Lo estoy poniendo en el terreno.

—¿Una introducción? —le preguntó Lena sin saber qué hacer—. ¿Te crees que estás en una de tus novelas o qué?

—Déjame a mí.

—Hasta mañana chicos. Cierro yo —dijo a modo de despedida de sus empleados antes de regresar junto a las dos mujeres.

—Te estamos entreteniendo —le aseguró Sandra deseando largarse cuanto antes.

—No, tranquilas. Esta noche es pronto. Algunas nos vamos a casa más tarde. ¿Qué me contabas de Rachel y su fiesta de despedida? —volvió a centrar su mirada en Sandra y estaba dispuesto a no retirarla hasta que le dijera que era lo que quería de él.

—Que me ha invitado a ir.

—Es lógico, ya te he dicho que es tu amiga.

—Acompañada.

—¿Vas tú? —preguntó mirando a Lena, y señalándola con un dedo.

—No. A mí no me ha dicho nada. Tú y yo pertenecíamos a otro grupo de amigos.

Sandra cogió aire y se dispuso a hacerle a Max la pregunta crucial y de la que dependía

todo. Le parecía algo distraído y relajado escuchando la explicación de su hermana. Lo miró de manera fija y sin titubear lo hizo.

—¿Te apetece venir conmigo? —ella apoyó el codo en la mesa y el mentón sobre su mano contemplándolo con un desmedido interés. Deseando que le dijera que sí. Que no tenía ningún inconveniente. Que él le salvaría el culo ante sus amigas por no haber sido capaz de contarles la verdad: no tenía pareja con la que acudir.

Max abrió los ojos como platos y resopló. Y Sandra no supo cómo diablos interpretar su gesto.

—Es una oferta tentadora, la verdad. Y conociendo el ambiente de la isla...

—Antes te pregunté si has estado, pero no me respondiste.

—Disculpa. Sí. He estado unas pocas veces. Conozco gente allí y cómo se pone la isla en verano.

—Necesito alguien que venga conmigo y había pensado en ti. Somos amigos desde hace muchos años y si además conoces la isla...

—Ya —Max chasqueó la lengua y a continuación apretó los labios con gesto pensativo lo cual no le parecía augurarle nada bueno a Sandra, pensó su hermana—. Tendría que mirar cómo ando de fechas aquí —le aseguró asintiendo y dándole largas has ver de qué iba todo aquello. Le gustaría ir con ella, claro que sí. Pero no podría aventurarse a lo desconocido. Tendría que pensarlo con detenimiento. Era Sandra la que se lo proponía, y no otra amiga cualquiera.

—Claro, claro. Tómate tu tiempo —le aseguró ella que parecía algo más aliviada porque de entrada no le había dicho que no.

—¿No tendrías problema en ir con mi hermana? —Lena intervino viendo que él no parecía decidirse.

—¿Problema? En principio podría ir, pero ya te digo que tengo que ver cómo están las reservas para las próximas semanas...

Lena frunció los labios y miró a su hermana con toda intención. Bien, la primera parte estaba hecha, pero lo que no le había contado era el resto. Ahí residía la clave de todo.

—Dime, ¿dónde nos alojaríamos?

—Eso no es problema. Se encarga mi amiga Bea. Dirige la inmobiliaria de su familia y tiene un bloque de apartamentos. Nos tiene uno reservado.

—Vale.

—Yo te pagaría el vuelo. Es lo menos que puedo hacer si al final decides venir —se apresuró a dejarle claro antes de que le preguntar por este.

—No hace falta que seas tan generosa.

—Insisto.

—De acuerdo, no tengo inconveniente. Lo dejaré en tus manos si voy.

—¿Cuándo puedes confirmármelo?

—Mañana cerramos por descanso. Puedo llamarte y quedar a tomar algo, y me cuentas todo.

—Eso estaría bien —Sandra asintió mordisqueándose el labio. No le había dicho que los demás iban a pensar que ellos dos eran pareja. Tenía que decírselo cuanto antes. No cuando se subieran al avión claro. Aunque fuera una encerrona, no estaría bien hacerlo. Al menos por la amistad que tenían.

—Si tienes más cosas que contarme, puedes dejarlas para mañana.

Lena sonreía mirando a su hermana y esperando que le contara el resto.

—Verás, le conté a Rachel que estaba saliendo con alguien, hace tiempo y ella me ha

pedido que ese alguien me acompañe —Sandra contempló como el rictus de Max había cambiado. Ya no tenía la expresión divertida o natural de minutos antes.

—Un momento, ¿piensan que tú y yo estamos juntos? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

Sandra entornó la mirada con cautela. Era el momento en el que tenía que sonar la alarma anti incendios o anti robo. O que sonase un teléfono. Algo tenía que suceder. Pero ya.

—A ver, Max, Rachel piensa que mi hermana tiene pareja porque antes salía con alguien. La cuestión es que la relación terminó hace cosa de un mes.

Capítulo tres

Max permanecía en silencio contemplando a Sandra. Por lo que daban ambas chicas a entender aquello le parecía tanto una locura como una encerrona. Pero debía saber si sus conclusiones eran acertadas.

—Entiendo. ¿Quieres que me haga pasar por tu pareja? ¿En serio?

Sandra asintió, algo avergonzada por aquella situación tan surrealista. Sin duda que había sido una completa majadería. ¿Por qué había hecho caso a su hermana? Comenzó a levantarse de la silla dispuesta a salir del restaurante sin mirar atrás, y olvidándose de Max.

—Creo que deberíamos dejarlo. Olvida lo que mi hermana te acababa de contar. Es una completa gilipollez —miró a Lena de manera directa e intentando dejarle claro que aquello se había acabado—. Me voy a casa. Tráenos la cuenta, por favor.

—No te puedes ir así, Sandra —le pidió sujetándola por el brazo cuando ella se levantó de la silla para marcharse—. No puedes dejar la historia a medias. Eres una escritora... Cuéntame a grandes rasgos qué es lo que te sucede con la fiesta de Rachel.

La mirada de él y la calma que expresaba su rostro parecieron tranquilizarla. Asintió regresando a su asiento.

—Necesito una pareja para la fiesta. Ella cree que estoy saliendo con alguien...

—Pero, por lo que acaba de decir Lena, ya no la tienes.

—Exacto.

—¿Por qué no se lo has dicho? O es una condición expresa para acudir —Max cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó en rostro hacia delante mirándola con más interés.

—Porque me pilló centrada en la corrección de mi última novela. Estaba atacada con la fecha de entrega y no me paré a darle explicaciones al respecto.

—¿Es importante para ti acudir con alguien?

Sandra resopló.

—Conociendo a Rachel y a Sofía... Estoy segura de que no me dejarán en paz acerca de mi situación. Y estoy segura de que al final me quedaría sola.

—De manera que no quieres que tus amigas sepan que no tienes pareja porque temes que te hagan de menos.

—Algo así.

—Pues deja que te diga que yo no me preocuparía por ello. Si decides estar sin pareja es algo que te atañe a ti. En mi caso, no la tengo. El trabajo me absorbe casi todo el tiempo, y si quiero sacarlo adelante tengo que renunciar a otras cosas. Y no me importa lo que piensen ni mis padres ni mis amigos. Algunos llevan años casados y tienen niños.

—Ya, pero, Rachel... Es de esa clase de personas que, si a cierta edad no te has casado y formado una familia, piensa que eres lesbiana o una solterona —le comentó Lena con mala cara—. A veces tengo la impresión de que se ha quedado en la época victoriana de tanto leer novelas ambientadas en esa época.

Max dejó escapar algunas carcajadas.

—Es el destino de las personas. Tal vez, en tu caso, este no te haya puesto a la persona idónea en tu camino porque todavía no ha llegado el momento.

—Uy, eso me suena muy de las novelas de mi hermana —apuntó Lena—. Por cierto, ¿te has leído alguna?

—Ya te digo que sacar adelante esto requiere mucho tiempo —le repitió pasando su mirada por el restaurante—. Pero, las tengo pendientes en casa. Todas —miró a Sandra con una mueca de diversión.

—Eso está bien —asintió esta con una sonrisa.

—En resumen. Se trata de pasar en Ibiza...

—De viernes a domingo —apuntó ella con cierta esperanza porque aceptase.

—Esto es, dos noches o tres días. Lo digo mirando por el restaurante. Me marcharía el viernes y volvería el martes, ya que los lunes descansamos.

—Compartiendo un apartamento y haciéndote pasar por mi pareja.

—Todo un argumento digno de una de tus novelas —entornó la mirada hacia ella con un gesto de diversión por lo que aquella situación representaba.

—Tampoco hace falta que te ciñas al papel de una manera estricta —precisó Lena pasando su mirada de Max a su hermana para confirmarlo. Claro que, ¿quién podría asegurar que durante esos tres días no pudieran resurgir las chispas entre ellos como sucedió la primera vez que se liaron? Se preguntó al ver cómo se miraban.

—Descuida, eso es algo que podemos preparar durante los días que faltan hasta que nos marchemos. Podemos quedar e ir creando un argumento que sea más o menos creíble para todos. En eso tú eres experta, ya te digo —lanzó una mirada de refilón a Sandra, y le gustó lo que percibió en sus ojos. Esperanza. Anheló tal vez porque él aceptara.

—Entonces, ¿estarías de acuerdo en prestarte a ello? —Sandra lo miró con un toque de incredulidad.

Max apretó los labios. La seguía contemplando e intentaba evaluar los pros y los contras de acompañarla. Claro que si se dejaba llevar por lo que todavía parecía sentir por ella... No habría mucho que decidir. Siempre se decía que la fortuna sonreía a los audaces. Y él lo fue cuando se lanzó a abrir su negocio. Cogió aire y asintió convencido de lo que iba a hacer.

—Puedes contar conmigo. Ajustaré el trabajo aquí para esos días. No te preocupes, déjalo de mi cuenta —le aseguró viendo el alivio en el rostro de ella.

Hubo un momento de silencio en el ambos permanecían contemplándose como dos completos desconocidos. Pero no lo eran. Lena sonrió en modo irónico porque por mucho que su hermana le dijera, todavía quedaba algo de Max en ella. Y de él no había mucho que decir. Bastaba con fijarse en la manera en que miraba a su hermana.

—Pues creo que es hora de irnos a dormir —sugirió esta—. Salvo que vosotros dos queráis empezar a tejer el argumento.

—No, es mejor que nos vayamos. No queremos entretenerte más. Supongo que tendrás ganas de llegar a casa —apuntó Sandra todavía presa de los nervios por la situación vivida.

—Te llamo mañana y nos ponemos a ello si te viene bien —le sugirió él convencido de que iba a hacerlo.

—Cuando tú puedas. No quiero quitarte tiempo de tu trabajo.

—Descuida. No lo harás.

—¿Quieres que te esperemos? —le preguntó Lena recogiendo su bolso de la silla.

—No. Tengo que hacer la caja, apagar las luces y revisar todo. Iros. Y gracias por venir.

—Oye, no nos has traído la cuenta —le dijo Sandra volviéndose hacia él de manera rápida e inesperada para los dos.

Max se quedó mirándola y sonrió.

—¿Piensas que voy a cobraros? ¿A mi mejor amiga, compañera de instituto y facultad, y a su hermana? —le preguntó pasando su mirada por los rostros de las dos.

—Pero...

—Haremos una cosa. Mañana cuando quedemos, te llevaré los ejemplares de tus novelas y te cambiaré la cuenta por tus autógrafos.

—Sales perdiendo. Te has gastado el dinero en mis novelas, y me perdonas la cuenta de lo que hemos cenado.

—Yo no estaría tan segura... —sintió ganas de besarla al estar tan cerca de él, con aquellos labios tan sugerentes, con aquellos ojos que brillaban de una manera diferente a cuando entraron en el restaurante. Se le pasó por la mente la noche en la que sin saber cómo ni por qué se besaron, se abrazaron y se quitaron la ropa para acabar bajo las sábanas en su piso. ¿Se acordaba ella de aquel momento? ¿De lo que tuvieron? ¿De lo que ella representó para él aquellos días de universidad? Él no había podido olvidarla en todos esos años que habían pasado desde que perdieron el contacto.

Lena se mordió el labio para no echarse a reír, pero la escena era digna de estar incluida en una novela de su hermana. Sus sospechas acerca de lo que podía sentir Max por esta parecían ir ganando terreno. Era como si hubieran retrocedido a los años de la universidad cuando quedaban para salir los sábados. En ese momento, ella no estaba dispuesta a poner la mano en el fuego para asegurar que la chispa de aquellos días resurgiera en Ibiza.

Sandra y ella salieron a la calle dejando a Max cerrando la puerta del restaurante por dentro, y de ese modo terminar de recoger.

—¿Ves qué sencillo ha sido? Ha aceptado sin poner ninguna excusa

—¿Sencillo? ¡Pero si me estaba muriendo de vergüenza! —le aclaró Sandra cruzando los brazos sobre su pecho y mirando a su hermana como si fuera a fulminarla.

—Max siempre ha sido un tío enrollado pese a ser un empollón de marca.

—Eso lo sabrás tú mejor que yo que siempre fuisteis juntos a clase.

—Pero, él no se lío conmigo...

—¿Otra vez con lo mismo? —Sandra puso los ojos en blanco y resopló.

—Pues es eso. Que ya está todo arreglado. Solo os queda crear una historia creíble sobre cómo surgió la chispa y tal... Pan comido para una escritora bestseller. Además, os resultará sencillo después de que estuvieseis saliendo en los años de la universidad... —Lena movió sus cejas con toda intención.

Sandra abrió los ojos como platos y resopló.

—Ya... Bueno...

—A ver, ¿cuál es el problema? Si acabo de decirte de qué os conocéis.

—Sí, muy bien todo eso que cuentas, pero voy a pasar con él unos días en Ibiza. Compartiendo un apartamento —le aclaró juntando las manos como si fuera a rezar, tratando de que su hermana entendiera la situación que se le presentaba.

—¿Te da reparo? ¿A tu edad? —Lena abrió los ojos como platos al tiempo que era presa de una risa nerviosa.

—¿Cómo que a mi edad? ¿Qué quieres decir? —Sandra no daba crédito a los comentarios de su hermana.

—No sé, vamos. Que me vengas diciendo en este momento, que vas a sentir cohibida compartiendo el apartamento con Max...

—No se trata de sentirme cohibida, pero...

—Pero si tú ya has tenido varias parejas e incluso recuerdo que te fuiste de vacaciones con aquel soso... ¿Cómo llamaba el dentista con el que estuviste saliendo?

—Darío.

—Pues lo dicho. Te fuiste con él unas vacaciones de verano, ¿no?

—Sí, pero esto no tiene nada que ver con...

—¿Por qué? Porque Max no es tu pareja ¿no?

Sandra se quedó callada de repente ante la rotunda afirmación de su hermana.

—Pues sí, mira tú por dónde. Sí. Max no es mi pareja.

—Tampoco creo que suceda nada porque te vea en bikini, y tú a él en bañador. Que serán las veces que os veáis con menos ropa... Salvo que decidas hacer top less, que no es lo tuyo.

—No pienso quedarme desnuda, por supuesto.

—Bueno, ya te vio cuando te metiste en su cama. Así que no tienes nada que temer, salvo que sientas algo por nuestro amigo Max, y quieras repetir la experiencia.

Sandra frunció el ceño y la miró a su hermana como si se tratara de una desconocida.

—No pienso repetir nada.

—Sabes que el diablo siempre está escuchando... Y por mucho que me asegures aquí y ahora que no tendrías nada con Max ese fin de semana, no puedes asegurarlo del todo. No, cuando vosotros ya fuisteis pareja —le recordó con un gesto risueño.

—No sé qué demonios me deparará esta locura de Ibiza. Ni si quiera sé por qué te he hecho caso.

—Pues algo bueno saldrá de todo, ¿qué va a ser si no? Oye, que yo solo te he dicho las opciones que tenías —Lena levantó las manos en alto—. No quiero saber nada de lo que suceda entre vosotros dos en Ibiza. Ni tendré la culpa. Lo que suceda en Ibiza, se queda en la isla.

Las dos hermanas se miraron y cada una expresó su opinión con un gesto. Sandra cogía aire y luego lo soltaba. Y Lena sonreía porque estaba convencida de que su hermana no sería la misma a la vuelta.

Capítulo cuatro

Max se paseaba con gesto pensativo por el piso con una taza de café en la mano. Había madrugado; o mejor dicho a penas si había dormido después de la conversación con Lena y Sandra. ¿Por qué había accedido a pedírselo a él después de que ella fuera la responsable del fin de su relación? ¿Por qué se había arriesgado a que él no quisiera saber nada de ella? Permaneció con la vista fija en el vacío. Se comportaría como un completo caballero, pero reconocía que pasar unos días con ella en Ibiza era una locura. Verla la pasada noche había removido en él sensaciones pasadas que creía olvidadas hacía tiempo. ¿Cómo reaccionaría cuando estuvieran los dos solos en el apartamento? Cuando estuvieran atrapados por ambiente de fiesta de isla. Dejó la taza sobre la encimera de la cocina y apoyó las dos manos sobre esta.

—Una puta locura, eso es lo que me espera sabiendo lo que todavía siento por ella.

Pero no estaba dispuesto a echarse a atrás una vez que le había dado su palabra. ¿Era consciente Sandra de lo que le estaba pidiendo? Podrían darse situaciones o conversaciones en los que podrían descubrir que fingían, pensó. Todo esto deberían aclararlo antes de irse a la isla. La llamaría para quedar y que le contara todo con más calma. Porque sin duda lo de la pasada noche flotaba en su mente de una manera desordenada.

Quedaron con la caída del sol para no tener que pasar agobios con el calor, que todavía apretaba en la ciudad. Sandra pensó que cuanto antes se pusieran de acuerdo en todo, mejor para los dos. Le había estado dando vueltas a un par de situaciones por las que ambos habían acabado convirtiéndose en pareja. No quería que se notara que la situación era forzada. Que no diera la sensación de no ser creíble. Pero también tenía que escuchar la opinión de Max.

A este lo vio llegar a lo lejos mientras ella esperaba a la puerta del local. Había preferido quedar allí a que él pasara por su casa a buscarla. Parecería demasiado personal. En ese momento, ella podía fijarse en él con más atención que la noche pasada. Entre los nervios, que había experimentado durante todo el tiempo en el restaurante, y la tenue luz del local, no había podido sacar una conclusión de lo que le parecía. Max seguía teniendo esa pinta de tipo despierto, intelectual y muy atractivo, pensar esto último de él le provocó un ligero rubor en las mejillas. Y su mirada y su sonrisa la desconcertaron porque le provocaron una repentina palpitación. Vestía de manera informal, nada que ver con el traje y la corbata que lucía en su trabajo. Le agradó, y más de lo que ella había esperado en un primer momento. En una de sus manos traía libros: los de ella. Querría que se los firmase, como le dijo.

Max cogió aire y lo retuvo en su interior cuando se detuvo frente a ella. Lo cierto era que no sabía si acercarse y darle dos besos, o bien mantener la distancia esperando su reacción. Si la noche anterior lo había sorprendido con su atractivo, esa tarde lo había noqueado con su imagen desenfadada con aquel vestido estampado de tirantes, que le permitía verle las piernas. Nada le complacería más que recorrerlas con sus manos, dejando que estas se perdieran por debajo de la tela hacia territorio prohibido. Llevaba el pelo recogido dejando a la vista todo su rostro, sin maquillar salvo por la raya y un poco de pintalabios.

Sandra era consciente de su manera de mirarla. Le extrañó que él no se hubiera acercado a besarla, como hizo cuando la vio en el restaurante. Pero, aunque le llamó la atención este gesto, ella se lo agradeció. Si la temperatura en la calle ya era algo calurosa, la mirada de Max la había subido unos grados. Si se acercaba de más y la besaba, podría acabar ardiendo.

—Vaya cambio —extendió el brazo hacia él para hacer referencia a su ropa—. Anoche estabas más elegante.

—Sí, es lo normal cuando trabajo. La gente que me conoce dice lo mismo que tú. En cuanto salgo por la puerta del restaurante, el traje y la corbata desaparecen. El tiempo que no paso en este me apetece ir vestido de manera más informal, como puedes ver. Camisa, vaqueros y zapatillas.

Ella asintió con un gesto que a él le pareció bastante significativo. Daba su visto bueno a su aspecto. Y la observó apartar su mirada deprisa.

—¿Nos sentamos?

—Claro. Espero que no te haya hecho esperar mucho. Es que, me olvidé los libros y volví a subir a casa a por estos —le dijo mostrándoselos y observando su sonrisa. Percibió una chispa de curiosidad y de orgullo en sus ojos cuando los vio—. Tendrás que dedicármelos.

—Acabo de llegar casi al mismo tiempo que tú. En cuanto tenga algo con lo que escribir te los dedico. Al final lograste tu objetivo. Tener tu propio negocio. Siempre lo comentabas. Empezar por el primero e intentar llegar a ser una cadena —precisó recordando aquellos días de la universidad.

—Veo que te acuerdas —se sentó frente a ella porque no pretendía agobiarla si lo hacía al lado. Y porque de ese modo podía mirarla con detenimiento. Ella había cruzado una pierna sobre la otra permitiendo que la tela de su vestido revelara una parte de su muslo. Él volvió a reprocharse que pensara en ella como si de verdad fueran pareja—. Sí, era la idea que tenía desde un principio.

—Y la has llevado a cabo.

—Exacto. Me costó en un principio, pero con el tiempo y la dedicación lo logré. Dime, ¿te gustó? ¿Cenasteis bien?

—Más que bien. E insisto en que debiste dejarnos pagar.

Max sacudió la cabeza y empujó los libros hacia ella. Esta sonrió y le pidió un bolígrafo al camarero.

—Este el pago que quiero. Tú también has conseguido lo que querías. Recuerdo que ya escribías relatos en el instituto, posteriormente en la facultad cuando salíamos por ahí en pandilla.

—Sí, pero no pensaba que llegaría el día que sería una autora profesional —le refirió levantando sus manos y moviendo sus dedos para acotar la última palabra—. Surgió y ahí está yo para aprovechar el momento.

—Pues supongo que tendrás que aprovecharlo. ¿Dejaste el periodismo?

—No puedo compaginarlo con mi vida de autora. Requiere una disponibilidad del cien por cien. He terminado un nuevo manuscrito que ya está en manos de mi editora.

—¿Y ahora?

—Tomarme una temporada de descanso.

—¿Hasta que vuelvas de Ibiza o algo más de tiempo? —Max entornó su mirada con intención y curiosidad.

Ella detuvo el brazo cuando iba a llevarse la copa de vino a los labios. Se quedó contemplándolo sin darle una respuesta por el momento. Se tomó su tiempo ante la expectante mirada de Max.

—Una vez que pase la fiesta de compromiso de Rachel retomaré mi actividad creativa. No sé por dónde empezaré, ni si me tomaré algo más de tiempo.

—Dime, ¿por qué has pensado en mí para acompañarte?

Max pensó en añadir a la pregunta <<después de desaparecer de mi vida yéndote a Alemania con una beca>> No sabría si tenía tiempo u ocasión de aclararlo, pero le gustaría que se lo explicara.

—Por la amistad que tenemos. Ya te lo comenté anoche.

Él apretó los labios y asintió.

—Está bien, no tengo nada que objetar al respecto.

—Me alegro.

Ella se sintió algo más aliviada cuando vio que él no parecía tener nada que objetar. Temía que le dijera que pese a que su relación terminó en la facultad.

—Y creo que ha llegado el momento de ponernos a ello. Quiero todos los detalles, pero sobre todo saber cómo vamos a afrontarlo. Anoche todo esto me pilló por completa sorpresa. Y la verdad... —sacudió la cabeza sin saber qué poder decir.

—Te comprendo. Tal vez no fue el lugar ni el momento más idóneo para plantear algo así. Y entendería que te lo hubieses pensado y no aceptaras... —Sandra contuvo la respiración por unos segundos cuando pensó en esa posibilidad.

—Ni por asomo. Te he dado mi palabra y pienso mantenerla. Además, hace tiempo que no voy por la isla.

—Dijiste que habías estado. ¿Conoces gente allí?

—Sí. Tal vez pueda verlos, si lo <<nuestro>> nos lo permite —sonrió con intención e ironía al pronunciar aquella palabra—. Claro que si quieres podemos perdernos un poco por la isla.

—No lo sé. Pero no creo que dispongamos de mucho tiempo. Rachel pretende celebrar la fiesta de compromiso el sábado. Supongo que después de ello no habrá más.

—Entiendo. Se les hará raro verme contigo si no les has comentado nada de que estamos juntos.

—Tampoco tenemos una relación muy estrecha como para darles detalles. No creo que sea para tanto. De todas maneras, ellas te conocen de cuando estábamos en la universidad.

—Sí. ¿Cómo quieres que lo enfoquemos? Es decir, ¿cuándo y cómo hemos empezado a salir? —Max adoptó una postura relajada. Se recostó contra el respaldo de la silla y cruzó los brazos sobre su pecho contemplándola con un inusitado interés. Le parecía más atractiva de lo que sus recuerdos llegaban a alcanzar. Y más cuando la veía algo asustada como en ese caso. ¿En dónde se estaba metiendo ella?

—Tal vez podemos decir que volvimos a vernos con el paso del tiempo... —ella se detuvo cuando pensó en esto. Habían pasado años desde que volvieron a encontrarse.

—Es que así ha sido. Hemos pasado años sin vernos —lo dijo con toda intención por ver si ella reaccionaba. No quería ponerla en un aprieto, pero era la verdad—. Pero, claro hay que crear un argumento sólido y creíble —intentó sonreír quitando hierro a la situación.

Ella cogió aire al sentir el tono de sus palabras, y su mirada en la que ella parecía leer un asola pregunta: ¿Por qué te marchaste de la noche a la mañana?

—Podemos decir que mantuvimos el contacto y que poco a poco nos fuimos acercando. Me enteré de la apertura de tu negocio y comencé a ir con asiduidad. Comenzamos a quedar al terminar tu trabajo, y como yo no tengo un horario fijo... ¿Te parece bien?

—¿Por qué no contar la verdad? Volvimos a vernos en la calle. Nos chocamos y nos reconocimos. Fuimos quedando, poniéndonos al día sobre estos años que no nos habíamos vuelto a ver. Quedando, charlando, recordando el pasado...

—Suena bastante bien.

—¿Quién dio el primer paso? Supongo que si somos pareja...

—Sí. Tienes razón.

Permanecieron en silencio esperando tal vez a que fuera el otro, el primero que hablara. A Sandra le vino a la mente la primera ocasión en la que se besaron. Ninguno de los dos dio el primer paso, sino que ambos se fueron acercando hasta que sus bocas se fundieron.

Max sonrió.

—¿No tenías preparada esta parte del argumento? Improvisa y dime cómo lo harían los personajes de tu novela, si ese fuera el caso.

Ella entre abrió los labios para responder, pero se lo pensó en el último momento, cuando recordó aquella noche. No pudo evitar sonreír de una manera irónica, que a Max le cautivó. Deseó borrársela una vez que la hubo memorizado.

—Lo mejor sería decir que fue una noche en la que quedamos cuando cerraste el restaurante. Fuimos por ahí a tomar algo y...

—Y terminamos besándonos como sucedió aquella vez que lo hicimos.

—¿Entre chupito y chupito de tequila? —le sugirió ella elevando una ceja con suspicacia, y dejando que sus labios se curvaran en una sonrisa de diversión.

—¿Por qué no? Repetimos lo que sucedió cuando ambos éramos estudiantes en la facultad, solo que menos alocados y desenfrenados que entonces.

Ella entrecerró sus ojos como si lo estuviera pensando, pero en realidad estaba recordando una vez más aquella noche, y asintió. Sí, sonaba divertido y veía a Max en esa situación pese al paso de los años.

—Es posible. Puede valer. Y desde ese día estamos saliendo. Quedamos como esta tarde para hablar de nuestros respectivos trabajos, vidas...

—Claro. Y cada uno vive en su casa. No hemos decidido nada al respecto de irnos a vivir juntos.

—Ah, no, no... Sería algo precipitado —aclaró ella de inmediato acusando el sofoco que le había causado la opinión de él.

—Eso me lleva a la otra cuestión importante de todo esto.

—¿Solo es la otra? Menos mal que no hay más... —rio ella más por nervios que porque la situación le resultara divertida. No se lo estaba pasando mal, pero le asustaba lo que vendría después.

—El tema del apartamento. Si no vivimos juntos... ¿Cómo nos organizaremos? Yo no tengo ningún inconveniente...

—Creo que eso tendremos que irlo viendo cuando lleguemos. De todas formas, tampoco vamos a devanarnos la cabeza por tres días, ¿no crees?

—No, no lo creo. Solo son tres días, como bien dices —Max le restó importancia a la convivencia entre ellos. Pero debía admitir que tenerla moviéndose por el apartamento, era toda una tentación a la que no estaba seguro de lograr vencer. Tendría que andarse con mucho cuidado—. Supongo que el apartamento tendrá más de una habitación, así que nos las repartiremos para dormir. Y si no, pues supongo que habrá un sofá cama.

—Es lo más lógico. Pero temo que no durmamos mucho.

—¿Por qué lo dices? —él se incorporó en la silla y la contempló con el ceño fruncido.

—Porque presiento que Rachel no se limitará a una sola noche de celebración. Y no sé si nos quedarán fuerzas para llegar al apartamento y dormir. Por eso. Pero no es algo que me preocupe —le aseguró ella conociendo a su amiga.

Max se quedó callado después de escuchar aquella aclaración por parte de Sandra. Por

ese lado, le venía como anillo al dedo. Cuánto más tiempo estuviesen lejos del apartamento y rodeados de gente, mejor. Menos tentaciones, se dijo.

Ella lo miró de manera fija y le hizo la pregunta que le rondaba la cabeza desde que ayer se lo propuso.

—¿De verdad que no te importa prestarte a esta comedia? Sé que suena a locura y que tal vez estés pensando en mí, como una completa irresponsable por meterte en este follón después de todo este tiempo sin saber nada el uno del otro.

A él le resultó complicado seguir con lo que iba a decirle. Deslizó el nudo que se le acababa de formar en la garganta. Si seguía mirándolo de aquella manera que parecía estar invitándolo a que la besara de verdad, acabaría por hacerlo. Y cometería la locura de confesarle que a pesar del tiempo que hacía que no se veían, su repentina aparición en su restaurante, había despertado algo que lleva tiempo dormido.

—No tienes por qué preocuparte. Lo hago encantado. Todo va a salir bien —le apretó la mano con cariño sin perder su mirada de vista mientras se acercaba a ella como si fuese a besarla. Pero el olor de su colonia fresca lo invadió haciéndole recordar—. No has cambiado de colonia. *Fleur de Primpemps*.

Sandra se vio obligada a coger aire porque la cercanía de él. Y aquel inesperado comentario acerca de su colonia... Sacudió la cabeza sin dar crédito.

—No. No la he cambiado.

—A pesar de los años.

—¿Cómo es posible que todavía te acuerdes? —le preguntó mirándolo con una sensación en su pecho que creía olvidada ya.

—Porque solo he conocido a una mujer que la lleve. O porque tal vez me acostumbré tanto a olerla cuando estabas cerca, que la memoricé. Siempre me he acordado de ti cuando la he visto en una perfumería.

Ella se humedeció los labios de manera lenta, tratando de recomponer la compostura cuando comprendió que ambos se estaban acercando demasiado llevados por los recuerdos. Y eso podía ser peligroso.

—No sé si podré agradecerte lo que estás haciendo.

Max sacudió la cabeza.

—No tienes nada que agradecerme, Sandra. Lo hago encantado. Me vendrá bien un fin de semana lejos del trabajo —le aseguró mintiendo. En realidad, lo hacía por ella. Porque volver a verla había sido como la llegada del verano. No quería estropearlo con ella justo cuando habían vuelto a encontrarse.

—En ese caso, mañana mismo reservaré el vuelo.

—Ya me dirás cuánto tengo que darte.

—Ni hablar. Te dije ayer mismo que los gastos corrían de mi cuenta. Yo pagaré los billetes de avión —le dejó claro con un tono y una mirada que no dejaban otra opción.

—No tengo nada que decir salvo que no me has firmado las novelas.

—Eso tiene fácil solución —Sonrió cuando hubo terminado y se las entregó. Luego, llamó al camarero para que le trajera la cuenta aprovechando el momento que Max estaba leyendo las dedicatorias.

—Deja que al menos pague yo... Tú te encargas de mi billete de avión.

—Anoche cenamos gratis en tu restaurante.

—Hacía mucho que no te veía.

—No creas que he cambiado en estos años que hace que no nos veíamos.

—Me he dado cuenta.

—Si te surge alguna duda en estos días, llámame y hablamos de ello. Pero, lo básico es lo que hemos hablado.

—¿Cómo haremos para expresar nuestro cariño? A ver, imagino que Rachel nos mirará con lupa en algún que otro momento. Se supone que si tú y yo...

—No he caído en ello. No sé... Improvisaremos, es lo mejor. No podemos ajustarlo todo a un guion, ¿no crees?

—Sin duda. No podemos pretender controlarlo todo en todo momento. Acabaríamos cometiendo un error y se notaría que me has invitado para hacerme pasar por tu pareja.

—Eso creo. Es mejor comportarnos de manera natural. Que nos dejemos llevar.

Max inspiró. Si le tomaba la palabra, entonces no habría un solo momento en Ibiza en el que estuvieran a solas, que no la tocara, la besara, la acariciara o le hiciera el amor.

—Te tomo la palabra. ¿Quieres que nos vayamos a otro lugar o prefieres irte a casa? Yo no tengo que abrir el negocio esta noche. Y no tengo ningún plan.

La tentación era muy fuerte, casi irresistible a pesar de que en ocasiones los nervios de estar con él parecían ir desapareciendo. Recordó el comentario de su hermana la noche pasada acerca de que el diablo siempre estaba al acecho. Y ese era uno de esos momentos. Pero ella tenía la impresión de que, pese al tiempo transcurrido sin verse, era como si en realidad hubieran mantenido el contacto, como si este no hubiera pasado.

La noche comenzó a caer, pero a ellos dos no pareció importarles porque siguieron caminando e intercambiando experiencias pasadas. Cosas que habían hecho durante estos años. Lugares en los que habían estado. Personas a las que habían conocido. Y por supuesto, recordando algunas situaciones que los dos habían vivido.

—Lena siempre me decía, y todavía lo hace, que le sorprende —matizó con un dedo en alto— que tú y yo congeniáramos desde el primer día que nos conocimos. Siendo tú, su mejor amigo y compañero de estudios.

—Sí. A mí también llegó un momento en el que esto me sorprendió. Pero después comprendí que tampoco era algo vital. Surgió y punto.

—Sí. Pasabas más tiempo conmigo que con mi hermana y vuestros compañeros.

—Es verdad, pero porque me llamabas la atención —le dijo con total naturalidad siendo consciente de lo que su comentario podía implicar.

—Vaya, nunca me lo dijiste. Ni si quiera la noche en la que nos besamos.

—Estábamos algo pasados de alcohol. Lo hemos recordado cuando no referíamos al argumento que íbamos a dar a los demás.

—Después de aquella noche todo fue más rápido. Era como si ninguno de los dos se hubiera atrevido a dar ese paso, pese a saber que había una atracción entre los dos.

—Fue una noche extraña porque después todo se desmadró un poco. Parecía que los dos lo teníamos muy claro.

—Pero aquí estamos después de los años como si nada.

Ninguno quería hacer referencia al motivo de su separación. Tal vez era mejor no remover el pasado y dejarlo estar.

—Solo quiero que me prometas una cosa.

—Tú dirás —se mostró sorprendida por aquel comentario de él. Se detuvo y entornó la mirada con curiosidad, pero con cierto recelo también.

—Pase lo que pase en Ibiza, nuestra amistad no se verá afectada, y no esperaremos años a volvernos a ver.

Sandra sintió una especie de corriente por sus brazos y su espalda al escucharlo. Inspiró hondo sin perderle la mirada y preguntándose hasta qué punto él tenía razón. Pero, ¿qué podía suceder entre ellos en Ibiza? ¿Pensaba que la cosa podía desmadrarse como en la universidad? ¿Qué su estancia en la isla pudiese romper su amistad?

—Te lo prometo porque si estamos muchos años sin volver a vernos, tal vez ya no tengamos tiempo de hacerlo —le dijo sonriendo con ironía—. Lo que pase en Ibiza se queda allí. Pero será difícil con mi hermana.

—Siempre podrás contarle una versión a tu gusto. Eso se te da bien.

—Lena no es tonta, ya la conoces. Ni yo, porque soy consciente de dónde vamos y a lo que vamos; y puede suceder cualquier cosa. Hasta volvernos a pasar con el tequila y... —le hizo ver sonriendo con cariño.

—En el momento en el que notemos que no estamos pasando, pararemos para no ir más allá. Te lo prometo —Max levantó su mano derecha como si estuviera haciendo un juramento.

—Espero no tener que recordarte esta escena —le advirtió poniendo la suya sobre el pecho de él, como si quisiera escuchar su corazón y ver si hablaba en serio.

—No pasa nada. Tranquila. Y si veo que tú te pasas...—se detuvo en su comentario cuando se dio cuenta que él tampoco era quién para prohibirle hacer algo que deseara. En verdad no eran pareja, así que no tenía mucho sentido lo que iba a decirle.

—Te dejaré que me tires a la piscina para espabíllame. Pero, tranquilo, no hará falta. No quiero que mis amigas tengan una mala imagen de mí. Me controlaré.

Sandra no creía que aquello que él le dejaba entrever pudiera llegar a suceder como años atrás. No. Esa no era su intención, pero también debía reconocer que cuando estabas metido en una fiesta y te dejabas llevar por el momento cualquier cosa puede ocurrir. El deseo podía apoderarse de uno y conducirlo a hacer algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde. Confiaba que no fuera su caso porque no sabía qué cara iba a poner cuando regresaran al apartamento.

Siguieron caminando sin mencionar nada más del viaje hasta que Max la dejó en su casa y no hizo ni un solo intento por lograr que ella lo invitara a subir. Sabía que Lena estaría porque vivían juntas para compartir gastos. Y ella no iba a proponérselo. De manera que estaba tranquilo en ese campo.

—Estaremos en contacto durante estos días. Si me necesitas puedes llamarme o pasarte por el restaurante.

—Descuida, te dejaré trabajar para que no tengas ningún problema de organización durante los días que no vas a estar. Y no esperes verme por allí porque serías capaz de volverme a invitar.

—Como quieras. Ha estado bien compartir este rato contigo.

—Sí, lo mismo digo.

Permanecieron con la mirada fija en el otro durante un momento, breve pero esclarecedor. Y como si los dos supieran lo que había se separaron al unísono. Max se alejó del portal por el que Sandra acababa de desaparecer. No quería pensar en nada en ese momento. Prefería dejar la mente en blanco. No había mucho más que hacer. Había aceptado aquella locura midiendo las consecuencias de lo que podía suceder. Y ya era tarde para arrepentirse. Solo esperaba que nada se torciera. Pero no dejaba de llamarle la atención la petición de ella de pararlo todo si venían que se les iba de las manos. ¿Quién sería capaz de hacerlo cuando lo pedía el corazón? ¿Lo habría pensado ella también? ¿Sería capaz de detenerse si el deseo aparecía? Si los recuerdos del pasado los asaltaban... Él no lo haría porque podría tratarse de su última oportunidad para que ella regresara a su vida.

Sandra cerró la puerta de casa y durante unos segundos permaneció absorta en sus pensamientos. Sí. Le había gustado pasar la tarde con Max, ¿por qué no? Y confiaba en este para que no sucediera algo de lo que pudiera arrepentirse. No tenía intención de acostarse con él en Ibiza. Ni tan siquiera besarlo. Ni flirtear. Pero, ¿qué haría si descubría que le apetecía hacerlo? Se preguntó mordiendo su labio con gesto pensativo. Qué le apetecía romper la norma que habían prometido.

Capítulo cinco

Los días pasaron tan rápidos que cuando Sandra quiso darse cuenta ya estaba embarcando destino a Ibiza. Una parte de ella quería que aquellos días pasaran lo antes posible, pero por otro lado tenía sus temores, sus reservas a lo que pudiera depararle aquel fin de semana. Los nervios, que parecían haber desaparecido los días posteriores a que Max accediese a ir con ella, reaparecieron la noche antes del viaje. Así que lo mejor era calmarse y dejar que el destino decidiese por ella. Tenía la impresión de encontrarse disputando una partida de dados en un casino.

Se había despedido de Lena diciéndola que la llamaría. Le había prometido que se comportaría de manera correcta, a lo que su hermana, le respondió entre carcajadas.

—¿Te estás escuchando? ¿Sabes lo que me estás diciendo? ¿En serio? ¿Con tus amigas de por medio? Sin mencionarte a Max... claro —movió las cejas arriba y abajo con toda intención—. Me bastará con que regreses entera. Hazme caso.

Sandra no sabía qué pensar de ese comentario. ¿Qué esperaba su hermana que hiciera? No iba a desmadrarse en compañía de sus amigas, como daba a entender esta. Ni quiso pararse a pensar en el tono, ni el gesto de ella al referirse a Max. Volvía a pensar en su hermana, cuando el avión comenzó a acelerar por la pista de despegue y ella dejaba su atención fija en la ventanilla. A su lado estaba Max. Había pasado por casa a recogerla para ir juntos hasta Barajas. En todo momento él se había mostrado muy atento. ¿Por qué se le había pasado por la mente que pudiera cometer alguna locura con él? Lena se lo había insinuado, algo que ella había rechazado de plano por ser algo irrisorio. Pero con todo y con eso, no podía evitar pensar en esa posibilidad solo un poco.

—¿Todo bien?

—Sí.

Su pregunta hizo que volviera la atención hacia él. Max había inclinado el rostro hacia ella, lo justo para poder observar su propio reflejo en sus pupilas. Pero fue la sonrisa de él la que la desestabilizó.

—Te gusta mirar las nubes.

—Sí, me encanta coger el asiento de la ventanilla porque me relaja bastante observar el cielo.

—Hay algo que quieras comentarme antes de llegar. Alguna cuestión de última hora que se te pasara por alto en estos días. Ten en cuenta que una vez que estemos en la terminal deberemos aparentar que somos pareja. De modo que ahora es el momento.

—Lo sé. Nos esperan en el aeropuerto.

—¿En serio? —entornó la mirada en señal de expectación por aquella noticia.

—Sí. Bea me llamó anoche para preguntarme a qué hora llegábamos. Al menos Rachel y ella estarán en la terminal de llegadas. En cuanto a Sofía, me dijo que no sabía si podría acudir también.

Max miró al asiento que tenía delante de él con los labios apretados y se limitó a asentir.

—No sabía queuviésemos que actuar tan pronto; la verdad.

—¿Te preocupa?... Lo de actuar —ella rio ante el calificativo que le había dado a lo suyo. Max percibió una cierta alarma en el tono de voz de Sandra.

—No. No me asusta. Me das más miedo tú —le respondió mirándola de manera fija

haciéndola creer que iba a besarla. Como si quisiera irse adaptando a su nuevo papel.

—Ni que yo fuera una arpía —bromeó y sonrió tratando de rebajar la tensión que se estaba creando.

Max percibió algo en el rostro de ella y en su manera de devolverle la mirada, que lo hicieron volver a fijar su atención al frente. Iba a ser complicado, si tenía que controlarse hasta el domingo por la tarde como en ese momento. ¿Cómo puede alguien mantener sus manos lejos de algo que lleva tiempo queriendo tener en estas?

Ella entrecerró sus ojos a la espera de su siguiente reacción. Pero esta no se produjo. Lo dejó tranquilo con sus pensamientos durante un rato en el que ella echó un vistazo a su teléfono. Tenía varios wasaps; de su hermana preguntándole si ya habían cogido el vuelo. De Rachel queriendo saber a qué hora llegarían. Y uno más para anunciarle que Sofía también estaría. Como Sandra esperaba, también había algunos que hacían referencia a su misterioso acompañante. Si lo conocían, si estaba bueno, si iban en serio o solo se trataba de sexo. Sandra prefirió no responder, porque no era el momento. Se limitó a responder solo algunas de esas cuestiones; las que consideraba más normales. No iba a darles descuentos de ciertos temas. Pero sí que las dejó con la mosca detrás de la oreja cuando les dijo que lo conocían.

Max permanecía con la cabeza recostada contra el reposacabezas y los ojos cerrados. No podía evitar pensar en la mujer que iba sentada a su izquierda, ni en las posibilidades, que se abrían para ellos esos días. La voz de ella lo sacó de su estado de duermevela.

—¿Qué has querido decir antes?

—¿A qué te refieres? —abrió un ojo para controlar los movimientos de ella con el fin de saber lo cerca que estaba de él.

—Con lo que dijiste antes. Que te preocupas por mí.

—Es la verdad. Me preocupa tu estado de ánimo —giró el rostro hacia ella. Se estaba mordiendo el labio en un gesto casual, pero sin ser consciente de lo que le producía a él. Más le valía concentrarse en la respuesta y dejar de fantasear con ella—. A ver, entiendo que todo esto te ha sorprendido, y que te has visto obligada a reaccionar deprisa, si no querías presentarte sola en la fiesta de Rachel. No ibas a decirles que habías roto tu anterior relación. Por lo poco que conozco a Rachel y a Sofía, empezarían a hacerte preguntas. Luego, pasarían a buscarte una pareja para estos días y por último acabarían asegurando que, te quedarías para vestir santos con treinta y cinco años que tienes... Que mira que no haber encontrado a alguien que te acompañara. Que, si te habías inventado lo de tus relaciones y bla, bla, bla...

—¿Por qué estás tan seguro de lo que dices? —Ella se puso a la defensiva.

—Porque de lo contrario no habrías ido a buscarme.

—No recordaba que fueras tan creído.

—Es la verdad y lo sabes. ¿Por qué has aparecido en mi restaurante después de todos estos años? —la instó con la mirada a que respondiera—. Porque en el fondo te importa lo que tus amigas piensen y digan acerca de que con tu edad no tienes una pareja. Y que al final te quedarás sola por la edad que tienes.

—No, claro que no me importa —le reprochó con una risa irónica, aunque en cierto modo era verdad. Que sus mejores amigas tuvieran pareja si le afectaba en modo alguno. Era como si ella todavía no hubiera asentado la cabeza, no hubiera madurado pasados los treinta. Las parejas le duraban menos que un café, si venía a pensarlo en serio. Siempre lo achacaba al hecho de llevar años viviendo con Lena. Y sabía que esta acabaría marchándose y dejándola sola. O también al hecho de tener que echar muchas horas a su trabajo, a que los tíos no repetían una segunda cita con ella. Si hasta había pensado apuntarse a una página de citas para ver si en

alguna de estas encontraba una pareja estable.

—A mí tampoco, la verdad. También me han tachado de solterón, gay, inmaduro y muchas más cosas por no haberme casado y tener una familia a estas alturas de mi vida. Pero no les hago caso. Ah, y si te soy sincero, te agradezco que hayas pensado en mí para estos días —le dejó claro con una sonrisa.

—Bueno, eras tú o un profesional —le confesó con una expresión de sus ojos que le provocó las carcajadas.

—¿En serio? ¿No me digas que pensabas contratar a alguien?

—Lena me lo sugirió como último cartucho.

Max sonrió por lo bajo. No la veía acompañada por alguien así.

—Menos mal que pensaste en mí.

—¿Por qué dices eso?

—Porque soy más barato y te conozco —le aseguró acercando sus labios a su rostro para susurrarle aquellas palabras con un tono ronco y provocativo. Le guiñó un ojo cuando se apartó y ella se quedó con cara de sorpresa, o de incompreensión por lo que este le acababa de decir.

Sandra deslizó el nudo que le impedía decir nada. Parpadeó en repetidas ocasiones.

<<Pero, presiento que eres más peligroso. Tú puedes hacerme sentir cosas>>

—Eso es cierto. Y a ti te conozco desde hace años y aunque no nos hayamos visto recientemente, no creo que hayas cambiado demasiado —le siguió el juego como si con ello lograra dominar los nervios que aquel pensamiento le habían provocado. Pero no pensó que se metía en terreno delicado.

—Claro que he cambiado en todos estos años, Sandra. Desde que tú te fuiste a Frankfurt con una beca.

No quería hacer referencia a aquel episodio para que ella no se sintiera ofendida, ni mal durante ese fin de semana. Pero no había podido evitarlo. Percibió el cambio del semblante de ella.

—Sí, bueno. Teníamos veinte años, quince menos que en este momento.

El avión comenzó a descender de manera leve y a girar hacia la derecha.

—En breve llegaremos.

—Dijiste que habías estado antes en Ibiza...

—Sí. Tengo amistades aquí. De cuando era más joven y alocado. ¿Quién no ha venido en alguna ocasión a la isla a divertirse?

—¿Me estás diciendo que viniste en plan desmadre?

—Solo en una ocasión. Con un par de amigos.

—¿Al estilo de la película, Resacón en Las Vegas?

—Poco más o menos. Pero, esa fue la única vez que vinimos en ese plan. Las otras veces han sido más tranquilas, aunque no dejamos de salir por ahí —le aseguró con una sonrisa bastante significativa, una de las que prometía que aquellos días habían sido demasiado, pensó Sandra.

—Siempre eras bastante comedido cuando salíamos por ahí.

—Y lo sigo siendo. Ya lo verás. Pero te estoy hablando de hace algunos años. Un amigo tenía una casa en la isla, en San Antonio, y nos invitó a venirnos una semana en verano.

—No quiero hacerme una idea de la leonera que sería la casa —le dijo poniendo los ojos en blanco al imaginar a Max de fiesta loca con sus colegas.

—En fin, esos eran otros tiempos —le aseguró bajando la mirada a sus manos entrelazadas sobre sus piernas—. Después de ese verano decidí centrarme en mí y en montar mi

negocio. Como ya viste la noche que estuviste allí, es lo que soy. Y aunque he regresado a la isla en otras ocasiones, como te digo. No tuvieron nada que ver con aquella primera vez.

—Espero poder ver un poco de esa versión tuya estos días —le sugirió guiñándole un ojo en complicidad.

—No te lo aconsejo —le aseguró riéndose al recordar aquellos días.

—¿Por qué? ¿Tan mala es esa versión?

—Depende cómo lo mires. Ten la seguridad de que no te dejaría dormir ningún día —le susurró acercándose a ella de nuevo. La confianza y la complicidad parecían haber vuelto después de ese breve lapsus cuando él hizo referencia a su beca en Alemania.

Sandra permaneció en su sitio. Y cuando quiso darse cuenta estaba mirando los labios de Max, tan cerca de los suyos propios, que bastaría un leve movimiento del avión para que él se apoderara de estos de una manera involuntaria.

No supo por qué no la besó, porque en verdad que era el momento idóneo. Tenía la ligera impresión de que habían regresado a aquellos días cuando tenían veinte años y los labios de ambos se acercaron a la vez como si de imanes se tratasen para sellarse un beso, desencadenando todo lo demás. Incluido el dolor que le dejó cuando ella se marchó.

—Estamos llegando —él le hizo un gesto con la cabeza hacia la ventanilla para que viera como sobrevolaban el mar.

Ella desvió la atención a la ventanilla más por desviarla de él que, porque le interesara ver el agua. Él aprovechó para volver a apoyar la cabeza en respaldo y cerrar los ojos unos segundos, buscando cierta tranquilidad. Sentía la taquicardia en su pecho después de haber estado flirteando con ella. Claro que la situación entre ellos iba a prestarse a eso y a más, cuando estuvieran con las amigas de ella.

El avión comenzó a descender poco a poco. La tierra se veía más y más cerca a través de la ventanilla, como podía ver Sandra. Se dijo que no apartaría su atención de esta hasta que no fuera el momento de salir del avión. Contempló la pista de aterrizaje y sintió como tomaban tierra con las ruedas deslizándose por esta. Sandra se aferró con fuerza a los reposabrazos hasta que la velocidad se fue reduciendo. Ya estaban en Ibiza lo que significaba que no había vuelta atrás, y que su plan seguía adelante pasase lo que pasase.

—Bueno, pues aquí estamos. ¿Lista? —Max le hizo la pregunta cuando los motores se hubieron detenido y la señal de abrocharse el cinturón se apagó. Había colocado su mano encima de la ella de una manera casual, llevado por un gesto de confianza con ella. La miró a los ojos buscando la confirmación de que en verdad todo estaba correcto.

Sandra cogió aire y asintió de manera reiterada.

—Estoy bien. Y antes de que se me pase, muchas gracias por lo que estás haciendo por mí.

—Lo haría todas las veces que me lo pidieras —le aseguró dejando que su pulgar le acariciara el dorso de su mano de manera lenta.

Ella acusó aquella caricia en su mano y aquel comentario que le provocó una sensación de seguridad. ¿Por qué no la había rechazado la noche que se lo planteó? ¿Cómo era posible que no la hubiera mandado a paseo después de haber sido ella la que rompió la relación? Lo habría entendido porque tenía toda la razón y en cambio... Resopló sin querer pensar en nada más porque él la estaba esperando a que saliera al pasillo para caminar hacia la puerta de salida del avión.

Descendieron por la escalerilla arropados por el húmedo calor característico de isla. El vestido de Sandra se levantó algo más de lo normal debido al viento y sin que ella pudiera

evitarlo, solo cuando estuvo en tierra firme. Miró a Max y por la cara que este tenía y su sonrisa, entendía que había tenido una buena visión de sus piernas.

Llegaron a la terminal, donde la publicidad de las principales discotecas de la isla les daba la bienvenida. La gente iba en busca de sus maletas, de los aseos o de información. Max caminaba al lado de ella, y antes de enfilar el pasillo hacia la puerta de salida, la sujetó del brazo y la atrajo hacia él.

—¿Cómo quieres que nos vean? ¿Cogidos de la mano, del brazo o quieres que te lo eche por encima de tus hombros? ¿O ninguna de estas versiones? —entonó la mirada hacia ella—. Lo que tú prefieras.

Ella sacudió la cabeza algo aturdida por la presencia cercana de él. Por la caricia de sus dedos en su brazo camino de su mano. No sabía decir si lo estaba haciendo de manera consciente o no, pero a ella le produjo un cosquilleo incesante en todo su cuerpo.

—Haz en todo momento aquello que más te apetezca. No podemos estar pensando a cada minuto...

—En ese caso vamos —la soltó para ver su reacción. Le habría gustado rodearla por la cintura y besarla de manera lenta, saboreando sus labios dejándole claro lo que realmente le apetecía hacerle. Pero no quería precipitarse. Ni tampoco comprometerla ni ponerla más nerviosa de lo que estaba; por mucho que le asegurara que estaba bien. Sabía que en su interior sería un manojo de nervios. Lo leía en sus ojos. Contaba con que habría momentos en los que la cercanía sería inevitable y entonces... Max creía que, en el fondo, ella seguía sintiendo algo por él a pesar del tiempo. Y que esta podía haber sido la verdadera razón por la que había ido a buscarlo: la curiosidad de saber de él.

Ella se quedó parada en el sitio viendo a Max caminar hacia la salida. En un arranque de decisión y de valor deslizó su mano por la de él para entrelazar sus dedos ante su sorpresa. Le había gustado la sensación que le había dejado su caricia, y no iba a renunciar a ella.

Él se quedó contemplándola con cara de asombro, con la boca abierta como si fuera a decirle algo, sacudiendo la cabeza. Un gesto que venía a corroborar sus sospechas al respecto de lo que sentía por él.

—¿Algún problema?

Max se limitó a sonreír y a continuar hacia la salida dispuesto a representar su papel. Eso sí, no estaba seguro de cuánto tiempo podría hacerlo.

Ambos salieron al vestíbulo sin soltarse de la mano y tirando de sus respectivas maletas con la otra. Sus tres amigas acudieron a por ella entre vítores y aplausos. Ella se vio rodeada por brazo, rostros, miradas de felicidad, besos... hasta el punto de tener que soltarse de Max. Este permanecía impasible observando la escena mientras las chicas no dejaban de abrazarse, darse besos y demás.

Fue Beatriz la primera en reparar en su presencia allí. No podía creer que después de todo, Sandra y él... No quiso sacar una conclusión equivocada y prefirió esperar a ver qué les decía ella. Pero la expresión de su rostro era bastante significativa.

—¡Max! —exclamó Rachel cuando lo vio allí mirándolas a todas con cara de circunstancias o de no saber dónde coño meterse.

De repente, se convirtió en el centro de atención de las cuatro mujeres, ya que Sofía también había acudido a recibirlos. Pero, de inmediato, Sandra fue el objetivo de las miradas de sus tres amigas. Esta se mostraba tranquila, y de lo más natural. Era consciente de que el momento crucial había llegado. De manera que, se dispuso a enfrentarse a los rostros de perplejidad, interés o incredulidad que tenía frente a ella.

—¿Por qué os quedáis mirándome las tres al mismo tiempo? —se acercó a Max y deslizó su brazo por debajo del suyo para que no le quedaran dudas al respecto.

—¿Volvéis a estar juntos? —Rachel fue de las tres, la que se aventuró a preguntarlo. No iba a esperar a que ella le confirmara las sospechas de las tres.

—Max es tu misteriosa pareja. De la que no querías soltar prenda —le dijo Sofía recordando las conversaciones por WhatsApp.

—Dijiste que viniera con pareja —le recordó con total normalidad, y un aplomo que no había esperado tener llegado ese momento.

Sofía abrió la boca y comenzó a dar palmadas y pequeños saltos de emoción.

—¡Qué emoción! ¡Siempre dije que vosotros dos acabaríais juntos con el paso de los años! —los señaló con la mano con toda seguridad de que así había sido.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Rachel aturdida por aquella revelación tan inesperada.

—Ya os dije por WhatsApp que lo conocíais.

—Pero, ninguna de nosotras, o al menos yo pensé en Max —dijo Rachel señalando a este con su mano y luego miró a las demás.

—Yo tampoco —apuntó Sofía y miro a Bea—. ¿Y tú?

—No. La verdad es que no podía imaginar que estuviéseis juntos después de lo sucedido en la universidad. Claro que me alegro un montón —se acercó a Sandra y la rodeó para darle un par de besos—. Ya me dirás cómo lo has hecho, bruja —le susurró para que Max no la escuchara.

Rachel se apartó de ella y le guiñó un ojo en complicidad dejando a esta con la boca abierta sin saber qué diablos decir. Las tres amigas estuvieron de acuerdo en esa afirmación.

—Bueno, ya tendremos tiempo de ponernos al día —aseguró Sandra deseando dejar el tema de Max para más tarde. Necesitaba tiempo para irse preparando. Lanzó una mirada a Max, quien se limitó a asentir con una sonrisa tratando de hacerle ver que todo estaba ok entre ellos.

—Sin duda que tenéis que contarnos cómo habéis acabado juntos después del tiempo —dijo Rachel—. Aunque como decía Sofía se venía venir de lejos que volveríais.

—¿En serio? —preguntó Sandra, sorprendida una vez más por aquella afirmación. Lena se lo había comentado en alguna que otra ocasión, pero no había querido hacerle caso. ¿Era la única que se había perdido algo? ¿Qué demonios habían visto en ellos para poder afirmar que acabarían juntos después de que ella se largara a Alemania? Ni ella misma podía dar crédito a esos comentarios. Ni si quiera lo pensó cuando regresó a España al año siguiente. Y menos, cuando supo que él se había marchado fuera. Debería dejarlo estar porque si no tenía bastante con capear los comentarios y las miradas de sus amigas

—Es normal que no te enteraras. Por lo general, los interesados son los últimos en hacerlo —le respondió Rachel volviendo el rostro hacia ellos camino de la salida de la terminal—. Antes de que se me olvide, esta noche quedaremos para tomar algo y cenar

—Genial —dijo Sandra tratando de parecer emocionada. Era consciente de que Rachel la iba a acosar a preguntas los días que estuviera en la isla y coincidieran. No tendría descanso. Tanto Lena como el propio Max se lo habían advertido antes si quiera de subirse al avión. Y mucho se temía que iba a ser así.

—Tengo el coche allí mismo —dijo Bea señalando su A3 de color rojo—. Os acercaré hasta el bloque de apartamentos para que os instaléis.

—Sí. Ya os pasaré la dirección del sitio para quedar esta noche, chicos. Quedar con Bea para ir juntos —anunció Rachel emocionada por el evento—. Nos pondremos al día en todo tipo

de chismes.

—¿Conoceremos a tu prometido? —preguntó Sandra esperando que a la quedada fuera bastante gente para que ella pudiera pasar desapercibida. Pero eso, era algo que con Rachel sería complicado.

—Sí. Él estará, pero su hermano lo hará mañana y también irán algunos amigos. Será algo informal en el puerto de Ibiza. Para conocernos y de ese modo mañana no ser unos extraños.

—Es lo más normal —asintió Max mirando a Rachel.

—Genial. Me alegro de que estéis juntos de nuevo, chicos —le aseguró mirando a los dos y sujetándolos por la mano que les quedaba libre, ya que en la otra sujetaban sus respectivas maletas—. Nos vemos esta tarde. Bea, cuídalos.

—Descuida. Subiréis uno delante, ¿no? No quiero parecer una chófer.

—Está bien. Yo lo haré —dijo Sandra abriendo la puerta del copiloto y tomando asiento.

Max lo hizo en la parte trasera. De ese modo podría ir viendo el paisaje y de paso tratar de ordenar sus ideas con respecto a lo que podía o no podía suceder desde el instante en que Bea los dejara en el apartamento.

—El tráfico está algo loco en esta parte de la isla —dijo Bea incorporándose a la carretera principal.

—Es lógico con la cantidad de turistas que llegamos en estos días.

—En estos y en todos. La isla es un hervidero de gente desde comienzos de junio a finales de septiembre. Aquí las discotecas son las que fijan el calendario.

—Veo que estas están por todas partes —dijo haciendo referencia a los carteles, paneles y demás—. Parecen todo un reclamo.

—Lo son. Puedes estar segura. ¿No habías venido a Ibiza antes?

—Es la primera vez.

—¿Y tú, Max? —Bea aprovechó que estaba controlando el tráfico por el retrovisor para hacerle la pregunta a este y observar su gesto. Le seguía pareciendo algo increíble que su amiga y él estuvieran juntos de nuevo.

—La primera vez que vine fue con unos amigos, como sabe Sandra —comentó metiéndola en la conversación para que no sospecharan nada acerca de la complicidad que tenían ellos.

—En plan fiestas y desfase —apuntó esta con una sonrisa bastante elocuente para no quedarse fuera de juego, o parecería que no habían hablado entre ellos. Y más sobre Ibiza, cuando Max había venido en un par de ocasiones como este le había comentado.

—Es lógico. La primera vez vienes pensando en eso. Y luego si repites los siguientes años, la cosa es diferente. Te lo tomas con más calma. Supongo que tú harías igual —dijo levantando la mirada hacia el retrovisor para ver la cara que ponía Max.

—Las posteriores veces que he venido, han sido con otro talante, puedes creerlo.

—Lo supongo. Nos vamos haciendo mayores y buscamos otras emociones. Bueno, chicos hemos llegado.

—La calle parece bastante animada —dijo Sandra al ver a la gente ir y venir, el tráfico y demás.

—Esta es la principal vía de entrada y salida hacia el aeropuerto. O hacia otras partes de la isla. Esta zona tiene mucho ambiente. Predomina la gente joven, y si llegamos antes de que cierren los locales, podrás ver mucho más movimiento. Tienes dos discotecas en esta zona; una frente a la otra. Y suficientes locales para pasarlo bien. Vamos que os llevo al apartamento.

Sandra cogió su maleta de manos de Max, quien le hizo un gesto con las cejas.

Entraron en el edificio y se cruzaron con varias chicas en bikini en el descansillo, lo que llamó la atención de Sandra.

—Si te estás preguntado por qué no van vestidas es muy sencillo. Aquí no te hace falta arreglarte mucho como has visto. Imagino que Max te lo habrá contado —apuntó mirando a este, quien asintió.

—Supongo que habrá cambiado un poco desde que hace que no vengo. Pero por lo general no parece que mucho.

—La esencia de la isla no cambia. Hay discotecas y clubs que te permiten entrar con un pantalón corto y la parte superior del bikini, o con un simple vestido sobre este... Date cuenta que en algunas discotecas se hacen fiestas de espuma y de agua, de manera que no te aconsejan llevar ropa muy elegante. Ya lo verás cuando mañana estemos en la fiesta de Rachel. Te lo digo para que vayas prevenida.

—Ibiza no tiene nada que ver con el resto de las zonas costeras —le dijo Max situándose detrás de ella—. En muchos sentidos.

—Buenas tardes, Emily. ¿Todo bien? —Bea saludó a una chica que permanecía sentada detrás de lo que parecía ser la recepción.

—Sin problema, Bea.

—Estos son amigos míos. Vienen por lo de la fiesta de Rachel. Sandra y Max. Estarán en el apartamento de mi hermano.

—Encantada —asintió con una sonrisa.

—Cualquier cosa me dices. Voy a dejarlos instalados.

—Nos vemos —dijo Max despidiéndose de ella.

—Adiós —dijo Sandra.

Capítulo seis

Bea se dirigió a la puerta que quedaba casi frente al ascensor. Abrió y los dejó pasar.

—Bueno, pues aquí tenéis vuestro apartamento. No busquéis demasiado lujo. Es más bien funcional. Si tenemos en cuenta la zona en la que estamos y la media de edad de nuestros inquilinos...

—Como la primera vez que vine —señaló Max dejando la maleta en la entrada.

—Sí, bueno... Más o menos.

—Está genial —dijo Sandra girando sobre ella misma para ver el amplio salón con un sofá de tres plazas, una televisión colgada en la pared. Echó un vistazo al resto y vio la cocina, el baño con ducha y una habitación con una cama amplia. Frunció los labios y lo dejó pasara por el momento. Había un sofá que seguro que se convertía en cama. Este era el riesgo que corría al decir que Max era su pareja,

—Os he dejado el apartamento en el que vivía mi hermano.

—¿Sigue en Glasgow con la chica que conoció el verano pasado? —preguntó Sandra.

—Con Mar. Sí, claro. Allí lleva con ella desde que se marchó de aquí.

—Pero, ¿no irá a venir? Te lo pregunto porque si estamos ocupando su apartamento...

—No, tranquila. Viene en agosto. Así que no os preocupéis porque pueda aparecer.

—Vale.

—Tomad, la llave. Si no queréis llevarla con vosotros dejarla en la entrada. Bien Emily o la persona que esté os la recogerán. Pero, sabed que habrá alguien hasta las doce.

—Como Cenicienta —apuntó Sandra con una sonrisa divertida.

—Sí. A esa hora se cierra la puerta de la calle. Para abrirla tenéis la otra llave —le dijo señalando el juego que les acababa de entregar—. Y como supongo que estos días llegaremos todos tarde, hay una escondida en la entrada, junto a una planta.

—¿Tú vives aquí? —preguntó Sandra mirando a su amiga con el ceño fruncido.

—Desde que Alex lo dejó me hice cargo del bloque. Decidí contratar un par de personas para que estuvieran en la recepción. Aparte, estoy yo en mi propio apartamento gestionando la inmobiliaria. Y si hay algún problema en el edificio yo me encargo de llamar a mi padre para que me mande a alguien. Todo eso lo hacía mi hermano cuando estaba aquí. Era una especie de portero, aparte de ser el dueño. Se encargaba de todo el mantenimiento. Así que si necesitáis algo estoy en la tercera planta. El 3ºA. Os dejo que os aseáis y esas cosas.

—¿Te ha comentado Rachel algo de que a qué hora quiere que quedemos?

—No te preocupes. Nos lo dirá por el grupo de WhattsApp. Iremos los tres juntos. Lo que sé es que será en el puerto como ha dejado claro antes.

—De acuerdo.

—Os dejo. Ya tendremos tiempo de ponernos al día —le dijo a Sandra moviendo sus cejas en dirección a Max.

—De acuerdo.

—Hasta luego, y disfrutad de estos días.

La vieron cerrar la puerta detrás de ella y se quedaron mirándose a la espera de ver quién era el primero en decir algo sobre el apartamento, la situación a la que les tocaba enfrentarse o cualquier otra cosa.

—En fin, ya estamos metidos de lleno —comentó Max mirando a Sandra para ver qué

reacción tenía.

Esta abrió los ojos a su máxima expresión y resopló.

—Exacto. Las tres ya saben que estamos juntos —dijo haciendo referencia a sus amigas.

—Antes de que te des cuenta, estaremos en el avión de regreso a casa. Y todo esto habrá pasado. Quedará con un bonito recuerdo; estoy seguro.

Ella se quedó pensativa por unos segundos. Sí, el tiempo solía pasar rápido y solo era cuestión de no agobiarse con este. Pero no deseaba que se pasara ya. Quería disfrutar un poco, ya que estaba allí.

—Tienes ganas de que pase. Y no te lo niego porque te he hecho dejar tu negocio durante estos días para meterte en un embrollo como este —se quedó mirándolo a la espera de su reacción. Al ver que él no tenía intención de decir nada, sacudió la cabeza y resopló—. No tenía derecho a hacerlo.

—Pero lo hiciste, y ya no podemos hacer nada.

—¿Por qué no me dijiste que no?

Él se quedó contemplándola en silencio, con una media sonrisa llena de añoranza.

—¿Por qué habría de hacerlo? —se encogió de hombros sin entender su interés en saberlo—. Me alegró volver a verte.

Ella no parecía muy convencida con esa explicación tan escueta. Había algo más. Una razón de mayor peso que el hecho de volverse a ver.

—En fin, creo que es mejor no pensar en ello.

—Deberíamos deshacer las maletas y asearnos para esta noche.

—Sí, una prueba más seria que la de la terminal del aeropuerto —asintió ella haciendo intención de irse a la habitación con la maleta, pero él la sujetó por la mano obligándola a volverse hacia él.

—No te preocupes. Todo va a salir bien. Solo... pásatelo bien. Además, procuraré alejarme de ti en la medida de lo posible —le aseguró haciendo que ella volviera a abrir los ojos hasta su máxima expresión en un claro gesto de alarma.

—¿Qué? ¿Por qué? —ella dio un paso hacia él sin calcular la distancia que había entre los dos. Se quedó contemplándolo con los ojos como platos y los labios entreabiertos—. No, no estarás pensando en irte por ahí.

A él le gustó aquella reacción. Sus ojos parecían reflejar el temor, sus labios entreabiertos lo tentaban, y el escote de su vestido reclamaba su atención debido a la respiración agitada de ella.

—No, no. Me has entendido mal. Me refiero a que procuraremos que pases el mayor tiempo posible con tus amigas. De ese modo lo nuestro será más sencillo de llevar. Cuanto más tiempo estemos alejados el uno del otro, mejor para ti. Menos nerviosa estarás. De lo contrario seremos el foco de atención de todas.

—Pensaba que te irías por ahí tú solo —le refirió con la sensación de temor porque él lo hiciera palpitando en su pecho—. Pero si te alejas demasiado...

—Solo estoy haciendo referencia a cuando estemos en el mismo local, o en la casa del prometido de Rachel. De ese modo, pasarán las horas sin que te des cuenta. Y todo será más fácil y ahora, dejemos de pensar en hipotéticas situaciones, coloquemos la ropa y metámonos en la ducha —le dijo dejándola con la boca abierta. Max percibió como ella elevaba una ceja con suspicacia y cruzaba los brazos sobre su pecho—. ¿Qué sucede?

—¿No estarás insinuando que nos duchemos juntos? —la ironía brilló en la mirada de Sandra, y el hecho de fruncir sus labios no ayudó en nada a Max a calmar su deseo por quitarle

ropa y meterla en la ducha con él.

Este sonrió divertido se hacía una idea de lo que ella había entendido

—No me refería a que lo hagamos juntos...

—Según lo has dicho me ha dado esa impresión. Puedes hacerlo tú mientras colocó mi ropa en el armario.

—De acuerdo.

Pasó por su lado camino del cuarto de baño dejándola a solas durante unos minutos. Sabía que el agua no le bastaría para aclarar sus pensamientos con respecto a ella. De momento, había conseguido hacerle ver que sería bueno no pasar juntos demasiado tiempo en la fiesta de Rachel. Sería más conveniente que ella no se separara de sus amigas el mayor tiempo posible. De ese modo él no sentiría la necesidad de tocarla o de besarla a cada minuto que pasaran juntos.

Sandra terminó de colocar su ropa y salió al balcón a echar un vistazo al ambiente de la calle atraída por el sonido de la música.

—Ya puedes decir que estás en Ibiza. —la voz de Max captó su atención cuando este se situó a su lado. Tenía el pelo mojado y una sonrisa traviesa en su rostro.

—Has tardado poco —le aseguró recorriéndolo con la mirada. Vestía una camiseta de manga corta y unos vaqueros que sin duda habían conocido mejores días. Le llamó la atención que fuera descalzo.

—Lo justo para quitarme el cansancio. Tenemos las mejores vistas —le aseguró haciendo un gesto hacia la playa y a la cantidad de gente que había a esas horas.

—Supongo... Recuerda que es la primera vez que vengo.

—Solo espero que no te desagrade el tipo de música que escucharás a todas horas y en todos los lugares. Ya sabes, la música electrónica, chill out...

—No me molesta.

—Genial porque esa es una de las razones por las que la gente también viene a la isla, a parte del clima, el sol, las calas, la playa, la fiesta...

—Y el hecho de ir vestidas con lo justo —recordó a las chicas con las que se habían cruzado al llegar al edificio.

—Puede ser. Lo cierto es que aquí la gente no se arregla demasiado, como te has dado cuenta al llegar y como te ha contado Bea. Es una ventaja a la hora de hacer la maleta, y de no complicarse con la ropa que tienes que elegir para ir a tomar algo.

—Vaya, pues a la vista de lo que me cuentas y lo que he podido ver, creo que me he pasado trayendo ropa —ironizó ella frunciendo el ceño—. Por lo que te veo tú también vas vestido. Por cierto, esos vaqueros que llevas puestos...

Max bajó la mirada hacia estos y sonrió.

—Sé lo que estás pensando. Que debería jubilarlos, pero lo lamento porque son muy cómodos.

—Tengo la impresión de que tienen algunos años...

—Unos pocos. La verdad —lo contemplaba con una curiosidad que a él lo ponía algo nervioso, así que capto su atención hablándole—. No quiero que te dé la impresión de que estoy echando, ya que estoy disfrutando del momento en tu compañía, pero ¿no querías ducharte? Piensa que quedaremos con Rachel y los demás —hizo un gesto con el pulgar hacia el interior de apartamento.

Ella bajó la mirada y sonrió. El viento de esa tarde agitó su pelo ocultando su rostro lo cual ella agradeció en ese preciso instante en el que ella acusó el comentario de él. Por alguna extraña razón a ella tampoco tenía ganas de alejarse de él, por el momento.

—Lo sé, pero al igual que tú, estoy a gusto en este instante con el viento dándome en la cara.

—En ese caso disfruta de la ocasión. Y haz como si no te hubiera dicho nada.

—¿Por qué crees que es mejor que permanezcamos separados el mayor tiempo posible? Si no nos ven juntos, sospecharán.

—Si estamos en un grupo de gente, no creo que piensen nada raro. Solo busco no ponerte en una situación que no desees —entornó su mirada queriendo mostrarle confianza y algo más. Le dolía tener que estar alejado de ella cuando lo que más deseaba era todo lo contrario. Pero era consciente de que cuanto más tiempo pasara a su lado, más riesgo existiría de cometer una estupidez. Besarla no lo era, ni disfrutar de su compañía toda una noche; pero si perderla para siempre después del tiempo transcurrido sin verse.

Ella sonrió al entender a qué se refería él. Claro que la cosa podría desmadrarse como sucedió cuando estaban en la facultad. Solo que en esta ocasión ya no tenían veinte años. No eran unos alocados que tenían todo el tiempo del mundo.

—Pues la impresión que se han llevado al vernos aparecer en la terminal del aeropuerto es la que tú y yo sabemos. Que somos pareja.

—Sin duda no se lo esperaban.

—Eso estaba más que claro porque en ningún momento les dije que eras tú. No quería que empezaran a pensar en cómo se había producido, cómo nos iba y todo eso que seguro que querrán saber en estos días.

—No serás la única a la que le hagan un interrogatorio. Procuraré ceñirme a nuestro argumento sobre cómo empezó todo y que no se note que es una comedia.

—¿Por qué? ¿Insinúas que no se lo van a creer? Están tan asombradas que no se pararán a pensar en ello. Te lo aseguro. Y luego está el tema de la boda de Rachel...

—No lo sé. Tú la conoces mejor que yo —le recordó señalándola con la mano—. Imagina por un instante que esto fuera una de tus novelas.

Sandra entrecerró los ojos y se mordió los labios en un gesto de lo más sugerente para Max.

<<Imposible, porque los dos protagonistas siempre acaban juntos al final. Pero esto es la realidad>>

—Bueeeenooooo.... En ese caso hay varias posibilidades, como puedes suponer.

—Que los protagonistas pasen el uno del otro, esto es, que se dediquen a divertirse con el resto de amigos sin prestar atención a <<su pareja>> —levantó los dedos e hizo el gesto de comillas.

—Sí, es posible.

—Que alguno de ellos pueda conocer a otra persona y se sienta atraído de verdad por esta.

—Sí, aunque si han acordado un plan durante estos tres días, no creo que ninguno se arriesgue a ello. O que la comedia se volviera real —apuntó ella abriendo sus ojos como platos y apretando sus labios.

—Podría suceder. ¿Y qué harían? —él cruzó los brazos sobre su pecho y miró con toda intención a Sandra esperando su reacción.

—Tampoco creo que sea algo que debiera suceder. En mi caso estaré más pendiente de no meter la pata, que de la gente que acuda a la fiesta. ¿Qué me dices de ti? ¿Y si alguna de estas noches, conocieras a alguna mujer que te atrajera? O que te tirara los tejos...

Max apretó los labios, y sacudió la cabeza. Estaba convencido de lo que iba a decirle.

—Imposible.

—Estás muy seguro de tus palabras, pero desde ya te digo que el diablo siempre está escuchando lo que decimos. Podría tentarte y tú caer... —ella entrecerró los ojos como si estuviera estudiándolo. Esperaba algún gesto, algún tic nervioso que lo delatara. Pero no lo encontró porque o era cierto lo que decía, o sabía disimular muy bien.

—Por mí puede seguir escuchando. Y para que me oiga bien —se inclinó hacia ella de manera casual, sin medir la cercanía de sus labios hasta que fue algo tarde. Deslizó el nudo y sintió la boca seca al momento. Balbuceó sin saber qué decir, pero al final logró su objetivo. No besarla, pero dejarle clara una cosa—. Puede tentarme con cuántas mujeres haya en la fiesta de Rachel. He venido siendo tu pareja y regresaré siéndolo.

Ella tuvo que inspirar hondo ante aquellas palabras, pero sobre todo por la mirada que le dirigió. Por la cercanía de su rostro, de sus labios, por su sonrisa al final de su comenario. Era de las pocas veces que no sabía cómo interpretarla. Incluso aunque se tratara de una obra de ficción, la situación estaba comenzando a írsele de las manos, y creía que era mejor retirarse a tiempo.

—Creo que tienes razón y debería darme esa ducha. No vaya a ser que Rachel escriba al grupo de amigas de WhatsApp y nos diga que quedamos en nada.

Max solo se limitó a asentir. La vio entrar en el apartamento y él volvía su atención a la playa. Era imposible que se fijara en otra mujer que no fuera ella. ¿No lo percibía? Apoyó los antebrazos sobre la barandilla y entrelazó sus manos. Resopló y trató de no pensar en ella por unos minutos porque sabía que nada más que volviera a verla aparecer en el balcón, tendría que volver a levantar la guardia. Lo que no sabía era cuánto tiempo podría sostenerla en alto.

Sandra dejó que el chorro del agua resbalara por su pelo, por su espalda, por todo su cuerpo. Necesitaba quitarse el cansancio del viaje, y al mismo tiempo despejar su cabeza de cualquier pensamiento equivocado en torno a Max. ¿Por qué le interesaba saber qué ocurriría entre los dos personajes si esto fuera una novela? No estaría trasladando la ficción a la realidad. Es decir, ¿no pensaría que la situación de ellos era el argumento de una y que al final ellos iban a acabar juntos? Se quedó quieta con las palmas de sus manos apoyadas contra la pared dejando que el agua le resbalara por su rostro sin inmutarse en tragarla. Sacudió la cabeza desechando cualquier pensamiento parecido y se enjabonó el pelo. Era absurdo que él pensara algo así porque ella no le había dado pie a que lo hiciera Solo le había pedido el favor de acompañarla esos días para no quedar mal delante de sus amigas, vale. Mea culpa, se dijo poniendo el agua más fría debido al calor que experimentaba. Procuraría no cometer ningún error. Ninguna acción que llevara a Max a pensar lo contrario.

Este aprovechó la ocasión de estar solo para llamar a Ferrara, que se había quedado al frente del restaurante. Pensó cerrarlo y dar descanso a todos, pero en vista de las reservas que había acumulado no podía permitírselo.

—¿Cómo va eso, amigo? —le preguntó nada más descolgar.

—De momento bien.

—Supongo que ya has llegado.

—Sí. Te estoy llamando desde el balcón del apartamento.

—Genial. ¿Y la música que se escucha de fondo? ¿Tenéis alguna fiesta cerca o algo parecido?

Max extendió el brazo para que el altavoz captara de manera más nítida el ambiente.

—La playa. La gente que hay se lo está pasando en grande.

—Entiendo. Disfruta a tope estos días, amigo y por el negocio no te preocupes, ni te agobies. Está todo controlado.

—Lo sé. Sé que estando tú al frente no hay problema.

—Te agradezco que lo pienses. Y dime, ¿qué tal lo llevas con tu amiga?

Max se alejó un poco del borde del balcón para que la música no interfiriera en la conversación. Soltó el aire acumulado y sonrió.

—De momento bien.

—Bueno, acabas de llegar a Ibiza. Siempre me dijiste que era la mujer que te había traído de cabeza en tu juventud... ¿Sigues pensando igual, aunque hayan pasado los años?

—No solo lo pienso si no que lo creo y lo mantengo. Ella es fascinante en muchos aspectos. Deberías verla... —comenzó a moverse por el balcón con la mirada perdida hacia el horizonte. En el mar se distinguían varias embarcaciones de recreo o bien de esas que organizaban fiestas. Y si seguía el litoral de la playa con la vista podía ver Ibiza a lo lejos—. No estoy seguro de si después de todo venir con ella haya sido una buena idea.

Sandra se detuvo de golpe cuando escuchó aquel comentario. Estaba hablando por su móvil ajeno a su presencia. Debería hacerse notar y no quedarse allí como una espía, invadiendo la intimidad de él. Pero su curiosidad era demasiado grande como para hacerlo. Y más, si el motivo de la conversación era ella. Se mordió el labio y contuvo la respiración esperando escuchar más sobre lo que decía de ella.

—¿Por qué dices eso ahora? Vamos tenías unas ganas locas de ir con ella.

—Lo sé, lo sé. Soy consciente de que venir era lo que más me apetecía, pero tengo mis dudas. Tío, a cada momento que la tengo cerca he de hacer verdaderos esfuerzos para no tocarla, para ni si quiera rozarla como a mí me gustaría. Me controlo. ¿Lo entiendes? Y no te digo lo que daría por besarla.

Sandra abrió la boca y se quedó perpleja contemplando a Max. Si momentos antes había sentido calor en la ducha, en ese instante era todo lo contrario. Una corriente fría recorrió su espalda y sus brazos. Se mordió el pulgar de su mano y dio unos pasos atrás, pero permaneció cerca para seguir escuchando.

—¿Por qué no le cuentas lo que sientes por ella desde hace años?

—No, no. Si le dijera lo que siento, todo se complicaría. No pretendo hacerla sentir incómoda.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No tengo la más mínima idea. De momento, seguir representando esa comedia a ver qué da de sí.

—Deberías hacérselo ver. Y si no le interesa tener una relación contigo pues al menos te quedará claro que no merece la pena insistir con ella. Pero, ¿y si a ella le sucede lo mismo? A lo mejor le cuesta decírtelo. Piénsalo.

—Lo tendré en cuenta Romeo —ironizó Max empleando el nombre de la obra de Shakespeare—. Nos vemos en unos días.

—Vale. Tranquilo jefe. Tú céntrate en tu amiga.

—Sí, ya veré. Ciao —Max se quedó contemplando la pantalla de su móvil unos segundos durante los cuales meditaba acerca de los consejos de Ferrara. ¿Cómo podía hacerle ver a Sandra que no la había podido olvidar durante todos estos años? Podría echar al traste esos días. Y no era eso lo que pretendía porque quería tener la posibilidad de seguir viéndose una vez que regresaran a casa.

Capítulo siete

Sandra permanecía dentro del apartamento tratando de no moverse, ni hacer ningún ruido para no delatar su presencia. Tenía una comezón por todo el cuerpo debido a lo que le había escuchado decir Max al respecto de ella. ¿Cómo coño iba a afrontar ahora aquella situación sabiendo lo que él sentía por ella? Decidió regresar a la habitación y hacer ruido con la puerta para que Max supiera que ella había terminado en el baño. Acababa de enterarse de la verdadera razón por la que había venido y que no le había confesado. Y la verdad, no sabía si le gustaba o le aterraba saberlo. Había escuchado decirle a la persona con la que hablaba, que cuando estaban juntos deseaba acariciarla, tocarla en incluso... besarla, recordó llevándose la mano a sus labios en un gesto reflejo. Pero, ¿qué sentía Max por ella? ¿Un simple deseo por besarla y llevársela a la cama? Porque no creía que siguiera enamorado después del tiempo que había pasado sin tener contacto. Se humedeció los labios antes de coger aire y caminó hacia el balcón con la mejor de sus sonrisas. Solo esperaba que él no le notara nada extraño.

—Por fin me he quitado el cansancio. De todas maneras, no entiendo muy bien de qué vale ducharte. En cuanto te secas estás empapada en sudor —le dijo con naturalidad arreglándose el pelo y evitar mirarlo.

—Es lo que tiene este clima de la costa. Tienes la sensación de estar sudando a cada momento. Y por más que te duches o te remojes en mar no lograrás quitarte esa sensación pegajosa de la piel —le aseguró sin prestarle mucha atención después de la conversación mantenida con Ferrara. Sin embargo, no pudo evitar lanzarle una mirada de reojo y darse cuenta que se había puesto un vestido ligero, que le caía de manera perfecta desde sus hombros a sus muslos. Recortando el volumen de sus pechos y de sus caderas.

—Ahora entiendo que la gente se ponga poca ropa para ir por la calle.

—Esa es una de las razones. Aparte de que nadie te mira a ver cómo vas vestido. Ni te dicen nada. La gente va a lo suyo y no se sorprende por lo que ve.

—Podrías habérmelo dicho cuando aceptaste a venir —entornó la mirada hacia él con toda intención por ver si le decía algo al respecto de lo que le había escuchado hablar por el móvil.

—Se me pasó. Pero pensaba que sabías que el clima del Mediterráneo es así —por primera vez desde que ella salió al balcón, él se quedó contemplándola de cuerpo entero. Recorriéndola de la cabeza a los pies, descalzos. La imaginó sin el vestido y la reacción de su cuerpo no se hizo esperar. Tenía el pelo mojado y algunas gotas de agua resbalaban por la piel.

—Cuando salí del baño hacia la habitación ¿te escuché hablar...?

—Sí, llamé a Ferrara.

—¿Preocupado por tu negocio?

Max no pudo evitar sonreír por ese comentario. Desvió su atención de ella hacia sus propias manos y se encogió de hombros.

—Solo quería saber qué tal iban las cosas.

—Pero, si te ibas a preocupar por dejar tu negocio tres días, podrías haberme dicho que no te apetecía venir conmigo, o que era algo inviable —ella insistía en ese tema para picarlo y ver si le contaba el verdadero motivo por el que la había acompañado. El mismo que le había confesado a su colega al otro lado del móvil.

—No tranquila. Todo está controlado con Ferrara. No tengo de qué preocuparme en ese

sentido.

—De verdad que no me habría sentado mal. Lo habría entendido...—se fue acercando a él sin perderle la mirada. Si él sentía algo por ella, ¿por qué no se lo había dicho como justificación para no acompañarla? ¿Por qué no la había buscado durante aquellos años? Pensar en esto le provocaba una sensación diferente a lo que había experimentado hasta ese instante. Una cierta ansiedad y un anhelo porque lo hubiera hecho. Ella no lo había hecho porque el peso de la culpabilidad la había podido. Y todavía se preguntaba por qué había hecho caso a Lena.

El ligero viento que soplaba agitó su pelo despejándole el rostro. Estaba preciosa incluso recién salida de la ducha, se dijo Max.

—Podía habértelo dicho. Sí.

—Pero no lo hiciste y estás aquí —lo miró con una mezcla de expectación y cierto enojo mientras cruzaba los brazos como si fuera una barrera que ella misma se autoimponía.

—La verdad es que no hago otra cosa que pasarme las horas en el trabajo. Créeme, hiciste lo correcto al proponérmelo. De ese modo me he cogido unos días libres, que de otra manera no haría. Y es agradable, estar aquí contigo.

Ella esbozó una media sonrisa. Podría ser verdad lo que acababa de decirle al respecto del trabajo, pero no era lo que ella deseaba escuchar. Tal vez después de todo, ella no necesitara que se lo dijera mirándola a la cara. Le bastaba con saber que el verdadero motivo de que él hubiera aceptado su invitación había sido ella. El tono de mensaje captó la atención de Max de inmediato.

—Creo que tus amigas te reclaman —hizo un gesto con el mentón hacia el móvil de ella.

Sandra hizo una mueca que venía a expresar que no le había hecho gracia que en ese momento la interrumpieran. Podría dejarlo sonar y sonar. Ya leería todos los mensajes más tarde. Pero el constante pitido la hizo perder la concentración en lo que estaba sucediendo. Eso y el consejo de Max.

—Creo que deberías ir a ver de qué se trata. Tal vez haya cambio de planes.

Ella resopló como si le fastidiara.

—¡Qué pesadez! Prometo silenciarlo el resto de estos días.

Max la siguió con la mirada hacia el interior del apartamento. Una vez más, tenía la sensación de encontrarse sobre un cuadrilátero donde la campana volvía a salvarlo. Tendría unos segundos, o tal vez minutos para recomponerse antes de que ella regresara. Lo hizo con el móvil en la mano leyendo y respondiendo a los wasaps de las demás. La escuchó maldecir por lo bajo y dejó el móvil sobre la repisa del balcón cuando terminó de escribir.

—Supongo que serán ellas para preguntarte qué tal todo.

—Más o menos. También me dice Bea que pasemos a darle un toque por su apartamento a eso de las nueve. Han quedado en un restaurante del puerto para cenar algo y después iremos de terrazas.

Max asintió.

—Suele haber mucho movimiento en el puerto por las noches. Los hay que acuden a tomarse alguna que otra copa antes de acabar en alguna discoteca. Y otros prefieren quedarse de fiesta al aire libre en vez de meterse en una. Pero, en cualquier caso, el ambiente es muy animado. Ya lo verás.

—Dime una cosa, tú que ya conoces el ambiente nocturno de la isla, ¿eres más de terrazas o de meterte en una de las famosas discotecas?

—Reconozco que prefiero pasarme la noche al aire libre. Si dices que hace calor en momentos como este, no te digo si pasas horas dentro de una discoteca. Lo que sucede es que

tienes que conocer las dos caras de la fiesta, y ver en cuál de las dos encajas mejor. Y también, te digo que no puedes venir a Ibiza y no pasar una noche en una discoteca, y conocer alguna de sus fiestas. Hay muchas cosas que hacer en la isla, ya te lo dije antes.

—Creo que pasaremos más tiempo al aire libre que encerrados en un local.

—Sí, yo también lo creo.

Hubo un momento de calma en el que ninguno dijo más. Ella quería seguir hablando porque de ese modo no pensaba en el otro asunto pendiente entre ellos. Y sería mejor dejarlo estar por el momento o acabaría paranoica. Lo que le había quedado claro era que él seguía sintiendo algo por ella.

—Alguna vez estando aquí has conocido a alguien, ya sabes...

—No —le dijo de forma rotunda

—No esperaba una respuesta tan directa como la que has dado. Ni si quiera me has dado tiempo a terminar la pregunta.

—Disculpa mi rapidez, pero presentía por dónde iba. Verás, las ocasiones que he venido, nunca me he planteado buscarme un ligue, si es a lo que te referías.

—Un amor de verano. Pues mira Alex, el hermano de Bea. Su vecina era gogó en una discoteca aquí, y después de liarse la manta a la cabeza... Viven juntos en Glasgow.

—Algunas historias de verano acaban bien. En mi caso ya te comenté que he venido contigo y, por lo tanto, lo demás, carece de sentido alguno. Somos pareja, aunque sea en la ficción —aclaró él sonriendo por la comparación que había hecho, y que apuntaba al trabajo de ella como autora de novelas románticas.

Ella se mordisqueó el labio y asintió. De no haberlo escuchado hablar por el móvil, lo creería. Pero desde ese momento se le iba a hacer complicado.

—Es de agradecer que digas eso.

—Insisto en que no tienes por qué agradecerme nada. Me apetecía venir contigo.

—A mí también —dijo observando el gesto de asombro que puso él cuando la escuchó—. Quiero decir que prefería que fueses tú a un desconocido. Tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Y por lo que voy viendo, no has cambiado demasiado.

—Los años pasan, pero hay cosas que no cambian —ironizó él cuando al momento siguiente el pitido de mensajes volvió a hacer vibrar el móvil de ella—. Ten cuidado, o en unas de esas vibraciones el móvil se te caerá.

—Creo que es mejor que lo deje dentro y pase de él. O no nos dejará charlar de manera tranquila.

—Querrán saber cómo te marcha.

Ella levantó la atención de la pantalla como si fuera un resorte y se quedó contemplándolo con un toque de temor.

—Así es. Me tienen el WhatsApp a tope de preguntas. Pero no pienso ponerme a responderlas en este preciso momento.

—Mujer, sienten curiosidad por nuestra repentina aparición —le aseguró sonriendo con picardía.

—¿Insinúas que no terminan de creérselo?

—No puedo saber si les parece creíble o no; ya te lo dije en un momento en el que estuvimos hablando del tema.

<<Si de mí dependiera lo haría no solo creíble a ojos de ellas, sino real para los dos>> pensó Max deseando que ello ocurriera.

—No sé qué sucederá. Improvisaremos sobre la marcha, ¿es lo mejor no? —le preguntó

encogiéndose de hombros como si no le diera demasiada importancia—. Por cierto, me comenta Bea que vayamos arreglándonos. Que parece ser que vamos a quedar un poco antes.

—Bien. Puedes ir a la habitación a vestirte.

Ella parpadeó en repetidas ocasiones cuando escuchó su comentario.

—Tú no piensas hacerlo.

—No. Iré tal y como estoy. Ya te he advertido que aquí la gente no se arregla demasiado, aunque mis vaqueros no sean de tu agrado —le guiñó un ojo en señal de complicidad con ella y sonrió antes de pasar a su lado.

Ella permaneció con los labios entreabiertos, tomando aire porque nada de lo que había pensado que sucedería, estaba sucediendo. Estaba convencida de que entre ellos no existiría una complicidad como la que tuvieron en la universidad. En cambio, todo parecía indicar que no era así, y que nada había cambiado entre ellos. Y más si recordaba las palabras de él a su empleado, Ferrara. Permaneció en el balcón mientras Max entraba en el apartamento. ¿Qué sucedería esa noche cuando estuviesen juntos y en algún que otro momento, fuesen el centro de atención de sus amigas?

Max y Sandra dejaron su apartamento con tiempo suficiente para recoger a Bea en el suyo. Esta sonrió cuando los vio juntos y permaneció contemplándolos con curiosidad. Tenía la impresión de que había regresado a los años en los que ellos dos empezaron a salir.

—¿Listos?

—¿Iremos en coche? —preguntó Sandra.

—No, es mejor coger el autobús para bajar al puerto. Es complicado encontrar aparcamiento en pleno centro, ya te darás cuenta. No tengo intención de pasarme media noche dando vueltas y vueltas para tener que dejarlo en la otra punta de la ciudad. Por cierto, estás monísima con ese vestido —le dijo mirándola de pies a cabeza.

—Pues es de lo más sencillo que he traído. Y después de ver por mí misma lo poco que se arregla aquí la gente... —abrió los ojos al máximo de su expresión para dejar clara su sensación de haberse traído demasiada ropa.

—Bueno, también hay gente que se arregla. Lo que sucede es que aquí verás que eso no es esencial. Y los que lo hacen un poco se ponen un pantalón fino de hilo o unas bermudas con una camiseta y unas chanclas. Y las chicas con un vestido ligerito como el que llevas tú misma y poco más. Por cierto, supongo que todo bien en el apartamento —miró a los dos mientras salían a la calle y caminaban hacia la parada más cercana.

—Sin problemas. Está genial —dijo Sandra.

—¿Ya habéis probado la cama? —Bea movió las cejas y sonrió con picardía.

—No, pero si hemos probado la ducha —se animó a decir Max al ver que la pregunta había pillado por sorpresa a Sandra.

—Ah, vale...—ironizó Bea con una sonrisa cargada de picardía.

—Sí, y debo decir que una vez que terminas, vuelves a arrancar a sudar —comentó Sandra haciendo referencia a esta situación. No había querido decir nada del comentario de Max, ni de la mirada y la sonrisa de Bea.

—No me extraña... —su amiga volvió a sonreír con picardía ante ese comentario—. En serio, os aconsejo que os duchéis con el agua lo más templada o fría que aguantéis, ya que el calor húmedo de la isla es muy pegajoso. Vamos, daos prisa que allí viene.

Sandra y Max se apresuraron para llegar a la parada justo cuando el autobús se detenía. Se cogieron de la mano en una reacción coordinada, como si llevaran tiempo haciéndolo. Cuando

les tocó ponerse a la cola para subir, Max se quedó detrás de Sandra, y esta sintió como las manos de él se posaban en su cintura de una manera tan casual como inesperada por ella. Los dedos de él se movían sobre la fina tela de su vestido obligándola a inspirar. Tenía la sensación de que el aire no llegaba a sus pulmones. Notaba su cuerpo pegado casi al suyo fruto de la cola para subir al autobús.

Max la soltó justo cuando le llegó el turno para pagar, pero Bea se volvió hacia ella.

—No hace falta que paguéis. Ya lo he hecho yo. Tengo tarjeta de usuaria.

—Gracias.

Se acomodaron en los respectivos asientos, y Max las dejó sentarse juntas mientras él se quedaba de pie algo alejado de ellas. Sandra era consciente de que Bea aprovecharía el viaje hasta el puerto para preguntarle por ellos. Y que ella tenía que comenzar a enfrentarse a la realidad cuanto antes. No fuera a ser que la pillaran desprevenida.

—¿Todo bien entre Max y tú? —preguntó Bea nada más que el autobús se puso en movimiento.

—Sí, claro. —respondió ella encogiendo los hombros sin darle la mayor importancia.

—Es que ninguna nos lo esperábamos. A ver, es cierto que vosotros dos teníais un rollito... —entrecerró los ojos y movió la mano delante de ella como si estuviera buscando una palabra para definir su tipo de relación cuando todos estudiaban juntos en Madrid—. Un buen rollito. Había feeling, es lo que quiero decir. Estuvisteis saliendo un tiempo.

—Si te soy sincera yo tampoco lo esperaba.

—¡Llegasteis a ser pareja! ¡En los años de la universidad! Y luego tú te marchaste con tu beca a Alemania y él se quedó. Y cuando tú regresaste se marchó él...

—Sí, pero como dices, estábamos en la facultad. En esos años se hacen muchas locuras, todos lo sabemos. Teníamos veinte años —frunció los labios con un gesto de no darle importancia a aquellos días.

—Sí, en eso te doy la razón. Pero no deja de ser llamativo que volváis a estar juntos al cabo de los años. ¿Cómo surgió todo?

Sandra se limitaba a sonreír echando mano de su imaginación y del argumento que Max y ella habían acordado.

—Lo primero fue un ligero encontronazo en mitad de la calle. Ahí fue cuando volvimos a vernos y a retomar el contacto

—¿En serio? Os volvisteis a ver después de los años mediante un encontronazo... —Bea se quedó con la boca abierta al escuchar aquella historia.

—A ver, lo mantuvimos un poco cuando terminamos la facultad. Pero después lo perdimos porque Max volvió a marcharse al Reino Unido a terminar su formación en empresariales. Se pasó un par de años allí, y yo me quedé en Madrid. Tú te viniste a Ibiza a echar una mano a tu familia. Rachel y Sofía han estado trabajando en varias localidades hasta que la primera se ha asentado en París... Todos nos fuimos dispersando para planificar su vida.

—Eso es cierto. El grupo de amigas se fue deshilachando hasta que cada una siguió su camino —resumió con un deje de añoranza por aquellos días—. Total, que te tropezaste con Max en la calle... ¿Y cómo surge todo? Me refiero a... ¿Cómo acabáis juntos?

—Pues, de la manera más natural y espontánea. Yo empecé a pasar por su restaurante, no sé si estás puesta al día sobre lo que hace.

—No. La verdad es que desconocía que hubiera abierto su propio negocio.

—Siempre decía que prefería trabajar para él mismo que para otros. No sé si lo recuerdas de aquellos años locos.

—Sí, sí que lo recuerdo. Pero no tenía ni idea que lo había hecho de verdad.

—Pues así es. Y entonces, nos invitó a Lena y a mí. Claro que mi hermana ya lo sabía porque era de la pandilla de Max.

—¿Qué tal está? No sé nada de ella desde hace ni se sabe... Estoy muy desconectada de la vida social, la verdad. Desde que mi hermano se marchó con Mar todo el curro es para mí. Si hasta duermo en el edificio de apartamentos, como habéis visto.

—Tal vez debas pisar el freno. Y en cuanto a mi hermana... Como siempre. Hecha una puñetera cabra —le aseguró poniendo sus ojos en blanco y recordando el embolado en el que la había metido.

—¿No ha cambiado con el paso de los años? —Bea se sorprendió al escuchar a Sandra hablar así de su hermana.

—Sí, pero creo que a peor.

—Siempre fue la loca de su pandilla. Y luego, ¿qué pasó? ¿Empezaste a ir tú sola al restaurante de Max?

—Sí. Iba algún día a comer o a cenar. En ocasiones me pedía que le esperara cuando terminaba... Y poco a poco fuimos quedando, y recordando viejos tiempos. En alguna que otra ocasión acudió a las presentaciones de mis novelas.

—¿No irás a decirme que es un fan tuyo? —Bea abrió los ojos como platos.

—Por lo menos las tiene porque se las dediqué —recordó con una sonrisa divertida la tarde que quedaron, y cómo se las entregó para que se las dedicara—. No sé si las habrá leído.

—Eso es algo. Y pensar que lo habéis vuelto a retomar después de los años que hacía que no os veáis. Me encanta ver como sonríes cuando hablas de él. Y que os hayáis agarrado de la mano... Es increíble que sigáis sintiendo lo mismo o al menos parecido por el otro después de los años.

Este comentario no lo esperaba Sandra, que se quedó callada sin capacidad para responder. ¿Sonreía de verdad por él? Últimamente, aquella situación parecía estarle afectando de más. Y estaba experimentando reacciones inesperadas

—Ups, esta es nuestra parada. Avenida España. De aquí a la zona del puerto donde hemos quedado es un paseo tranquilo y corto.

Capítulo ocho

El trayecto en el autobús no había sido demasiado largo, como había podido comprobar Sandra; o era la sensación que había tenido. Claro que hablar de Max y de ella podría haber hecho que se lo pareciese. Al menos, había podido hablar de él sin ponerse nerviosa, aunque hubiera sido por poco tiempo. Tal vez no fuera para tanto después de todo, se dijo bajando del autobús en el centro de Ibiza.

—El puerto está por allí —dijo señalando un par de calles más allá.

—¿Todo bien?

La voz y la cercanía de Max provocaron un ligero sobresalto en Sandra. No esperaba que él estuviera tan cerca. Y pareció trastabillar. La rápida reacción de él sujetándola por la cintura lo evitó, pero no que las alarmas se encendieran en el interior de ella.

—No esperaba que... —la respiración parecía faltarle tal vez más acusada por el hecho de que él la estuviera arropando con su brazo, mirándola con una mezcla de sorpresa y cierto temor por su reacción, que por el susto en sí mismo.

—Disculpa.

—No, tranquilo, es que no te esperaba. Eso es todo —notó una corriente de fresquito cuando él apartó el brazo. No le había disgustado que él deslizara el brazo por su cuerpo para sujetarla y caminar juntos.

—¿Qué tal con Bea?

—He capeado el temporal acerca de ti y de mí bastante bien —sonrió divertida y orgullosa porque no se hubiera sentido nerviosa hablando de ellos.

—Por aquí chicos. Dejad lo arrumacos para más tarde —le guiñó un ojo y caminó adentrándose en un entramado de terrazas y puestos de un mercadillo hippie—. Los demás deben estar por... ¡Allí están!

Sandra inspiró hondo al ver a sus dos amigas en compañía de más gente. Lo que no esperaba era que Max la estrechara contra él y la besara la sien con una mezcla de calma y ternura. Este inesperado gesto de él aumentó la temperatura de su cuerpo, ya de por sí elevada con el calor que hacía esa noche.

—Todo va a salir bien. No te preocupes —Max se fijó en la mirada de ella cuando la dirigió hacia él. Tuvo la impresión de que era más brillante, tal vez fuera que era noche cerrada. O el ambiente de la isla. O que seguía atrayéndole como ninguna mujer que había conocido.

Ella le dedicó una sonrisa y se acercó a saludar a Rachel, que en directa hacia ellos.

—¡Mi amiga Sandra, la famosa escritora de romances! —anunció a los demás corriendo con los brazos abiertos para atraparla y darle dos besos en las mejillas.

Al momento varias decenas de ojos se focalizaron en ella sola provocándole el sonrojo.

—No es para tanto, mujer. No le hagáis caso —dijo a los que la contemplaban entre la sorpresa y la diversión.

—¿Cómo qué no? Esta tía que veis aquí conmigo en un crack de la literatura para chicas. Y es mi mejor amiga.

—Ni caso, insisto.

—Y este tío tan elegante y tan bien parecido en su pareja. ¡Cómo me alegra veros juntos! —los cogió a ambos de las manos y los dejó con la boca abierta por aquella afirmación tan rotunda—. Venid que os presente a mi prometido. Charlie, ven un momento.

El prometido de Rachel estaba de espaldas a ellos. Era un tipo alto de pelo algo largo, peinado hacia atrás, aunque algún que otro mechón rebelde, y le caía sobre el rostro. Iba con una camisa blanca de hilo, bermudas vaqueras y unos mocasines.

—Disculpa, ahora seguimos hablando —se volvió hacia Rachel mirándola para saber qué quería.

—Quería a presentarte a...

—Max! —gritó al dirigir la mirada hacia la pareja quedándose atónito.

—¿Charlie?!

Las dos chicas se miraron entre ellas sin entender qué demonios estaba sucediendo allí, pero todo parecía indicar que ellos dos se conocían. Sandra se encogió de hombros mirando a Rachel primero, y después a los chicos. Estos se estrecharon las manos antes de darse un abrazo entre carcajadas.

—Así que tú eres el novio —le dijo Max señalándolo con un dedo.

—El mismo. ¿Qué haces aquí? Tío, te perdí la pista cuando te largaste al Reino Unido. ¿Sigues por allí?

—Un momento, chicos, ya tendréis tiempo de poneros al día luego. Pero, ¿os importaría decirnos a Sandra y a mí de qué os conocéis? —preguntó Rachel interrumpiendo la conversación de ambos.

—Charlie y yo éramos vecinos de toda la vida. Vivíamos puerta con puerta. Fuimos juntos al colegio y al instituto. Luego, trasladaron a su padre a Valencia cuando pasamos a la universidad. Se tuvo que ir en segundo y poco a poco perdimos el contacto —comenzó diciendo Max.

—Sí. Es cierto, lo que cuenta. Este mamón era un genio con las matemáticas. Un as de los números. Un puto genio. Siempre decías que querías montar un negocio. Oye, ¿al final lo hiciste? —Charlie lo tenía sujeto por un hombro y lo señalaba con un dedo.

—Me costó al principio, pero abrí mi restaurante. ¿Y tú?

—Sabía que lo lograrías, tío. Estoy en una multinacional en París. He venido estos días aquí a la casa, que mis padres tienen en la isla, para celebrar el compromiso, la despedida de solteros, y todo lo que se nos ocurra...—dijo entre risas—. Pero, discúlpame, nos estamos desviando del principal asunto. ¿Me presentas a tu acompañante? —le pidió centrando su atención en Sandra, que no sabía qué hacer, ni decir o dónde narices meterse. Claro que, si miraba a Rachel, a ella le sucedía lo mismo.

—Es Sandra, la hermana de Lena. ¿Te acuerdas de ella? —intervino Rachel dando un paso al frente—. Ya me has escuchado hablar de ella en alguna que otra ocasión.

—Sí. Ciertamente. La hermana de Lena... Escribes novelas románticas según Rachel ¿verdad? —se quedó contemplándola con los ojos entrecerrados y la señalaba con un dedo.

—Sí.

—Pero, tú estudiabas ciencias. ¿Cómo has acabado escribiendo? Y según Rachel, tienes mucho éxito. He visto que tiene tus libros en casa.

—Bueno, lo del éxito es relativo. Mejor diría que trato de ganarme la vida como cualquier otra persona. Tienes razón estudié empresariales, pero escribía en mis ratos libres y acabé disfrutándolo tanto que cambié los números por las letras.

—Si Rachel dice que lo eres es porque está segura de ello —la atrajo con su brazo hacia él y la besó en el pelo—. Desconocía que tuvieras pareja ¿No estarás casado? —lo miró desde cierta distancia, como si estuviese evaluándolo a ver si conseguía averiguarlo antes de que él se lo dijese.

Max y Sandra intercambiaron una mirada de sorpresa y diversión. Ella acusó aquella pregunta en su rostro que al momento parecía arderle.

—No, no. De momento aquí los que se casan sois vosotros dos —le recordó señalando a Rachel y a él.

—El mundo es un pañuelo. Aquí estamos los dos después de tanto tiempo sin vernos. Me parece increíble, tío. Sed bienvenidos. Y muchas gracias por haber venido y acompañarnos en la fiesta de mañana. Tendremos tiempo para ponernos al día, Max —le aseguró guiñándole un ojo y apuntándolo con su dedo.

—Lo haremos. ¿Y tu hermano? ¿Dónde anda?

—Luigi llegará mañana desde Madrid. Hoy le era imposible por el trabajo. Pero mañana lo verás. Tengo que decirle que has venido. No se lo va a creer.

—Vaya casualidad ¿no? —comentó Rachel mirando a Max.

—No sabía que él era el novio.

—¿No te lo comenté? —le preguntó Sandra deslizando un brazo por debajo del suyo con un gesto de complicidad, que empezaba a ser habitual. A pesar de lo que ella pudiera pensar en un principio, se sentía algo más confiada.

—Tranquila porque, aunque lo hubieras hecho, mi amigo sería el último en el que pensaría —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia él.

—Sin duda que esto ha sido toda una sorpresa —comentó Rachel—. Bueno, creo que deberíamos irnos sentando —señaló una hilera de mesas dispuestas para cenar en una de las calles con más ambiente de la zona.

—¿Qué tal estás, Max? —le preguntó Sofía dándole dos besos.

—Bien, me alegro de volver a verte.

—Y yo. Junto a mi querida Sandy —le dijo empleando un diminutivo cariñoso para referirse a Sandra.

—Ya nadie me llama así —protestó ella frunciendo el ceño y sacudiendo la cabeza—. Es de los días que íbamos al colegio, ¡por favor!

—Me alegra veros juntitos... —aseguró Sofía entusiasmada.

Sandra sonrió y pareció relajarse cuando se vieron a solas por unos minutos.

—De momento la cosa no va mal ¿no? Todos piensan que estamos juntos así que relájate —le susurró acercando su rostro al de ella e impregnándose de su perfume. No pudo evitar fijarse en su cuello y en la curva de este en dirección a la clavícula. El escote de su vestido insinuaba el canalillo de sus pechos. Max decidió apartar la mirada de aquella parte de la anatomía de Sandra o tendría algún contratiempo.

—Eso parece.

—No tienes nada que temer ya te lo he dicho. —la miró de manera fija a los ojos esperando encontrar un gesto de complicidad en estos.

—Sí. Nada...—murmuró sin despegar la mirada de él, ni su cuerpo que permanecía apretado al suyo con su brazo aferrado al de Max. Por un momento ella pensó que la besaría. Acababan de crear un espacio íntimo para ellos dos solos, y ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

—Mirad esa pareja de tortolitos —dijo Rachel captando la atención de todos para que se centraran en ellos—. Vamos chicos sentaos a cenar. Ya tendréis tiempo más tarde para probar el postre —les guiñó un ojo con toda intención.

—Creo que deberíamos hacer caso a Rachel —dijo Sandra algo aturdida y en cierto modo cortada porque los hubieran pillado. No sabía precisar si aquel subidón se debía a la complicidad,

que se estaba acentuando entre Max y ella.

Se sentaron frente a Bea y el que debía ser su acompañante.

—Este es Oscar. Ellos son Sandra y Max.

—Mucho gusto —se dijeron casi al unísono los tres.

—¿Estás trabajando en alguna novela nueva? —le preguntó Bea interesada en el trabajo de su amiga.

—Acabo de entregar mi último manuscrito hace unos días. Me he pasado encerrada una semana en casa sin salir. Porque no quería dejarlo a medias antes de venir aquí. Me costaría después recuperar el ritmo.

—Menos mal. Bueno, supongo que Max pasará a verte cuando sale de su trabajo.

—Sí, gracias a él podía distraerme un poco —en un gesto causal ella posó su mano en el antebrazo de este, sin que él se percatara de ello. Max charlaba con Oscar y parecía estar ajeno.

—Tenéis unos horarios y unos trabajos que os van como anillo al dedo. Tú puedes disponer de las horas que precises para escribir. Y puedes ir a verlo al restaurante, esperarlo al cerrar e incluso pasarte por allí cuando te plazca.

—En cierto modo. Pero tampoco te creas que estoy allí metida todo el día. Tengo que cumplir con los plazos de entrega y dejar que él dirija su negocio, claro.

—Entiendo. ¿Estáis viviendo juntos?

Sandra casi se atragantó con el vino cuando escuchó aquella pregunta que no se esperaba.

—No, cada uno vivimos en nuestra casa. Yo estoy con Lena. Compartimos piso para abaratar gastos.

—Pero, si la cosa marcha bien entre vosotros...

—Claro. No es plan de estar separados. De momento no nos hemos planteado esa posibilidad. El tiempo lo dirá.

—Queréis ir sobre seguro ¿eh? Eso está bien.

—Sí, eso es.

Sandra volvió a beber para tranquilizar sus nervios. Creía que lo peor había pasado con la conversación que Bea y ella habían tenido en el autobús, pero al parecer quedaban preguntas pendientes. Y no quería ni pensar en las que Rachel o Sofía le harían si no esa noche, al día siguiente cuando la pillaran por banda. Por el momento solo había sido una toma de contacto.

La noche avanzaba de manera lenta para gusto de Sandra. Aunque intentaba que no le afectaran los nervios, no podía evitarlos cuando le preguntaban por Max, o hacían algún comentario en relación a ellos dos. Y mientras, él se mostraba confiado, relajado, como si aquello no fuera con él. Comía, bebía y se reía como si conociera de toda la vida a aquella gente. Bueno al novio y a sus amigas, sí. No quería ser descarada y que la pillara mirándolo. Ni que él hiciera lo propio porque su reacción la delataría.

Habían terminado de cenar y caminaban de una manera desordenada, en pequeños grupos, algo que ella no sabía si agradecer o no. Y fue durante ese momento en el que ella se encontraba con Rachel y Sofía, cuando lo descubrió girando la cabeza para buscarla. Le dedicó una sonrisa llena de cariño, de que todo marchaba bien para sus intereses, Pero ella no fue la única que se percató de este gesto.

—Parece que Max te está buscando —apreció Rachel mirando a su amiga con una sonrisa muy significativa—. La relación os marcha bien, ¿no? Al menos es lo que se desprende viéndoos juntos.

—Tampoco es que llevemos mucho tiempo. Nos vemos más bien poco. Él se pasa casi todo el día en su trabajo, y yo he estado estas últimas semanas algo más liada con la entrega de

un nuevo manuscrito.

—Recuerdo que no había una noche de viernes o del sábado que no nos encontráramos con Max y sus amigos. Antes de que empezara a salir.

—Yo pensaba que en el fondo te buscaba —señaló Sofía—. Tenía la ventaja de ser amigo de tu hermana. Bastaba con preguntarle dónde ibas a ir...

—No creo que Lena se lo dijera. Eran compañeros de clase, pero después cada uno salía, por un lado —aclaró Sandra.

—Ya, pero no me negarás que él no podía preguntarle dónde ibas. Claro que, con el tiempo, él ya sabía cuáles eran tus gustos y tus sitios preferidos —le dijo Rachel asintiendo convencida de que era así—. ¿Habéis hablado de cuando te marchaste y lo dejaste?

—No hemos querido entrar en ese tema —les dijo pretendiendo dejarlo zanjado. Era algo que debería tratar con Max si llegaba el caso. Pero por ahora no lo había hecho.

El ambiente iba volviéndose más y más animado en las calles del casco viejo de la ciudad. Las tiendas permanecían abiertas a pesar de la hora que era, los puestos de mercadillo se llenaban de curiosos en busca de algún recuerdo, alguna prenda de vestir o algún adorno que ponerse. Los bares y restaurantes estaban llenos de gente que no parecía tener ninguna prisa por irse.

La música que salía de los locales de copas era pegadiza y creaba una atmósfera desconocida y que invitaba a bailar. La gente iba y venía sin preocuparse de nada. Sandra se fijó en varias chicas paseando en bikini y a chicos en bañador. Otras llevaban puestos vestidos ligeros, transparentes que apenas si dejaban algo a la imaginación del que miraba.

—Mira Sandra —Rachel señaló hacia la troupe de una de las discotecas de la isla, que se abrían paso entre los viandantes—. Cada noche se pasea alguna gogó, artistas, mimos, zancudos... Te anuncian la fiesta que tienen hoy y te animan a que acudas.

Un par de chicas se acercaron a ellas para entregarles un par de tarjetas.

—Para que entréis a partir de las dos.

Sandra la cogió y echó un vistazo antes de guardarla.

—Haces bien en quedártela. En ocasiones las hemos rechazado y cuando entra la madrugada hay veces que te preguntas qué hacer o dónde ir. Es una solución cuando te has recorrido el puerto y te has tomado un par de copas.

—Lo tendré en cuenta.

Las chicas siguieron caminando entre las mesas y sillas altas, que los bares de copas sacaban a la calle. Y por todas partes relaciones públicas invitándote a tomar algo en estos sitios.

—Es un poco cansino que te estén parando a cada paso que das para ofrecerte una invitación para tomarte algo —comentó Sofía.

—Ya, pero es el ambiente del puerto. Muchas de esas chicas o chicos son estudiantes que vienen a sacarse un dinero para poder seguir estudiando. Pagar un alquiler... Es como la música que sale de las tiendas y de los locales —aclaró Bea que hasta ese momento no había dicho nada.

—Los chicos nos hacen señales para ir allí —dijo Rachel.

Se acomodaron en una de las terrazas con asientos muy cómodos, en los que uno podía echarse una cabezada mientras tomaba algo. Se había levantado un viento ligero que todos parecían agradecer debido al calor sofocante que hacía a esas horas.

—Siéntate con nosotras y así seguimos hablando —le pidió Rachel a Sandra dando unas palmadas al asiento, que quedaba libre a su lado—. Tendré que apuntarlo a la lista de invitados de la boda. Porque es seguro que viene. Y más si conoce a Charlie.

Sandra se quedó con la boca abierta sin saber qué diablos responder. Estaba tan

preocupada por no meter la pata con las preguntas que le hacían sobre su relación con Max, que se había olvidado de la esencia de por qué estaba allí: al día siguiente tendría la fiesta de compromiso y despedida de solteros. Pero después llegaría la boda. Aquello no terminaba dentro de dos días cuando Max y ella regresaran a casa. No.

—Tal vez deberías preguntárselo a él.

—¿Por qué? ¿Qué problema tiene? Imagino que vendrá de igual manera que está aquí hoy —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia este que charlaba con Charlie de manera animada—. Y más conociéndose.

Sandra se quedó pensativa, con los labios apretados y un gesto de no saber muy bien qué decir. La cuestión era que no podía contarles la verdad. Y esta era que Max no iba a acompañarla a la boda porque no eran pareja.

—No lo sé porque como tiene el restaurante...

—Chica, no creo que tenga problema en ausentarse un fin de semana del negocio como ha hecho este —apuntó Sofía mirando a Sandra con curiosidad.

—Eso es algo que tiene que responderte él —insistió Sandra echando balones fuera ante esa cuestión. No podía darle una respuesta definitiva porque no estaba en condiciones de hacerlo. Claro que, después de haberla acompañado ese fin de semana, ¿qué le impedía hacerlo otro? Y más si a Rachel se le ocurría invitarlo...

—Eso lo arreglamos ahora mismo. Ya lo vas a ver. ¡Max! —lo llamó haciéndole una señal con la mano para que se acercara hasta ellas.

Este no dudó en acudir a la llamada de Rachel, pero antes lanzó una mirada rápida e improvisada a Sandra. Y al fijarse en la expresión de su rostro supo que algo sucedía, lo que lo obligó a prepararse para cualquier pregunta o comentario. Cogió un puf para sentarse delante de las dos mujeres.

—Dime, ¿qué quieres?

—A ver, que tu chica, aquí presente —Rachel cogió la mano de Sandra y la miró de manera rápida—. No sabe decirme si vas a venir a la boda. Por supuesto que yo contaba contigo, pero más si cabe dado que conoces a Charlie, ¿no?

Max se quedó clavado en sitio sin saber qué decir a aquella pregunta porque en verdad que no había caído en ello hasta ese momento. Y el hecho de que Rachel se hubiera referido a ella como <<su chica>> lo había pillado con el paso cambiado. Era algo que no esperaba y para lo que pensaba que estaba preparado, pero su reacción en ese momento le dejaba claro que no era así.

—Sí, claro que estaré. Solo es cuestión de ajustar algunas cosas en el restaurante. No creo que haya problema —le aseguró tragando y mirando a Sandra en busca de su reacción—. ¿Dónde será la ceremonia?

—En París, claro. Allí tenemos nuestra vida desde hace años.

Max asintió desviando su atención a Sandra para ver su reacción. La mirada de ella estaba llena de interrogantes, pero también de sorpresa porque sin duda que era algo que no se esperaba.

—Bien. ¿Lo ves? Solucionado —le aseguró a su amiga, que tenía los nervios en el estómago.

—Es que... no habíamos concretado nada...

—Sandra tiene razón. No le había comentado nada porque no lo tenía claro, pero imagino que no habrá problema. Y más siendo Charlie el novio —intervino echándole un capote al verla cortada sin saber qué decir. Habían hablado de muchos temas en relación a ellos dos, pero el

hecho de centrarse en asuntos personales que podían querer saber sus amigas, o que podía surgir en una conversación, les había hecho pasar por alto el tema de la boda.

—Pues ya está hecho. Gracias Max. Espero que lo estés pasando bien.

—Ya lo creo —lanzó una última mirada a Sandra y le pasó un dedo por la nariz en un gesto lleno de cariño que ella no esperaba.

—No ha sido tan complicado, chica. Pero si Max es un cielo...

Sandra abrió la boca para decir algo, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Es que una nunca sabe. Con el horario que tiene y la cantidad de trabajo... ¿y en París? —le preguntó deseando que le confirmara si la había escuchado bien.

—Te entiendo porque eso nos pasa a Charlie y a mí. Hay días que tenemos que cuadrar nuestras agendas para vernos. Y más en una ciudad grande como la capital francesa.

—Ya, escuché que él trabaja en una multinacional... ¿Tú también?

—Sí, eso es. Y lo que sucede es que, trabajando en sitios distintos, y siendo París tan enoorrmeeee.... Por eso te decía que nos las vemos y deseamos para quedar. Entre el trabajo, los horarios, y las distancias... Puedes hacerte una idea.

—Ya. Lo supongo. De manera que vuestra vida está en Francia.

—Desde hace cinco años. Y no tenemos pensado cambiar de residencia. Aprovechamos cualquier momento libre que tenemos para vernos.

—Creo que eso hacemos todas cuando ambos trabajamos y en sitios diferentes —apuntó Sofía.

—Dejemos de hablar de trabajo, y hablemos de tu fiesta y de tu boda —cortó Sandra deseando que dejaran el tema de Max y ella. No quería que volvieran a pillarla sin saber qué decir sobre ellos.

—Mañana por la noche. Ya os pasaré la dirección. Habrá música, un catering, diversión, risas, una piscina... lo que significa que os conviene llevaros bikinis —dijo mirando a sus amigas.

—Vamos que no quieres que vayamos demasiado arregladas —comentó Bea, interviniendo en la conversación.

—Exacto —asintió Rachel—. Ya sabéis que aquí la gente pasa un poco de arreglarse.

—Y yo que he metido ropa para venir más arreglada... —dijo Sandra resoplando y recordando cuánto le había costado decidirse por qué modelos meter en la maleta.

—No tienes que hacer lo que el resto de la gente —le aclaró Sofía—. Siempre tendrás tiempo para pasearte ligera de ropa o sin esta por el apartamento cuando estés a solas con Max...

Sandra acusó aquel comentario y su rostro se encendió mientras sus amigas reían.

—Vamos mujer no irás a decirnos que te da corte pasear desnuda delante de tu chico —le comentó Rachel mirándola con cara de no creer en esta posibilidad.

—Pues claro que no —protestó Sandra molesta por haber reaccionado de aquella manera tan infantil. Ese tipo de comportamientos iban a dejarla en evidencia en su <<supuesta relación con Max>> se dijo echando mano de su copa para beber, e intentar tranquilizarse. Sonrió de manera irónica siguiéndoles el juego a sus amigas. La verdad era que, por momentos, la situación se volvía más delicada. Lanzó una mirada a Max, a quién se le veía tan tranquilo. Como si a él no le afectara aquella situación. Claro que él no tenía nada que temer, ni perder. El ridículo lo haría ella si al final se descubría el engaño. Sin embargo, algo le decía que él no lo permitiría. En ese sentido ella estaba tranquila. Había salido a su rescate cuando Rachel le preguntó por el tema de la boda. De momento no quería saber nada de esta ni de su futuro viaje a París. La había dejado en buen lugar al asegurar que no le había dado una respuesta firme todavía. Él seguía

enamorado de ella. Y no había hecho falta escucharlo hablar por el móvil esa tarde.

Capítulo nueve

La noche había dejado paso a la madrugada cuando quisieron darse cuenta. Poco a poco comenzaron a despedirse prometiendo verse al día siguiente en la villa de los padres de Charlie.

—Ha sido toda una sorpresa verte, tío. Prometo que mañana seguiremos hablando —le decía Charlie a Max cuando se despidieron.

—Pues imagina la mía cuando me he enterado que tú eras el novio.

—Debió decírtelo tu chica.

—Me habló de la boda de Rachel y tal... Pero no caí que el novio pudiese ser tú. Pero ya sabes... tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Tu negocio que va viento en popa. Y Sandra... —le guiñó un ojo en complicidad mientras le estrechaba la mano con fuerza y se acercaba a él—. Ella tiene pinta de merecer la pena. Ya no somos lo chavales que tú y yo fuimos. Me gustaría ver cómo asientas la cabeza.

Max se quedó callado asimilando aquellas palabras de su amigo.

—Bueno, en eso estamos. Te veré mañana.

Esperó a que Sandra se despidiera de sus amigas, menos Bea, que se suponía que subiría con ellos hasta los apartamentos. En esos minutos que tuvo a solas no dejaba de preguntarse si decirle a Sandra lo que sentía por ella, serviría de algo. Claro que, si se lo soltaba de buenas a primeras en esa noche, podría estropear la fiesta del día siguiente. Y por encima de todo, quería que ella estuviera a gusto en todo momento. Bastante tenía con las preguntas de sus amigas, que mucho tenía que no la dejaran tranquila.

—Mañana por la noche nos vemos. Espero que seas muy mala con Max esta... —le pidió Rachel acercándose a su amiga para rodearla y darle dos besos.

Sandra se limitó a poner los ojos en blanco ante aquella sugerencia. No iba a ser ni buena ni mal con él. Llegarían al apartamento y cada uno se iría a dormir a su sitio hasta la mañana siguiente.

—No prometo nada —le dijo con una sonrisa irónica y una mirada que parecía indicar todo lo contrario a lo que había pensado que ocurriría. Les seguía el juego a sus amigas.

—A ver si vas a agotarlo de cara a mañana. Además, tenéis que disfrutar de la playa y coger un poco de color.

—Sí, lo hemos pensado.

—Ya nos contarás cuando nos veamos.

Se despidió de ellas y se volvió hacia Max.

—Procura que no te agote —le dijo Rachel mirando a este con picardía.

—Descuida, reservaré fuerzas para vuestra fiesta de compromiso.

—Chicos, hay que apresurarse a coger el Disco Bus. Es el único que circula a estas horas —les dijo Bea cuando se despidió de los demás.

—Es el autobús que va parando por las discotecas de la isla dejando o recogiendo a la gente —le aclaró Max al ver el gesto de incompreensión en Sandra—. Nos dejará cerca de los apartamentos.

Aguardaron la cola para acceder al interior.

—¿A qué discoteca vais? —le preguntó el chico que cobraba el billete.

—Ushuaia —respondió Bea entregándole el dinero—. Tres.

—De acuerdo. Siguiente...

Subieron al autocar el que podía leerse en el exterior de este la palabra Disco Bus. En esta ocasión Bea se sentó sola, dejando que Sandra y Max lo hicieran juntos. Apenas si intercambiaron un par de palabras entre ellos. Una vez que el autobús se puso en marcha fue como si una ola de relax los cubriera por completo. Cada uno parecía estar pensando en sus asuntos. Sandra miraba por la ventanilla y pensaba en lo sucedido esa noche, y en que tampoco había resultado tan malo después de todo. Había pasado algún que otro momento más delicado, como era de esperar, pero creía que lo había salvado con nota. Sin embargo, quedaba mañana por la noche y después la boda. No había pensado en ello, pero ya era demasiado tarde para hacerlo. No sabría decir que si la cosa se había complicado más, porque Max conocía al novio de Rachel. Había resultado que eran amigos desde niños. ¿Quién podría imaginarlo? Tendría que hablar con Max al respecto para ver cómo lo enfocaban. Él ya había dejado claro que estaba dispuesto a ir a París al enlace. De manera que tal vez, debieran empezar a planificar la segunda parte de aquella comedia, si es que al final seguía siéndolo.

El autocar enfiló la calle en la que estaban los apartamentos cuando Bea les hizo una señal para que se prepararan para bajar. Solo tenían que cruzar la carretera. El ambiente a aquellas horas de la madrugada llamó la atención de Sandra. La gente paseaba, se sentaba en algún que otro banco, o atestaba los locales de copas. Y claro, también estaban los que te ofrecían una invitación para entrar a tomarte algo en estos. La música inundaba la calle, sin molestar, pero si se dejaba notar.

—Tengo la impresión de que no han pasado las horas porque el ambiente es el mismo que cuando nos marchamos al puerto —comentó Sandra.

—En esta zona no hay descanso —dijo Bea encaminando sus pasos hacia el portal.

—Supongo que podremos dormir. El día está comenzando a pasarme factura desde que salimos de Madrid...

Bea la tranquilizó con su explicación.

—No te preocupes el edificio está insonorizado para que no te moleste la música ni los ruidos de la calle. Ya contábamos con ellos.

—Menos mal.

—Procura aprovechar el tiempo para dormir porque mañana con la fiesta de Rachel y Charlie no te quedará mucho para hacerlo. Supongo que habréis cogido un vuelo por la tarde para regresar a Madrid. De ese modo podréis descansar algo.

—Sí. Es a media tarde —respondió Sandra cuando el ascensor se detuvo en la planta en la que Max y ella debían quedarse.

—Qué descanséis, chicos —les dijo cuando ambos salieron del ascensor—. Mañana hablamos sobre la fiesta.

—Sí, tú también. Descansa —dijeron casi a la vez los dos viendo como las puertas de ascensor se cerraban.

Sandra resopló, se descalzó cogiendo las sandalias en su mano y esperó a que Max abriera la puerta del apartamento. Solo pensaba en poder descansar unas horas. No estaba acostumbrada a trasnochar, y aunque no era muy tarde, su cuerpo y su mente lo notaban.

Max salió al balcón buscando despejarse con la brisa del mar. Se concentró en el sonido de las olas rompiendo en la orilla, a pesar del ruido de la calle. Quería un momento de tranquilidad mientras Sandra estaba en el baño. La noche no había estado mal después de todo. Creía que ambos habían salvado las preguntas y comentarios que, sus amigos les habían hecho sobre su relación. En su caso no había tenido ningún inconveniente en hablar de Sandra porque para él la situación no había sido una comedia, sino que la había enfocado como real. Tanto

como verla a ella aparecer en el balcón en ese momento en el que se recogía el pelo.

—Pensaba que ya estarías en la cama. Según le comentabas a Bea hace cinco minutos... —la contemplaba mientras ella apoyaba los brazos sobre la barandilla del balcón y le devolvía la mirada.

—Sí, bueno. Es cierto que el día se está haciendo largo desde que me levanté. Con el viaje y todo... Pero también es verdad que soy de las personas que, si me desvelo, luego tardo en dormirme. Tú supongo que no tienes problema para estar despierto a estas horas —lo miró con curiosidad porque no dejaba de ser llamativo que estuviera con él, a solas en un apartamento a las tres de la madrugada en Ibiza.

—Sí, la verdad es que estoy acostumbrado a marcharme tarde a casa, ya lo sabes.

—Yo por el momento necesito que se me baje el subidón de todo lo que está sucediendo —sonrió de manera risueña.

—Pues imagina mañana. Ya has escuchado a Bea. Aprovecha a dormir todo lo que puedas esta noche.

—Más bien de día porque la noche...

—No hace falta madrugar para bajar a la playa. Si quieres puedes hacerlo por la tarde.

—Claro que me apetece bajar. Estar aquí y no dar un paseo por la orilla, tomar el sol o darnos un chapuzón sería un error. Es mejor por la mañana.

—En ese caso te tomo la palabra.

Ella asintió convencida de que así sería y volvió la mirada hacia el mar. Era consciente de que tenía que abordar el tema de la boda cuanto antes, pero no parecía tener muchas ganas en ese instante. Ambos estaban relajados. Pero sabía que cuánto antes lo hiciera, antes se quitaría ese peso de encima. Entrelazó sus manos al frente y cerró los ojos por un momento para meditar cómo abordarlo. Sin embargo, las palabras salieron solas sin que ella le diera más vueltas.

—¿Hablabas en serio cuando te preguntó Rachel si irías a la boda?

Max pareció no haberla escuchado porque no cambió de postura ni modificó el gesto hasta pasados unos segundos. Entonces frunció el ceño y apretó los labios con gesto serio ante aquella pregunta. Inspiró hondo antes de abordar aquella cuestión y volvió el rostro hacia ella.

—¿Por qué? ¿No quieres que te acompañe? Puedes ser sincera conmigo.

—Lo sé, lo sé.

—Bien. Entonces, ¿cuál es tu opinión al respecto?

—Si vamos juntos los demás seguirán pensando que estamos juntos.

—Sí, aunque después de lo de este fin de semana, no creo que haya duda alguna.

—Ya. Pero si no vas...

—¿Qué? —él se volvió y se acercó de manera lenta y casi imperceptible hasta ella—. Pensarán que al final no he podido ir por trabajo, y no porque no seamos pareja; o lo hayamos dejado.

—Entonces, sugieres que lo achacarían al trabajo.

—Es lo más sensato. Que tengo mucho jaleo en el restaurante y no he podido acudir —a él le resultaba sencillo decirlo, o esa impresión le daba a Sandra. Se encogía de hombros y sonreía sin mayor inconveniente.

—Pero, el hecho de que sea Charlie implica que tendrás que asistir —le recordó pensando en su amigo. Pero por algún motivo también en ella misma.

—Sí, ha sido algo inesperado. Pero no tienes que preocuparte por él. Siempre puedo llamarlo y decirle que me es imposible acudir —le aseguró con la certeza de que así lo haría llegado el caso.

—Claro solo que acudir yo sola...—comenzó a gesticular con sus manos y a poner los ojos en blanco. Hizo una mueca de fastidio y volvió su mirada al mar para evitar la de él. Le bastarían unos segundos para recomponerse y seguir hablando del tema.

—No quieres hacerlo.

Ella esbozó una media sonrisa ante aquella cuestión. No había pensado en nada con respecto a ellos y a la boda. Solo había pensado en ese fin de semana; nada más. Pero su plan parecía tener algunas lagunas que no habían tratado. Le costaba darle una respuesta a Max porque no estaba convencida. Eso era todo. Una parte de ella no quería presentarse sola, sino que prefería que él la acompañara. La hacía sentir más arropada, como esa noche. Pero, por otra parte, prolongar aquella situación no creía que fuera lo más acertado.

—No lo sé. Quiero acudir porque es una de mis mejores amigas...

—Pero te estás planteando si deberías hacerlo sola o conmigo —le resumió la situación entornando la mirada y elevando las cejas hacia ella.

Sandra asintió de manera casi imperceptible ante aquel comentario. La brisa que procedía del mar se acentuaba a medida que la madrugada avanzaba. La piel de sus brazos se rebeló y no supo controlar el escalofrío que se abrió paso por su espalda.

—Creo que después de todo, no fue una buena idea pedirte que vinieras conmigo —le dijo como si quisiera culparse de lo que estaba sucediendo.

—No estoy de acuerdo.

Ella abrió los ojos como platos al escucharlo decir aquello de una manera tajante, mientras sacudía la cabeza.

—Pero si te he metido en un compromiso del que ahora no puedes salir...

—En eso estás equivocada —la señaló con un dedo y entornó la mirada hacia ella.

—¿En qué? Es verdad, menudo follón hemos montado.

—Acabo de decirte que puedo hablar con Charlie cuando llegue el momento y comentarle que me es imposible acudir. No va a pasar nada. Nos conocemos desde que éramos unos críos.

—Le sentará mal, ya lo verás —le dejó ella de manera clara y concisa abriendo sus ojos más.

El espacio entre ellos se iba acortando sin que ninguno de los dos pareciera darse cuenta o que no les importara. Las miradas comenzaron a ser más largas, más intensas mientras ellos seguían exponiendo cuál podría ser la situación llegado el momento de la boda. Max se fijó en su boca cuando ella hablaba. En sus labios entre abiertos, en la manera en la que algunos mechones, que habían escapado de su coleta, danzaban libres sobre su rostro.

—Charlie no pondrá ningún reparo.

—Pero, no será lo mismo sin ti. Ya has visto lo que te ha dicho Rachel —¿Por qué le parecía que estaba buscando una excusa para que él le dijera que iría con ella? ¿Por qué de repente se mostraba dispuesta a convencerlo de lo contrario? ¿Qué estaba sucediendo?

Max sonrió divertido al escucharla y a la vez gesticular de aquella manera.

—Tengo la impresión de que en el fondo quieres que vaya.

—Yo... ¿Cómo...? —permaneció con la boca abierta sin saber qué decir. Su comentario la había sorprendido y de qué manera. Ella misma acababa de hacerse esa misma pregunta. Y se había quedado tan sorprendida como en ese momento. ¿De verdad quería que él la acompañara? Pero si desde el principio le había parecido toda una locura... Sintió el corazón desbocado cuando él la sujetó de los brazos con delicadeza y la miró a los ojos con una intensidad, que no había esperado. Contempló su propio reflejo en la mirada de Max. Las tímidas caricias de los

dedos de él estaban causándole estragos, un calor se extendía por todo su cuerpo.

—¿Por qué te preocupa lo que Charlie pueda pensar o decirme si no voy a la boda? Me da la impresión de que pones de excusa nuestra amistad para que acceda a ir a la boda.

—Porque es tu amigo.

—¿Y qué más da? Sigo pensando que eres tú la que estás poniendo esas disculpas para que te acompañe —la miró con una mezcla de curiosidad y diversión. La notaba temblar bajo las yemas de sus dedos, al tiempo que su piel se erizaba. Desviaba la mirada de él como si buscara una huida. Y por encima de todo, balbuceaba porque estaba nerviosa o no sabía cómo justificar sus continuos comentarios sobre Charlie.

—No sé, yo... No estoy poniendo excusas. Solo te digo cómo lo veo. Nada más.

—De acuerdo. Mírame y dime qué es lo que prefieres.

Ella cerró los ojos y suspiró. A continuación, apoyó la frente contra el pecho de él sin saber qué narices decirle porque ni ella misma parecía tenerlo claro.

Max cogió aire y la dejó tranquila durante unos segundos en los que se debatía entre pedirle que se marchara a dormir, o retenerla y ver qué narices sucedía entre ellos. Para él estaba más que claro... Deslizó la mano bajo el mentón de ella y la instó a mirarlo. Durante toda la noche Max había tenido la sensación de haber estado jugando al gato y al ratón con ella. Esta había discurrido junto a sus amigos, pero también entre miradas, sonrisas, comentarios y algún que otro roce furtivo de sus cuerpos. Habían estado rodeados en todo momento salvo en ese en el que se encontraban. El volumen de la música procedente de los locales parecía haber bajado. Los ruidos de la calle ya no existían para ellos dos.

Sandra tragó e inspiró hondo cuando sintió la mano de él todavía en su rostro. No podía estar sucediendo aquello. No. Aquella intimidad entre ellos podría echar todo por tierra, se dijo sin encontrar la fuerza de voluntad necesaria para alejarse. Para detenerlo poniendo las manos sobre el pecho de él.

La situación entre ellos era una comedia ideada para que ella no quedara mal ante sus amigas; para que no pensarán que se quedaría sola como una solterona. Sin embargo, con el paso de las horas y la cercanía entre ellos, algo parecía estarse saliendo del guion. Por primera vez se daba cuenta de que no tenía el control total de la situación, como sucedía en sus novelas.

—¿En qué estás pensando? ¿En si debo ir o no contigo a París? —le apartó el pelo del rostro dejando que sus dedos le rozaran la mejilla. La observó negar en repetidas ocasiones mientras permanecía con los labios entre abiertos y los ojos cerrados.

—Tengo la cabeza embotada con todo lo que está sucediendo. No puedo pensar en nada con claridad en este instante. Ni siquiera en lo que quiero o no —abrió los ojos para mirarlo con franqueza. No estaba segura de si lo que deseaba en ese instante era coherente, pero las ganas de besarle y de que él la besara parecían estar quemándola.

—Es por el cansancio que antes mencionabas a Bea. Ha sido un día largo y he sido consciente del enorme esfuerzo que has hecho esta noche para mantener las apariencias. No es nada sencillo aparentar que tenemos una relación. Es mejor que te vayas a dormir —la besó en la frente sin que ella lo esperaba y su cuerpo se convulsionó al sentir el roce de sus labios—. Tenemos tiempo para volver sobre el asunto mañana. No te preocupes. Encontraremos la solución.

Ella permaneció callada sin poder creer que después de todo, él no fuera a besarla. Besarla como ella esperaba, claro. Porque lo había hecho en la frente. Pero no era igual. ¿A qué había venido ese pensamiento? Se suponía que este no debería materializarse bajo ningún concepto. Nada sería lo mismo si se liaban de verdad como si fueran pareja, o amantes.

—Sí. Creo que es mejor que... —hizo un gesto con la mano hacia el interior del apartamento. No tenía palabras para expresar lo que le había parecido el gesto de él. Estaba cansada, sorprendida, abrumada y muy, muy confusa por las inesperadas sensaciones que estaba experimentando desde que llegó a la isla.

—Sí, ve.

Lo miró de una forma que ni ella misma supo cómo calificar, pero que le hacía sentir algo nada agradable con cada paso que se alejaba de él. Una especie de extraña despedida. Se había acostumbrado a su compañía en estas últimas semanas en las que había compartido mucho tiempo preparando ese viaje. Y aunque se decía que una vez que volvieran a casa, todo regresaría a la normalidad, en momentos como ese no estaba segura del todo.

Desapareció en el interior del apartamento dejando a Max en el balcón. Cerró la puerta de su habitación y permaneció unos segundos con la espalda apoyada contra esta. Incluyó hacia delante la cabeza y resopló esperando a que la taquicardia fuera remitiendo. Solo entonces se acostaría.

Max se quedó contemplando el mar. Algunos se aventuraban a bajar a la playa para seguir la fiesta e incluso los había dispuestos a darse un chapuzón. Esa imagen le trajo recuerdos de su primera experiencia en la isla. Él mismo se había metido en el agua a las tantas de la madrugada para refrescarse tras una noche de juerga y luego irse a dormir. Por ese motivo, no le extrañaba ver a la gente haciéndolo. Sonrió pasándose la mano por el rostro y el pelo en un gesto de cierta frustración. Lanzó una última mirada hacia el interior del apartamento en cuya habitación estaba Sandra. Él por su parte, decidió que esa noche lo haría en el balcón. No era ni mucho menos la primera vez, así que... Volvió al salón y cogió lo necesario para improvisar un sitio sobre el que recostarse. Las almohadas del sofá le vendrían bien. La temperatura era cálida, casi tropical a esas horas y no necesitaba mucho para dormir al raso. Era lo mejor que podía hacer para mantenerse alejado de ella. Quedarse allí fuera era la excusa perfecta para poner más distancia entre ellos. De ese modo si ella se levantaba de madrugada, él no se enteraría y no tendría malos pensamientos. En ese preciso instante en el que pensaba eso acerca de ella, se preguntó si debería haberla besado en los labios en vez de hacerlo en la frente, como si le diera las buenas noches en plan amigos. En aquel instante consideró que era lo más sensato, pese a que creía haber percibido cierta invitación en la mirada de ella, en la manera en la que permanecía quieta frente a él. ¡Debería haberse apartado de él! ¡Haberlo empujado con sus manos y recordarle que aquello era una jodida farsa! ¡Una, que se terminaría pasado mañana en cuanto volvieran a subirse al avión! Y no quedarse allí frente a él con un gesto expectante por ver qué sucedía entre ellos. Bastaría con que le recordara cuál era su situación. Esto habría sido suficiente para no volver a intentarlo, para no pensar que podría surgir algo entre ellos. Algo como lo que tuvieron cuando estaban en la universidad. Se tumbó con la mirada fija en el cielo y poco a poco el cansancio lo fue venciendo hasta quedarse dormido del todo.

Sandra se despertó con una acusada sensación de sed debido al exceso de bebida y comida, a la que ella no estaba muy acostumbrada. Se levantó despacio porque presumía que Max estaría durmiendo en el sofá del salón y no pretendía despertarlo. No le haría ni pizca de gracia que la viera con una camiseta de tirantes que dejaba poco a la imaginación y la braguita. Pero con el sofocante calor que hacía esa noche, como para dormir abrigada.

Le extrañó no encontrarlo y pensó que tal vez estuviera en el baño. O incluso que se hubiera bajado a la calle a seguir la fiesta. ¿Quién sabía cómo podía reaccionar? De manera que cogió un vaso de agua y se dirigió al balcón. Max lo había dejado abierto, lo cual ella agradeció por el fresquito que entraba. La noche se había quedado casi en silencio. Ya no se escuchaba

música. Se acercó hasta el borde y apoyando los antebrazos sobre la barandilla, cerró los ojos por unos segundos para que la brisa del mar la refrescara. Dejó que el sonido de este la llevara al relax.

Max se giró sobre su improvisado colchón emitiendo un ligero gruñido, que al momento captó la atención de Sandra y le disparó los latidos. Abrió los ojos como platos cuando lo descubrió allí tumbado sobre una improvisada cama con las almohadas y una sábana. Dormía a pierna suelta sin más ropa que el bóxer. Por suerte para ella, él no se había despertado de lo contrario tendría un contratiempo porque podría pensar que lo estaba espiando. Y no era eso lo que pretendía, pero tampoco pudo evitar demorarse más de lo permitido recorriendo su cuerpo desnudo y sentir que la taquicardia regresaba. Se le puso la piel de gallina y sus pechos se la marcaron más bajo la camiseta. Ella lo achacó al ligero viento que soplabla y no a la extraña sensación que se estaba apoderando de ella de manera lenta, ascendiendo por sus piernas... Pero debía admitir que Max estaba en forma. Los músculos se le marcaban aquí y allá mostrando un físico tonificado y saludable. ¿Quién podría pensar que Max escondía ese cuerpo bajo la ropa?! ¡Y pasando casi la totalidad del día en el trabajo! Se dijo mostrando una sonrisa risueña y pícara mientras los contemplaba con los ojos entrecerrados, como si lo estuviera evaluando.

Se llevó el vaso a los labios, cuando sintió la sequedad en su garganta una vez más. Sin embargo, no pudo evitar que parte del agua le mojara su camiseta cuando descubrió a Max mirándola. Tenía el ceño fruncido y una expresión de estar aturdido porque lo contemplaba sacudir al cabeza en repetidas ocasiones.

—¿Qué... qué haces aquí? —su mirada comenzó a ascender por las piernas de ella hasta encontrarse con la fina tira de su ropa interior. Pero no se detuvo en la curva de su trasero, ni en como la braguita parecía haberse rebelado contra ella, y dejaba a la vista parte del glúteo. La mirada de él siguió ascendiendo hasta encontrarse fija en el cerco de agua que le resaltaba sus pechos bajo la fina tela de su camiseta—. Vaya, desconocía que te gustara el rollo de jugar a lo de camiseta mojada —vio el gesto incómodo en su rostro y él sonrió—. Ese que las chicas se tiran agua por encima, ya sabes... —le refirió extendiendo el brazo en dirección hacia ella.

—¿Qué haces tú durmiendo en el balcón? —fue la excusa que encontró para no tener que responder a su pregunta sobre la camiseta y esa parte de su anatomía.

—Hace mucho calor y he preferido quedarme aquí. ¿Y tú? ¿Tienes sed? ¿Calor? ¿O ambas?

Él había colocado una almohada entre su espalda y la pared para apoyarse y quedarse contemplándola con gesto divertido. Pero también con deseo. Tenerla delante en ropa interior y con la escueta camiseta ceñida sus pechos era toda una tentación difícil de rechazar.

—Me he levantado a por un vaso de agua, sí. Y de paso salí a refrescarme, pero no te hacía aquí —no sabía dónde mirar porque no era plan de quedarse contemplándolo.

<<Pues creo que el que necesita agua soy yo. Y no precisamente un vaso, sino más bien un cubo para echármelo por encima en ese mismo instante>> pensó Max sin poder dejar de mirarla con deseo.

—Supongo que habrás dado el aire acondicionado para refrescar la habitación...

—Sí, sí. Por suerte para mí no tengo que pasar muchos días aquí. No soporto el calor húmedo...

Escucharla decir aquello le provocó una desazón a Max. Sí, esa era la pena. No tener tiempo suficiente para ellos, se dijo.

Ella permaneció callada observando cómo el rostro de él cambiaba su expresión de sorpresa inicial por verla allí, y su posterior forma de mirarla al darse cuenta de cómo iba vestida,

dejaron paso a una expresión más comedida. Sandra comprendió que era mejor regresar a la habitación y dejarlo seguir durmiendo. Y que ella lo intentara pese al sofoco, que invadía su cuerpo pese a estar en el balcón con el fresquito de la madrugada.

—Me vuelvo a la cama. Ya me he refrescado. No te molesto más —apretó los labios y elevó las cejas.

—Como quieras —asintió él sin decir más apartando su atención de sus piernas hasta que ella se volvió y tuvo la visión nítida de su trasero. Una sonrisa pícaro asomó en sus labios mientras sacudía la cabeza sin terminar de creer lo sucedido. Casi prefería que los días transcurrieran rápido y regresar a casa. De ese modo no la vería pasearse en ropa interior por el apartamento. Claro que entendía que ella durmiera así por la temperatura. Él también dormía en ropa interior, pero claro, ¿quién iba a esperar que ella saliera al balcón de madrugada para tomar el aire y beberse un vaso de agua? Él no, desde luego. Sonrió con ironía por la escena vivida y se dijo que no estaba seguro de volver a pegar ojo en lo que quedaba de madrugada.

Sandra se dejó caer sobre la cama y cerró los ojos. Pero nada más hacerlo la imagen de Max la invadía provocándole sudores y sofocos. De nada le servía ya el haberse refrescado con la brisa de mar e incluso con el agua, que se había escurrido empapando su camiseta. Volvía a estar sudorosa. Y no estaba segura de poder descansar algo. Resopló enfurecida con ella misma por cómo se sentía. Comenzó a dar vueltas y vueltas en la cama sin encontrar la postura idónea para dormir. E incluso pensó en quedarse levantada, y dar vueltas por el apartamento un rato a ver si el sueño acudía a por ella. Pero solo pensar que él estaba en el balcón y que podía entrar le quitó la idea. ¿A qué venía comportarse de aquella manera? Era como si hubiera regresado al instituto. ¡Era Max, por favor! El mejor amigo de su hermana, y suyo también. Pero con la que más trato había tenido había sido con Lena.

<<Pero salió contigo, guapa>> le recordó una vocecita que Sandra no sabía ni a qué venía, ni de dónde salía.

<<Sí, no enrollamos y acabamos saliendo. Pero teníamos muchos años menos que ahora>>, le dijo como si mantuviera una conversación con ella misma. <<Además, el tiempo ha pasado y ya no somos los de entonces>>

<<Pero algo queda. Algo que te ha hecho sentirte incómoda en su presencia esta noche. Algo por lo que has deseado que te besara cuando llegasteis y salisteis al balcón. Y, además, te has estado recreando en su cuerpo medio desnudo. No digas que no>>

Resopló sin saber por qué narices estaba pensando eso. ¿Por qué estaba discutiendo consigo misma? Era como si tuviera a la diablilla y a la angelita, posados en sus hombros como en las películas.

—Basta de pensar en Max y cosas que no vienen a cuento —se dijo furiosa mientras daba vueltas por la habitación como una fiera enjaulada—. Me voy a dormir. Así que no quiero saber nada más de él.

Tenía la impresión de estar echándole un rapapolvo a su conciencia. Pero, ¿y si seguía sintiendo algo por Max? Algo que durante los años que no se habían visto había permanecido dormido. Hasta ese momento.

capítulo diez

La luz de la mañana entraba por la ventana de la habitación. Sandra permanecía dormida encima de la cama, pero no por mucho tiempo, ya que esta comenzó a darle de plano en el rostro. Sintió una ligera calidez, que agradeció en un primer momento, pero que tras varios minutos se volvió molesta y persistente hasta conseguir que abriera los ojos. Frunció el ceño y permaneció con la mirada fija en el techo a la vez que escuchaba gruñir a su estómago. Tendría que levantarse a desayunar... Como si este pensamiento encendiera algún interruptor en su cabeza se incorporó hasta quedar apoyada sobre los codos durante unos segundos mientras cogía aire. Por fin había conseguido quedarse dormida después de la ajetreada nochecita, se dijo cogiendo su móvil de encima de la mesilla para ver qué hora era. Abrió sus ojos al máximo posible cuando se dio cuenta que en la pantalla aparecían las doce y media. Comenzó a reírse cuando pensó que más que desayunar, debería pensar en qué iban a comer. Se quedó sentada en la cama un tiempo, y se pasaba las manos por el amasijo de pelo, que se le había formado. Al parecer se había quedado dormida casi contra la mañana y había logrado descansar. Su estómago volvió a llamar su atención y tras emitir un resoplido de fastidio, puso los pies en el suelo. Debería vestirse y no aparecer como la noche pasada o Max iba a terminar por pensar que ella se le estaba insinuando. Que se presentase de aquella manera en el balcón en mitad de la madrugada, sin que ni él ni ella esperaran verse, era una cosa. Y otra muy distinta lo era levantarse por la mañana y pasearse por el apartamento como si nada. Por mucho que Max y ella se conocieran, no creía que tuvieran ese grado de intimidad, pese a que cuando estuvieron saliendo habían acabado enredados bajo las sábanas unas cuantas veces. No quería que se produjeran situaciones embarazosas entre ellos. El aroma a café recién hecho le dio los buenos días.

—Ummmm. ¡Qué olor más rico!

Max permanecía sentado en una de las sillas con las que contaba el balcón. Hasta ese momento no la había necesitado y no se había preocupado por esta. Pero en ese momento le venía como anillo al dedo. Escuchó abrirse la puerta de la habitación de Sandra, y supuso que de un momento a otro ella estaría de nuevo allí. Al lado suyo o delante de él en el balcón.

—Vuelvo a encontrarte aquí —le dijo nada más salir al balcón. No había ni rastro de la improvisada cama en la que había pasado la noche. Todo estaba recogido y el sofá cama montado de nuevo. Y él, gracias al cielo, se había puesto una camiseta y un bañador—. Me encanta levantarme por la mañana y que la casa huela a café recién hecho.

—¿Quién de vosotras dos se encarga de hacerlo? ¿Lena o tú?

—Por lo general Lena. Es la que madruga para irse a trabajar.

—Así que te lo deja hecho cuando se marcha.

—No, porque me levanto a desayunar con ella.

—¿Madrugas? Es todo un detalle por tu parte.

—Sí, porque de ese modo cuando me siento a escribir estoy más que despierta. Voy a tomar algo, o lo juntaré con la comida.

—Sí. Ya me he dado cuenta de la hora que él.

—¿Y tú? ¿Has desayunado?

—Sí. Aquí fuera.

—¿Has madrugado?

—No mucho.

—Imagino que te habrán despertado los operarios del servicio de limpieza de las calles; o los de la playa.

—Mejor podrías decir que han sido los que todavía seguían de fiesta a las ocho.

—Qué inoportunos... Pero, no sé por qué no me extraña. Esto es Ibiza —dijo con gesto risueño antes de regresar al interior del apartamento.

—¿Te apetece bajar a la playa? Tenemos tiempo antes de comer. Yo al menos tengo pensado darme un buen chapuzón.

—Me parece bien. Pero deja que coma algo. Por cierto, ¿has bajado a comprar?

—No, Bea nos has dejado lo básico para estos días. Dijo que este era el apartamento de su hermano, así que no le ha resultado difícil tener alimentos que no caducarán estos días.

Sandra asintió y se centró en ver qué podía comer a esas horas. Max estaba de pie en el umbral del balcón, con los brazos cruzados contemplándola inclinarse frente a la puerta abierta del frigorífico. Su imagen esa mañana no tenía nada que ver con la que él había visto la madrugada pasada, y que no iba a olvidar fácilmente. En ese momento, Sandra iba vestida, algo que no le importaba lo más mínimo porque ella seguía despertando en él las ganas quitarle la ropa. Volvió a salir fuera antes de que ella lo sorprendiera.

El móvil de ella comenzó a sonar. Cerró la nevera y regresó a su habitación para ver quién la llamaba, claro que no hacía falta ser una adivina. Sería su hermana. Y no se equivocaba. Sonrió al leer su nombre en la pantalla de su móvil.

—Dime, cielo, ¿qué tal estás? —Sandra empleó un tono algo zalamero para no sentirse culpable de no llamarla.

—Yo aquí a lo mío. Limpiando un poco. ¿Y tú?

—Preparándome un café para ver si desayuno.

—Joder... Vaya horas. Yo estoy pensando en qué ponerme de comida o si me iré a comer por ahí. Supongo que se debe a que te has acostado tarde.

—No mucho. Pero me costó dormir la pasada noche.

—¿No tendrá nada que ver Max en ello?

El tono pícaro de Lena y el recuerdo de la imagen de él en el balcón la pasada madrugada, elevaron la temperatura de su cuerpo.

—Nooooo, ¿a qué viene esa pregunta y ese tono?

—Mujer estas compartiendo el apartamento con él. Y como se supone que sois pareja...

—Exacto. Se supone. Pero no lo somos así que... —dejó el móvil sobre la encimera de la cocina para verter café en una taza.

—¿Qué tal con tus amigas? ¿Algún inconveniente?

—No. En su línea. Y bueno tampoco ha sido para tanto, en principio. Salvo porque Max conoce al prometido de Rachel.

Lena dejó escapar un silbido bastante significativo.

—Vaya marrón ¿no?

—En cierto modo. Eran vecinos y por lo tanto amigos desde la infancia.

—Supongo que ambos se habrán quedado a cuadros cuando se han visto.

—Puedes hacerte una idea.

—¿Y qué va a pasar? Lo pregunto porque esto es algo con lo que no contabas. Bueno, ni Max.

—De momento nada. Esta noche es la fiesta de compromiso y mañana nos volvemos.

—¿Y qué vas a hacer con la boda? Porque supongo que algo habrá cambiado.

—De momento no hemos hablado demasiado sobre ese asunto, pero claro, Rachel y

Charlie, quieren que Max esté presente.

—Es lógico. Y más después de que Max y el novio se conocen de toda la vida. Pues... No sé, pero salvo que os inventéis algo creíble...

—Ya, ya.

—Tenéis tiempo hasta la boda para idear algo.

—Sí. Pero no va a ser nada sencillo porque parecería algo... —Sandra se detuvo a pensar en la situación con la taza en alto camino de su boca

—¿Una excusa improvisada?

—Algo así. No sé. Podrían tomárselo a mal. Y tampoco es plan.

—Claro, claro. Que ellos dos se conozcan y Max no vaya a la boda... Es algo inesperado. ¿Dónde es?

—En París. Y creo que en otoño.

—Puffffffff. París. ¿Por qué?

—Viven y trabajan allí los dos.

—Entiendo. Pues a ver cómo os lo montáis para quedar bien. Siempre y cuando no decidáis ir juntos a París.

—No debí hacerte caso con respecto a Max. Todo este embrollo es cosa tuya. Y tengo la sensación de que cada vez se lía más y más.

—Yo solo te hablé de Max como posible acompañante. Tú fuiste la primera que pudiste decir que no. Que ni hablar y más después de dejarlo plantado cuando teníais veinte años. Pero, aceptaste a ir a verlo y se lo planteaste. Él accedió a echarte una mano. El resto es cosa vuestra, no mía.

—Ya, claro. Huye de tus responsabilidades conmigo.

—Te voy a dejar que Afrodita está algo pesada esta mañana.

—Ella es así. ¿Qué tal está?

—Muy mimosa o pesada. Creo que te echa de menos. Al fin y al cabo, es contigo con quien pasa la mayor parte del día.

—Ya me lo imagino.

—Te llamo mañana, o hazlo tú cuando llegues

—Te mando un wasap cuando salgamos de Ibiza.

—Vale. Es por ir a recogeros al aeropuerto.

—Genial.

—Hasta mañana. Y disfruta. Estás en Ibiza.

—Vale.

Apuró el café y cogió algo de picar que encontró en uno de los muebles de la cocina. Vio que Max no se había movido del balcón. A lo mejor le daba algo de corte enfrentarse a ella después de lo que sucedió la pasada noche. No quería pensar en lo que podría ocurrir ese día en la fiesta de Rachel. Mejor haría en no darle más vueltas en su cabeza.

—¿Estás lista?

Allí estaba él, sin camiseta y con el bañador puesto para bajar a la playa. ¿No podía ponerse algo de ropa? De esa manera no se sentiría culpable por quedarse contemplando su cuerpo atlético. Y podría charlar con él sin problema y no teniendo que mirarlo a la cara.

—Necesito ponerme el bikini.

—Bien, pues date prisa.

—Ya voy.

Asintió lanzándole una última mirada y salió poco menos que corriendo a la habitación

para cambiarse. Sería mejor bajar a la playa y distraerse. De ese modo dejaría de pensar en la conversación con su hermana. Ella había sido la responsable de que estuviera allí con Max, y que se estuvieran produciendo todo tipo de situaciones. Incluso la pasada noche antes del episodio de la madrugada, había llegado a creer que él la besaría. Había percibido su deseo por hacerlo, pero se había controlado en el último momento. Y horas después él se quedaba mirándola como si fuera a saltar sobre ella y despojarla de la poca ropa que llevaba puesta. Eso le daba a entender que él parecía estar tal vez tan atónito como ella por la situación.

Menos mal que había metido dos bikinis presumiendo que esa noche le tocaría llevarse puesto uno, según le había dicho Rachel. Esperaba que Max no se la quedara mirándola como si no la conociese, se dijo mientras se cambiaba de ropa para bajar a la playa un rato.

Max tenía la impresión de que conducía cuesta abajo y sin frenos. Y no estaba seguro de si lograría enderezar la situación o acabaría estrellándose con la realidad. Permanecía sentado en el sofá con las manos entrelazadas al frente, la cabeza gacha y la mirada fija en el suelo esperando a que ella saliera de la habitación. Temía no estar preparado para lo que se encontraría cuando la volviera a ver; o incluso qué podía suceder en la playa. Solo sabía que haberla visto la pasada madrugada con su minúscula camiseta y en ropa interior... no era ni mucho menos lo que había imaginado cuando ella le preguntó si quería acompañarla a Ibiza. No. Ni en sus más alocados pensamientos que la tuvieran a ella de principal protagonista. Claro que ella no había buscado provocarlo. No tenía ni idea de que él estaría tirado durmiendo en el suelo del balcón. Por eso mismo, volver a pensar en esto lo obligó a coger aire y a prepararse porque Sandra acababa de salir de la habitación.

Se había puesto unos shorts vaqueros y una camiseta de color azul claro. Había estado pensando si creía necesario ponerse una, visto cómo bajaba la gente a la playa, e incluso cómo iba por la calle. Al final optó por ponérsela. Se recogió el pelo con una goma y un pañuelo de vivos colores en la cabeza para protegerse del sol. Bajaría las gafas ya que no soportaba la claridad. Caminó hasta el salón y se quedó frente a Max.

—Estoy lista.

La cara que puso le llamó la atención. Percibió su mirada mezcla de curiosidad y de cierta sorpresa. Incluso lo vio coger aire de manera disimulada y hacer un gesto que no supo cómo interpretar, pero que se acercaba a que se había quedado sin palabras, lo que la obligó a volverle a hablar.

—Cuando quieras.

—Bien... Sí.

—¿Hace falta que bajemos algo más? Lo pregunto por las toallas, o una bolsa con lo que podamos necesitar.

Max seguía algo tocado con la impresión que le había causado verla. Tenía la boca seca y la respiración algo agitada. No pretendía quedarse mirándola de una manera descarada, pero reconocía que lo de la noche pasada se quedaba corto. Sin duda que Sandra llamaría la atención, y eso que no había mucha gente en la playa a esas horas.

—No, tranquila. No hace falta que bajes toalla si no quieres. Podemos sentarnos en la arena. Eso sí, algo de crema para no quemarnos.

—Había en el baño. Al parecer Bea piensa en todo —le dijo sacándola del bolsillo trasero de sus shorts.

—Veo que eres de las personas que no les gusta llevar demasiadas cosas a la playa.

—Por lo general. No. Una toalla, la crema y como mucho una botella de agua.

—No te preocupes. Podemos pillarla en la playa. —se quedó mirándola de cuerpo entero

y se fijó en la forma en la que la camiseta se ceñía a sus pechos dándole una apariencia más redonda y turgente.

—Si.

—Pues no esperemos más.

Pasó por delante de ella para abrir y salir primero. De ese modo no se quedaría mirándole el trasero. Pero al volverse no esperaba que Sandra estuviera allí, tan cerca de él. Tanto que él estuvo a punto de tropezarse de no ser porque ella reaccionó dando un paso atrás. Ninguno pudo evitar el leve roce de sus piernas, o sentir las respiraciones algo elevadas. Max se quedó mirándola en silencio dejando que la atracción y el deseo crecieran más y más en su interior.

Ella se apartó de su camino con un ligero sobresalto. Se le estaba yendo de las manos y lo que más le asustaba era que no parecía estar haciendo nada por evitarlo, sino todo lo contrario. Se colocó las gafas nada más salir a la calle donde la luz del sol le dio de lleno mientras esperaba a que él dejara la llave en recepción. Notaba el calor del sol en la piel, así como la humedad.

—Por aquí —le indicó él caminando hacia la parte de atrás del edificio.

La poca gente con la que se cruzaban iba de camino a la playa, o a comprar a los supermercados. Como él le había dicho nadie, salvo por algunos chicos haciendo deporte, caminando o tirados sobre la arena. La música procedente de los bares se dejaba escuchar, pero en un volumen que nada tenía que ver con la tarde o la noche. Pero le hacía el paseo algo más entretenido.

Se dirigieron a la orilla donde las tímidas olas rompían.

—¿Qué hacemos con la ropa?

—Podemos dejarla aquí. Nadie te la va a quitar. La poca gente que hay está a lo suyo — Max se quitó la camiseta y la dejó junto a sus chanclas. Se dirigió a darse un chapuzón porque de esa manera no se quedaría mirándola de manera descarada mientras se quitaba la ropa. Se arrojó al agua sin pensarlo dos veces y dio unas brazadas como si se alejara de ella. Cuando consideró que tenía distancia suficiente, sacó la cabeza y la sacudió deprendiéndose del agua. Fijó la mirada en la orilla para si ella entraba al agua y agradeció estar metido en esta hasta el cuello. Allí estaba ella con un bikini rojo dando pequeños pasos.

—Deberías entrar de golpe. Recuerdo que solías tirarte a la piscina y nadar sin problemas.

Ella sonrió con un deje irónico antes de hacerle caso y sumergirse hasta el fondo, dar unas brazadas y salir a la superficie a escasos metros de donde se encontraba él. El pañuelo se le quedó pegado a la cabeza y ella se lo quitó de inmediato. Así como los restos de agua de los ojos y los entrecerró mirando a Max. Este asentía al tiempo que fruncía los labios.

—Veo que no lo has olvidado.

Sandra nadó y en seguida estuvo delante de él.

—Pues claro, ¿qué esperabas? La verdad es que no está nada fría.

—Pero es mejor entrar deprisa, así no te lo piensas y te arrepientes.

—No, tranquilo. Como decías, nunca he tenido reparo en lanzarme al agua. Por cierto, te has acordado de cuando quedábamos para ir a la piscina.

—¿Por qué no debería? Me acuerdo de muchos buenos momentos que compartimos en aquellos años.

Ella sonrió cuando lo escuchó. Sintió una especie de bajón al pensar en aquellos días. ¿Por qué? Sin previo aviso, los recuerdos de lo que hubo entre ellos la asaltaron provocándole una sonrisa tímida. Él acababa de hacer referencia a los buenos, solo. Era lógico que no quisiera recordar los malos en los que ella tenía gran parte de protagonismo.

—Es verdad. Nos lo pasábamos genial. No teníamos más preocupaciones que sacar la carrera y divertirnos —se dejó caer hacia su espalda quedando al ras de agua. Relajada mientras el sol la acariciaba.

Max la contemplaba sin saber qué hacer en ese momento. Le gustaría atraerla hacia él y besarla. Probar el sabor de la sal del mar en sus labios y en su piel. Tanto tiempo sin saber de ella y sin darse cuenta de que todavía seguía sintiendo aquello. ¿Cómo narices, era aquello posible? Se preguntó mientras ella se acercaba más a él. Sus piernas se rozaron bajo el agua. Sus manos parecieron buscarse como náufragos perdidos. Se acercaron más hasta que Sandra sintió el brazo de él rozarle la cintura y el escalofrío se expandió por su cuerpo. No importaba que estuvieran en el agua para sentir la cercanía del otro, las caricias reveladoras. Dejaron de moverse y permanecieron quietos. Sandra apoyó los pies en el fondo lo que hizo que la mitad de su cuerpo quedara expuesto ante Max. De manera inesperada por su parte, ella apoyó los brazos en los hombros de él y se quedó contemplándolo con la necesidad de besarlo y de saber si aquello que experimentaba por él era verdadero.

Max deslizó sus brazos por la cintura de ella y la acercó más. Trazó la curva de aquella parte de su cuerpo hasta la cadera de manera lenta provocándole un suspiro; dejándola con los labios entreabiertos y la extrema dificultad de no sucumbir a estos. La distancia entre sus rostros se fue acortando hacia un irremediable beso. Pero de repente el agua comenzó a caer sobre ellos, haciendo que se separaran y se encogieran. Max la abrazó con fuerza como si la protegiera de la lluvia.

Alguien había entrado en el agua sin ningún tipo de consideración, chapuzando a su paso hasta sumergirse bajo esta. Una especie de ducha había caído sobre Max y Sandra rompiendo el momento. Los dos se separaron entre risas, protestas, y algún que otro chillido por parte de ella.

—Lo siento, tíos.

La disculpa no les afectó lo más mínimo. Ambos permanecían contemplándose entre risas hasta que se dieron cuenta de que se habían separado, y de lo que aquel chico había evitado con su manera tan alocada de entrar en el agua. Ambos parecían estar haciéndose la misma pregunta cuando se quedaron en silencio.

—Creo que es mejor salir a secarnos —se aventuró a decir Max iniciando el camino hacia la orilla cuando percibió el desconcierto en la mirada de ella.

Sandra no dijo nada. La situación vivida la había dejado sin palabras. No sabía decir si le había venido bien que aquel chico los interrumpiera o no. Antes de que lo hiciera estaban a punto de besarse. Y aunque al final no había sucedido, la intención había bastado para dejar las cosas claras por parte de ambos. Eso no podían negarlo. Como la primera vez que se besaron hacía ya quince años.

Sandra se dirigió hacia la orilla donde él ya la esperaba. No iba a comentar nada sobre lo acontecido en el agua. Se había tratado de una simple anécdota como lo ocurrido en el balcón la madrugada pasada. Se sentó a su lado apoyando las manos en la arena y dejando que el agua le cubriera los tobillos. Max permanecía absorto mirando de manera fija el mar, o tal vez el horizonte lejano. A lo mejor ellos eran como el mar y el cielo. Si uno se fijaba a lo lejos parecían estar unidos. Sin embargo, nunca lo conseguían.

—El agua está muy buena. Pensaba que estaría algo más fría.

—Sin embargo, no te ha costado meterte.

—Creo que estos días me van a saber a poco.

Max sonrió.

—Pues anoche con el calor decías lo contrario. Aprovecha hoy a estar en la playa todo el

día, si quieres. Supongo que la fiesta será tarde así que puedes estar aquí hasta el final. Por cierto, ¿y el pañuelo que llevabas en la cabeza?

—Oh... Mierda en el agua.

La vio incorporarse y salir hacia el agua para recuperarlo. Se había manchado de arena el trasero y la parte posterior de sus piernas al haber estado sentada en la orilla. La vio colocarse la braguita del bikini camino del agua. La contempló parada mirando hacia el agua, hasta que el chico que los había salpicado le hizo una señal con la mano y se lo entregó. Max no apartó la atención de ella mientras el sol caía de plano sobre su piel. Bajó la vista a la arena y sacudió la cabeza.

Las gotas de agua resbalaban por todo su cuerpo hacia abajo. Alguna que otra se deslizaba por el canalillo de sus pechos, y en ese momento en que Max se fijó en ella, el deseo por tumbarla sobre la arena y besarla lo invadió. Acabar con aquella tensión sexual de una maldita vez. Sin embargo, en ese instante no existía la complicidad de minutos antes cuando los dos se habían acercado buscando la complicidad del otro.

—Veo que lo tenía nuestro amigo.

—Sí. Me dijo que lo había recogido cuando lo vio flotando después de habernos ido. Ah, y me ha dicho que siente habernos estropeado el momento —le comentó ella con una sonrisa divertida e irónica, no exenta de picardía a ojos de Max.

—Ya. Bueno. No pasa nada.

Ella lo miró entre la sorpresa y la decepción porque no esperaba que él dijera algo así. Que al menos le comentara lo que le había parecido la situación. Habían estado a un paso de besarse y para el parecía carecer de importancia según lo escuchaba hablar. No sabía qué esperar de él, la verdad. Sonrió de mala gana y sacudió la cabeza mientras los sentimientos iniciales daban paso al cabreo.

—¿Estás seguro de que no ha pasado nada? —le preguntó sin poder comprender cómo podía decir eso, sabiendo lo que sentía por ella.

Max volvió el rostro contrariado por su tono. No esperaba encontrarse aquella mirada ni aquel gesto de desconcierto en Sandra.

—Bueno, si te soy sincero... Estábamos a punto de besarnos cuando aquel tío entró en el agua y nos puso a caldo.

—Me parece una explicación correcta y bastante clara. ¿Y qué tienes que decir?

La situación se le estaba escapando de las manos de la misma manera que lo hacía la arena entre sus dedos en ese momento. No esperaba que ella afrontara la situación en un principio, sino que la dejara pasar. Pero no parecía dispuesta.

—No lo sé...

Sandra tuvo la impresión de que habían vuelto a chapuzarla. Pero en esta ocasión era agua helada. ¿Cómo podía decir eso? Aunque una parte de ella se lo agradecía, no podía creer que hablase en serio. No, después de escucharlo hablar por el móvil con Ferrara. Podía entender que no pretendiera llevar aquella situación más allá de la comedia, pero sus gestos, sus miradas la pasada madrugada en el balcón, y lo sucedido en el agua demostraban todo lo contrario.

—Entonces, ¿esperabas que nos pasara? —tenía el corazón disparado en su pecho y la mirada entornada hacia él deseando que le aclarara que sentía por ella de una maldita vez.

—Desde el primer momento en que te volví a ver me he estado preguntando que sentía por ti. A pesar del tiempo y de lo sucedido entre nosotros.

Capítulo once

Ella se quedó con la boca abierta sin poder creerlo. ¿Le estaba confesando lo que ella ya sabía? ¿Que a pesar del tiempo transcurrido desde la última vez que se vieron, seguía enamorado de ella? Claro que a ella le venía sucediendo algo parecido. ¡Coño, se había acercado a él consciente de lo que hacía en todo momento! Y la noche pasada en vez de regresar al interior del apartamento, se había quedado contemplándolo en el balcón percibiendo su deseo. El mismo que había sentido minutos antes en el agua.

—No esperaba algo así por tu parte.

—Ni yo mi reacción al volver a verte.

—¿Por ese motivo aceptaste mi propuesta de venir a Ibiza? ¿Para saber qué sentías por mí?

—No. No pensé en ningún momento en recuperar lo que tuvimos, sino solo en echarte una mano.

—A sabiendas de lo que podía suceder.

—No lo sabía porque desconocía si tú seguías sintiendo algo.

—¿No te lo has preguntado en ningún momento? —acercó su cuerpo más a de él hasta de sus brazos quedaron juntos, rozándose mientras ella no dejaba de mirarlo y Max se centraba en remover la arena con sus pies.

—Es posible que durante la pasada noche cuando estuvimos por ahí. Reconozco que me gustó tenerte cerca, rodearte por la cintura... ¡Joder, Sandra, estoy quedando en ridículo! Tengo la impresión de haber regresado a la facultad, al día que tú y yo... —arrojó un puñado de arena al agua en un claro gesto de frustración.

Ella apoyó el mentón sobre su hombro mientras su rostro reflejaba una sonrisa pícara y llena de diversión. Eso es lo que Max encontró cuando él volvió el suyo y fijarse en sus ojos.

—Sigues igual de tímido en cuestión de mujeres, y eso es lo que me atrapó de ti en aquel momento.

Lo vio sonreír y volver su atención al mar. Algunos bañistas parecían haberse animado a probar el agua. Había algunas embarcaciones a lo lejos y por supuesto el ferry, que conectaba el puerto de Ibiza con Formentera. Permanecía con su rostro apoyado sobre él pensando lo fácil que le resultaría robarle un beso. Pero no lo haría. En el fondo ella sabía que la respetaba y también sabía que liarse ese fin de semana no solucionaría nada. Es más, complicaría las cosas en gran medida.

—No sé si tímido es la palabra más acertada, pero lo cierto es que no soy un ligón.

—¿Tuviste alguna pareja seria después de lo nuestro?

—Nada que haya sido duradero, o que me hiciese pensar en formalizarlo. Relaciones casuales de un par de días o semanas. ¿Y tú? Ya puestos a sincerarnos...

La observó de cerca, reflejándose en sus ojos, y perdiéndose en su sonrisa.

—Bueno, la verdad es que me ha pasado lo que a ti. No he tenido ninguna relación que me hiciera plantarme una vida en pareja.

—Y aquí estamos los dos. Sentados sobre la arena de la playa en Ibiza, mirándonos como dos personas que se conocen desde hace mucho tiempo, pero no logran saber recordar de qué se conocen o de dónde.

—Tú y yo. Aquí y ahora.

Max sentía el calor del sol en la espalda, el salitre cosquilleando su piel, la mirada intensa de Sandra, sus labios entre abiertos... Inclínó su cabeza contra la de ella hasta que su frente quedó apoyada contra la de ella, y sonrió. Ella se relajó. Controló su respiración pese a la cercanía de él. Tenía que salir de allí lo antes posible o acabaría cediendo a lo que él le proponía. Sonrió y se apartó poniéndose de pie con gran agilidad. Luego le lanzó una mirada y lo retó.

—¿Una carrera?

Max no esperaba esa reacción por parte de ella, y cuando quiso reaccionar ella estaba adentrándose en el agua. Sacudió la cabeza con un resoplido de rabia y frustración. Era mejor dejar de pensar en ella como algo más que una amiga. Existía la atracción y tal vez también el deseo mutuo. Pero parecía que ninguno estuviera convencido de cruzar la línea. Llevaban tonteando desde la pasada noche, pero ni si quiera se habían besado. Y no sería por oportunidades que habían tenido, se dijo observándola nadar. No acudiría a su lado. Esta vez no. Ya había tenido bastante y si ella no lo tenía claro, él no se arriesgaría. Le habría gustado escucharla decir que todavía quedaba algo. ¿O solo se trataba de un juego? Pasar juntos ese fin de semana y luego...

Sandra se sintió algo contrariada con el comportamiento de Max. Esperaba que la siguiera al agua. En cambio, él había preferido quedarse observándola sentado sobre la arena con los antebrazos apoyados sobre sus rodillas. No apartó la mirada de ella mientras salía del agua. Por mirarla no pasaba nada.

—¿Te apetece dar un paseo? Así te secas antes de subir al apartamento.

—Sí.

Max se levantó y caminó a su lado, pero dejando el espacio suficiente para que sus manos no se rozaran. No podía seguir tonteando. Eso estuvo bien cuando los dos tenían veinte años. No en ese momento de su vida.

—¿Tienes proyectos para este verano? —Max prefería entablar una conversación que tuviera que ver con el trabajo. De ese modo evitaría hacerle preguntas personales que pudieran involucrarlos a ellos.

—Tendré que comenzar a plantearme las siguientes historias. Una vez que entregas el manuscrito ya tienes que comenzar a pensar qué será lo siguiente. O incluso tenerlo ya decidido.

—Entonces, supongo que de vacaciones nada de nada.

—Este fin de semana entra dentro de lo que son mis vacaciones. Tal vez Lena y yo podamos escaparnos si ella quiere. ¿Qué me dices de ti? ¿Cerrarás el negocio unos días?

—Es posible que lo haga. No por mí, sino por la gente que trabaja conmigo. Necesitan desconectar.

—¿Y tú?

—Seguiré ligado al negocio de alguna u otra manera. Me pasa un poco lo que a ti. Me gusta innovar de cara al otoño. Miraré nuevos platos, o tal vez cambien algo la decoración del local. No lo sé. Necesito mantenerme ocupado la mayor parte del tiempo.

—Entiendo. No puedes quedarte siempre en lo mismo.

—Sí. Exacto. Necesito seguir avanzando y no estancarme. Por cierto, espero seguir viéndote por allí. Y a Lena. Pero bueno a ella no hace falta que se lo diga, ella se presenta sin más. Y me dice: << ¿Tienes una mesa para mí?>>

—Sí. Así es ella. Se le ocurren las cosas de repente, sin pensarlo. Pero bueno, supongo que ya lo sabes. Pasaste muchos años siendo su compañero de clase.

—No tiene nada que ver contigo.

—Pero ahí radica lo bueno. Cada una somos de una manera —bajó la mirada a la arena

durante unos segundos mientras el agua le cubría hasta los tobillos—. Este paseo me está viniendo de lujo.

Max sonrió sin decir nada. ¿Qué podía decir cuando se encontraba en la más absoluta gloria?! No tenía precio alguno estar paseando por una de las playas de Ibiza con la chica que lo había dejado marcado de por vida. La ciudad se veía más y más cerca a medida que caminaban.

—Supongo que no podemos llegar hasta Ibiza capital por la orilla.

—No. Para hacerlo tienes que ir por la otra parte. Por donde fuimos ayer en el bus.

—En ese caso deberíamos regresar.

—Sí, convendría hacerlo. Comer y descansar un par de horas. Podemos bajar a media tarde cuando la fiesta empieza aquí y esto se llene de gente.

—Sí, ya lo vi ayer cuando llegamos.

—Si te apetece...

—Claro.

Se volvieron al mismo tiempo para regresar por donde habían venido. En esta ocasión ninguno pareció querer evitar el contacto porque sus cuerpos se rozaron. La mano de Max pareció buscar la de ella para cerciorarse de que estaba allí. Sandra controló la respiración cuando sintió el suave roce primero, y el brazo después. No hizo intento de moverse esperando a ver qué hacía él. Pero Max no se inmutó y siguió su camino. Había decidido no quedarse mirándola como haría con una puesta de sol en San Antonio. Por mucho que la deseara no lo haría. No pretendía seguirle el juego sabiendo que no iba a ganar. Podría besarla allí, en aquel preciso instante, pero, aunque lo hiciera sabía que no habría un futuro para ellos cuando al día siguiente regresaran a casa. Y había llegado un momento en su vida en el que no le servía un fin de semana loco con ella en Ibiza. Le gustaba desde la universidad y seguía sintiendo algo por ella. Tal vez se hubiera vuelto a enamorar de ella; o tal vez nunca había dejado de estarlo en todos estos años.

Sandra iba en silencio con la mirada fija a lo lejos. Sus pies se hundían en la arena mojada, y el agua lamía sus tobillos. Se dejaba envolver por la música que sonaba a un volumen bastante comedido. En un par de ocasiones miró a Max, pero este no decía nada. Era como si todo entre ellos hubiera quedado dicho por el momento porque era consciente de que la conversación no había terminado, ni mucho menos. Cogió aire pensando en lo que podría dar de sí esa noche durante la fiesta de compromiso en la casa de Charlie. ¿Qué haría si surgía una situación como la de la pasada noche en el balcón? ¿O cómo la de hacía un rato en el agua? Los dos frente a frente. Mirándose a los ojos mientras el deseo por besar al otro era latente, urgente y hasta casi necesario.

Rachel daba las oportunas instrucciones a la gente del catering, que daría esa noche con motivo de la fiesta, mientras Charlie hablaba por el móvil con el encargado de la música. Había conseguido que un dj de los que solían acudir a la isla en verano estuviera esa noche en la villa. Observaba a Rachel ir de un lado a otro para dejar claro dónde quería que se sirviera cada cosa. Se habían distribuido varias mesas alrededor de la entrada y algunas más junto a la piscina. Allí también se estaba instalando la mesa de mezclas para la música. Todo parecía ir con tiempo suficiente para que nada faltara. El padre de Charlie conversaba con el de Rachel. Mientras, los chicos organizaban todo a su gusto.

—¿Habéis avisado a todos vuestros amigos para que sepan la hora a la que tienen que venir? —le preguntó a Rachel su madre.

—He mandado varios wasaps a los grupos de mis amigas. Y supongo que Charlie hará o

habrá hecho lo mismo.

—Sin duda que va a ser una fiesta de compromiso muy sonada. ¿Qué opinas de las guirnaldas? Ha sido una buena idea ¿no?

Habían desplegado una decena de estas por la entrada de la casa, así como farolillos y demás adornos por la zona de la piscina.

—Me recuerda a la película Mamma Mía. La fiesta que celebran con motivo de la boda de la hija de Meryl Streep —le comentó Luisa, la madre de Charlie, con gesto emocionado mirando a Rachel.

—Sí. La verdad es que la cosa promete. Confiemos en que la gente se lo pase bien. Les he pedido que vengan con ropa de baño porque sé lo que pasa cuando llega la madrugada y van cargados de bebida. Algunos se lanzan a la piscina.

—Hija, eso es algo de lo más normal en una fiesta así —le aseguró su madre.

—Por eso mismo lo he dejado claro. No obstante, hay bikinis y bañadores de sobra en casa por si a alguien se le olvida —apuntó la madre de Charlie—. Claro que, con el calor que hace, alguno es capaz de darse un chapuzón sin importarle la ropa —siguió comentando su madre con una mirada y una sonrisa muy significativas.

Charlie apareció junto a las tres mujeres con una sonrisa de satisfacción.

—Todo solucionado con la música. Vendrá a las ocho para ir probando. ¿Qué tal la decoración? —se giró en redondo para comprobar cómo marchaba y asintió complacido—. Habéis hecho un buen trabajo aquí.

—Eso pensamos —asintió Rachel—. Por cierto ¿has avisado a la gente para que esté aquí a la hora?

—Eh, sí más o menos. Pero vamos, anoche ya quedó acordado todo, ¿no? Y si alguien no se acuerda, no te preocupes que seguro que llama o envía un wasap para preguntarlo.

—Por cierto, quería comentarte algo que anoche se me pasó.

—¿Tú dirás?

—No es nada importante, es más bien una curiosidad. ¿Tú sabías que tu amigo Max estaba saliendo con Sandra?

Charlie frunció los labios y sacudió la cabeza.

—No. No tenía ni idea. Es más, como viste anoche, llevábamos muchos años sin saber uno del otro.

—Ya.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Es que me ha sorprendido tanto volver a verlos juntos —puso los ojos como platos al decirlo.

—A mí no, si te digo la verdad.

—Pero acabas de decirme que no lo sabías.

—Max y yo éramos vecinos y grandes amigos. Nos contábamos todo y sabía que había una chica que le gustaba cuando íbamos a la universidad. Pero no era de nuestra clase, ni tan siquiera de nuestra carrera. Luego, tuve que irme a Valencia cuando trasladaron a mi padre por trabajo y la cosa quedó ahí. Sin saber quién era ella. Lo que sí recuerdo es que me comentase que era la hermana mayor de una compañera suya.

—Sí. Eso es cierto. Siempre decíamos que Lena era su cómplice.

—Sí, eso es... Lena se llamaba. Se llevaba muy bien con ella. Incluso llegué a pensar que acabaría saliendo con esta por la complicidad que había entre ellos. Pero mira tú por dónde...

—Sí, era más bien Sandra la que le interesaba. No deja de ser curioso que después de que

lo dejaran en aquellos años universitarios, hayan vuelto.

—¿Cómo que lo dejaron?

—Comenzaron a salir en serio cuando estábamos en tercero de carrera. A Sandra le concedieron una beca para Alemania y se marchó.

—¿Dejaron la relación?

—Exacto. Max se quedó hecho polvo y al año siguiente fue él quien se largó a Inglaterra.

—Eso sí lo sabía porque por entonces manteníamos algo de contacto. Y con el paso de los años, han vuelto a estar juntos...

—Desde que me marché a París también perdí el contacto con mis amigas. No tenía ni idea que salía con Max. Lo curioso es que no me dijera que era él cuando la llamé para comentarle lo de la fiesta de compromiso.

—Se olvidaría.

—Ya... La verdad es que siempre hicieron muy buena pareja. No me extraña nada que hayan vuelto con el tiempo. Anoche me fijé en la manera en la que él la agarraba, la miraba y demás. Creo que él sigue igual de colado por ella que cuando estábamos en la facultad. Y eso que ella fue la que se largó dejándolo.

—Pero, mira tú por donde nosotros también nos hemos encontrado con el paso del tiempo. Y ya te digo que pudimos haberlo hecho en los años de la universidad. Y, sin embargo, no empezamos a tener una relación más cercana hasta que coincidimos en París. En fin, sigamos con lo de esta noche.

—Sí, sigamos.

Rachel no dejaba de pensar en lo curiosa que era la vida o el propio destino de las personas. Podías estar cerca de tu alma gemela y no darte cuenta hasta años más tarde, cuando volvías a coincidir, y entonces, surgía la chispa, la conexión entre ambos. Y todo cambiaba de repente como con Charlie y ella.

Sandra se daba una ducha y se cambiaba, mientras Max preparaba la comida. No charlaron mucho durante esta. Era como si no tuvieran más que decir por el momento. Y cuando terminaron de recoger, ella se fue a la habitación a recostarse. El agua y el sol parecían haberla agotado a pesar de haberse levantado tarde. O tal vez la tensión que surgía cada vez que estaban juntos. También lo hacía porque era consciente de que tendría que aguantar hasta altas horas de la madrugada. De manera que se dejó caer en la cama de manera literal, sin taparse. Tampoco le preocupaba que Max pudiera asomarse desde la puerta y la viese. No podía estar a la defensiva a cada momento. Pensó en Lena, y en que no volvería a hacerle caso, se dijo segura de sí misma antes de cerrar los ojos y quedarse dormida.

La música procedente de la playa sonaba más alta que por la mañana. Se movió en la cama y extendió el brazo para coger el móvil. Se había quedado dormida a la vista de la hora que era. Tenía tiempo hasta que salieran para la fiesta de Rachel. Se levantó para ver qué hacía él. Si estaba dormido en el sofá, como lo encontró al levantarse para beber agua. O en el balcón, la cual parecía haberse convertido en su sitio favorito del apartamento.

Max se distraía viendo pasar a la gente camino de la playa, donde la fiesta había comenzado a estar en apogeo. Se reunían en torno a los dos locales que a esa hora estaban abiertos, y que llamaban la atención con la música. También por las gogó, que bailaban sobre plataformas. Sin embargo, había muchos sentados o recostados en las tumbonas con sus propias bebidas disfrutando su particular fiesta. Lo único que necesitaban era el ambiente y la música.

—Menudo sarao se monta por las tardes.

—Es algo habitual. Una especie de tradición. Mucha gente baja a estas horas a tomar algo o simplemente a bailar —No volvió el rostro para mirarla, sino que le habló sin apartar su atención de la playa. Luego echó un trago a su café con hielo.

—Es increíble la cantidad de gente que puede reunirse.

—Si te apetece bajar un rato. Podemos tomarnos algo y mezclarnos con la gente. Para que veas y sientas el ambiente de cerca. Si no te agobian las multitudes ni aborreces la música.

—Vale. No tengo problema.

Max asintió se volvió hacia el interior del apartamento.

—No hace falta que te arregles. Estás bien así.

Sandra sonrió con ironía. Llevaba la parte superior del bikini y unos shorts vaqueros algo desgastados.

—Me consta.

—Pues andando —dejó el vaso de café en la mesa y caminó al interior del apartamento.

Bajaron a la playa con lo puesto. El calor a esas horas era todavía considerable. Sandra sentía que el sol no solo le calentaba la piel, sino que incluso se la quemaba. Por suerte, el paseo hasta la playa era corto. A medida que se acercaban a lugar en cuestión la música le impedía hablar en un tono normal. Sandra se agarró de la mano que él le tendía para no perderse entre la multitud de gente que había. Una vez metidos en el epicentro de la fiesta ella se fijó en cómo la gente charlaba acercándose al máximo para que el otro lo escuchara, bebía, bailaba, fumaba... Era una fiesta en la playa en toda regla. La gente estaba sobre las toallas, la arena o las tumbonas. Casi todos con un vaso, una lata de cerveza o una botella.

—¿Qué quieres beber? —Max se acercó para preguntárselo al oído porque el barullo era considerable.

—Cerveza. Pero... —no le dio tiempo a decirle más porque él ya se había hecho sitio en la barra. Sandra se encontró en mitad de la gente que bailaba, iba de un lado a otro, o se quedaba contemplándola. Alguno le sonrió e incluso la saludó como si la conociera. Otros le dieron un buen repaso con la mirada. Ella le devolvió la sonrisa para no ser desagradable y se centró en la gogó que se movía al son de la música. Llevaba un bañador con un pronunciado escote y que dejaba al aire su trasero cuando se giraba. Sobre la otra bailaba un chico que parecía que acabara de salir del gimnasio. Se movía despacio, controlando sus movimientos. La luz del sol caía sobre su cuerpo resaltando sus músculos.

Max regresó junto a Sandra y le tendió una botella. Luego entrechocó la suya con esta.

—Salud.

—Sí, salud.

Echaron un trago al mismo tiempo y Max se la quedó mirando.

—Puedes bailar si te apetece. E incluso subirte en una de las tarimas si eres atrevida. Seguro que muchos y muchas te jalearán.

—No creo que me dé por eso.

—Prometo no contarle. Lo que suceda en Ibiza se queda en Ibiza, ya lo sabes —se quedó tan cerca de su rostro cuando se aproximó para hablarle, que cuando se apartó no pudo evitar mirarla a los ojos. Permaneció unos segundos contemplando su reflejo en estos al mismo tiempo que se veía obligado a coger aire.

Sandra volvió a sentir ese cosquilleo tan peculiar, que solo aparecía cuando Max estaba tan cerca como en ese momento. La música y el ambiente la envolvieron sin que prestara atención a nada que fuera el rostro de Max. Sus labios a escasos centímetros de los de ella, su mano sobre su cadera cuando alguien que pasaba por allí la empujó hacia él.

—Disculpa.

Sandra no prestó atención a la disculpa porque sentía el aliento de Max en su rostro. Entreabrió sus labios por los nervios que sentía. Necesitaba aire de manera urgente, en ese momento en que su cuerpo se encontraba pegado al de Max. Su brazo sujetándola por la cadera mientras ella apoyada el suyo en su hombro. Percibía el deseo de él por besarla, pero también por ser ella la que lo hiciera. No podía seguir con aquella tensión sexual que había entre ambos. ¿Por qué no se rendía a la evidencia de una maldita vez? Al final le acabaría dando algo. Lo que sucediera en Ibiza, se quedaba en Ibiza, se repitió recordando las palabras de él.

Max se mantuvo sereno pese al momento, antes de comenzar a acercarse de una manera gradual sus labios a los de ella. Despacio, controlando las emociones de ambos. Tuvo la sensación de que Sandra se apretaba más contra él, mientras se mordía el labio de manera seductora. No lo pensó más y se apoderó de este controlando su urgencia por besarla. No iba a dejar pasar esa oportunidad como esa mañana en el mar. Ya podían chapuzarlos, o tirarles una cerveza por encima que él no iba a echarse atrás. La besaría o sería un completo idiota por dejar escapar una nueva oportunidad de hacerlo. La ventaja que tenía esta vez era, que ella parecía dispuesta a aceptarlo.

Sandra cerró los ojos cuando sintió el primer roce de los labios de Max. El abrazo seguro por su parte pegándola a su cuerpo; como si pretendiese que ambos se fundieran en un solo cuerpo. Max dejó su botellín en una mesa alta y enmarcó el rostro de Sandra para profundizar el beso, para sentir la calidez de su boca, el deseo apoderándose de su cuerpo. Y para comprender cuánto la había echado de menos estos años.

Se aferró a la espalda de él cuando sintió el empuje del beso, sus pulgares acariciándole las mejillas y por un instante pensó que las piernas le fallarían y se caería redonda. Se entregó en el beso, en las caricias y en lo que sentía. Se olvidó de todo lo demás excepto de disfrutar del instante. Sí. Era cierto. Lo que sintió por Max en su día parecía haber vuelto. O tal vez nunca se marchó, sino que estuvo dormido o agazapado dentro de ella esperando el momento idóneo para resurgir.

Él se quedó mirándola con aquella mezcla de expectación, deseo y ternura.

—Lo siento, pero no he podido resistirme.

A Sandra le sorprendió aquel comentario. Ambos eran conscientes de lo que había entre ellos. Y que habían tratado de ocultarlo o de no hacer caso porque temían lo que ello podía desencadenar. Habían acudido allí por la fiesta de compromiso de Rachel fingiendo ser pareja de cara al resto. Pero, la realidad parecía ser muy distinta a la que ellos querían mostrar a los demás.

—¿Por qué? Era algo que se veía venir que sucedería tarde o temprano. Casi nos besamos esta mañana en el mar...

—Cierto. Pero... —dejó de hablar cuando ella puso un dedo sobre sus labios.

—No insistas. Lo que suceda aquí, se queda aquí. Déjalo estar.

—Vaya. No sabía que lo tuvieran tan claro. De haber sabido que ibas a tomártelo así, te habría besado ayer noche cuando apareciste en el balcón.

Ella sintió el calor en el rostro. No olvidaría ese momento. Era imposible hacerlo. Le habría gustado que lo hubiera hecho pese a que podía presumir lo que habría sucedido después.

—¿Cómo querías que me lo tomara? ¿No estarías esperando a que te partiera la cara o a que te diera un rodillazo en la entrepierna? —elevó sus cejas formando un arco de clara expectación.

—Sé que no llegarías a esos extremos, pero si podrías apartarme con la mano. O echarte atrás.

—Pues ya ves que no ha sido así. No hemos hecho nada reprochable. Ambos somos adultos, libres y podemos hacer lo que nos apetezca dentro de unos límites, claro. Pero no me ha molestado que me beses, Max.

Este tenía la sensación de haberse liberado de una carga que llevaba arrastrando desde que le propuso ser su pareja e ir a Ibiza. Inspiró hondo y sonrió.

—En eso estoy de acuerdo. No hemos hecho nada malo.

Ella asintió convencida de que no iba a suceder nada por haberse besado. Todo se acabaría en dos días. Volverían a sus respectivas vidas y quedarían como amigos. Estaba convencida de que al final el tiempo volvería a distanciarlos, sus trabajos, sus compromisos con amigos y familiares. Todo encajaría como las piezas de un puzzle. Ella se volvería a sumergir en sus historias para hacer soñar a las lectoras, y él a su negocio de restauración. Echó un trago a su botellín de cerveza para refrescarse por dentro, y acabar con la sequedad que sentía una vez que el beso hubo terminado.

El pitido y la vibración de su móvil hicieron que ella reaccionara. Seguía perdida en la mirada de Max.

—Es un mensaje de Rachel para decirnos a qué hora tenemos que ir.

—Tenemos que hablar con Bea para ir. Ella conoce la isla.

Sandra escribió algo y devolvió el móvil al bolsillo trasero de sus shorts. Le dedicó una sonrisa a Max antes de apurar su botellín.

—¿Te parece bien que nos marchemos o prefirieres estas algo más de tiempo?

—Cuando quieras.

No quería pensar en lo que sucedería después de aquella noche. Si aquello hubiera sido una de sus historias estaba claro que al final ellos dos acabarían juntos. Pero no lo era, y esa era la diferencia entre la realidad y la ficción. En esta última, ella controlaba a su antojo el devenir de los acontecimientos en función de la trama. Pero no podría hacerlo con la realidad.

Max le rozó la mano haciendo que ella volviera el rostro y le sonriera. No tenía muy claro qué era lo que estaba haciendo. No habían hablado sobre qué significaba ese beso salvo que los dos parecían tener claro que acabaría sucediendo. Tal vez no fuera el momento de aclararlo. Ni tampoco sabía lo que depararía esa noche. Solo le quedaba esperar.

Capítulo doce

Sandra entró en el apartamento con una sensación muy diferente a la que tenía cuando salió de este. Se detuvo en el salón para dejar el móvil sobre la mesa y mirar a Max.

—Tenemos que estar a las nueve en casa de los padres de Charlie. Voy a enviarle un wasap a Bea, a ver a qué hora quiere que quedemos.

Necesitaba enfriar el ambiente o acabarían sobre la cama despojándose de la poca ropa que llevaban. Se le había pasado por la cabeza de camino al apartamento. Acostarse podría derivar en otras sensaciones y sentimientos de los que ella no estaba convencida. Le gustaba Max. Lo había constatado la noche en la que Lena y ella aparecieron en su restaurante. Volverlo a ver había sido como retomar algo que había quedado a medias. Pero, no se había preparado para lo que estaba viviendo. No quería arriesgarse a dejarse llevar esa noche, y al día siguiente descubrir que lo seguía queriendo.

—Sería conveniente saber de cuánto tiempo disponemos.

Sandra levantó la atención de la pantalla de su móvil y se quedó mirando a Max con curiosidad. Sintió un ligero escalofrío que erizó su piel.

—¿Para qué?

Él sonrió al fijarse en aquella mirada de desconcierto, en cómo su ceja se elevaba en clara señal de suspicacia. ¿Qué estaría pensando en ese momento?

—Para darnos una ducha y arreglarnos. Son más de las siete.

Ella pareció relajarse al escuchar su explicación. Por un momento se le pasó por la cabeza que se refería a otra cosa bien distinta. Pero no parecía que la intención de Max fuera el sexo con ella, por el momento.

—En ese caso, puedes ducharte mientras hablo con Bea.

—De acuerdo.

Sandra permaneció allí en el sitio mientras Max desaparecía en el interior del cuarto de baño. Resopló y sintió una bofetada de calor que la obligó a salir al balcón donde apostaba que se estaría mejor. Una vez que concretó la hora con Bea se sentó en una de las sillas y trató de relajarse.

Max se metió debajo del agua tratando de dejar la mente en blanco. No intentaría volverla a besar por muchas ganas que sintiera esa noche. No hasta que la situación entre ellos no estuviera clara.

Sandra permanecía sentada en una silla del balcón chateando con Bea a través del móvil. Levantó la mirada de la pantalla cuando escuchó abrirse la puerta del cuarto de baño. Pero no estaba preparada para verlo aparecer con la toalla sujeta a la cintura.

—Todo tuyo.

Ella cogió aire y lo retuvo en el interior mientras él permanecía allí de pie delante. Se mordió el labio sin saber qué diablos decir. No había duda que el beso le había afectado porque no podía dejar de pensar en lo que haría si a él se le aflojara la toalla por casualidad.

—Sí, vale. Voy. Estaba hablando con Bea por WhatsApp y me ha dicho que en media hora pasará por aquí.

—En ese caso date prisa.

—No te preocupes. Si la conozco bien, llegará tarde —le aseguró guiñándole un ojo.

—Voy a vestirme —Max se volvió al interior antes de que su deseo por ella resultara

evidente. No estaba en condiciones de entablar una conversación con ella tan cerca, y con tan poca ropa por parte de los dos.

Sandra se asomó al interior y no dejó de mirarlo hasta que desapareció en la habitación. Pero para su sorpresa él no se dio cuenta de cerrar la puerta, y ella tuvo una imagen nítida de su trasero. Resopló, cerró los ojos y volvió a centrarse en el móvil. Sería mejor que se duchara. Pero con agua bien fría, si no quería acabar sucumbiendo al deseo que latía por todo su cuerpo.

Cuando Max la vio salir de la habitación con aquel vestido tan fino y que dejaba tan poco a la imaginación, se convenció de si sería una buena idea quedarse en el apartamento. Porque si iba a pasar la noche en compañía de ella, le iba a resultar muy complicado dejar de mirarla. Sería sin duda todo un reclamo. Se había recogido el pelo salvo por un par de mechones que caían a ambos lados de su rostro. Su mirada parecía más intensa con el perfilador que se había aplicado y sus labios rojos, eran una tentación en la que deseaba caer una y otra vez.

La tela se ajustaba a su cuerpo de manera perfecta remarcando las curvas allí dónde era necesario. Y al volverse para abrir la puerta cuando sonó el timbre, Max se quedó sin respiración al ver la espalda al descubierto. No llevaba sujetador lo que sin duda captaría la atención de los demás hombres que asistieran. Pensar en esto sacudió su cuerpo. No entraba en sus planes que ella pudiera provocarle tan diversos y encontrados sentimientos. Deseo y celos al mismo tiempo.

—¿Estás monísima! —le dijo Bea nada más verla—. Imagino que llevarás un bikini.

—En el bolsito.

—Ya me imagino porque con ese vestido...

— ¿Qué le pasa? —Sabía a qué se estaba refiriendo porque se lo había puesto con toda intención para esa noche. No pensó en llevarlo cuando estuvo haciendo la maleta en su casa porque sabía que llamaba la atención y eso era lo que no quería hacer con Max. Pero después de darle vueltas se dijo que sería de las pocas ocasiones en las que podría ponérselo. De lo contrario, ¿por qué se lo compró en su día? Era ideal para una fiesta en Ibiza como a la que iban. Sin pensar en que podían quedarse mirándola, incluido Max que ya lo había hecho cuando la vio salir de la habitación. Sin duda que le seguía afectando verlo cohibido en ciertas ocasiones. Ese rasgo de indefensión le atraía de manera irremediable.

—Que es ideal.

—Pues tú tampoco vas nada mal —se fijó en el que ella llevaba puesto y que no desmerecía en nada al de ella.

—Te lo agradezco. ¿Estás listo, Max? —preguntó fijándose en la cara de circunstancia que tenía. No le extrañaba nada según iba vestida Sandra.

—Cuando quieras.

—En ese caso... Tengo el coche aparcado en la calle.

Max dejó que las dos chicas salieran. Su mirada recorría el cuerpo de Sandra desde todos los ángulos posibles. Si esa noche lograba irse a la cama sin tocarla, podría decirse que habría superado la prueba. El beso no contaba, se dijo con total seguridad.

—¿Tienes la dirección de la villa de los padres de Charlie?

—Sí. Rachel me la pasó. Está en una cala. No tardaremos mucho en llegar ya que la isla es pequeña, como podéis imaginar.

Max subió a la parte trasera del coche. Prefería viajar solo a tener a Sandra sentada junto a él. Por eso no le había dado opción y la había poco menos que obligado a que se sentara al lado de Bea. De ese modo el viaje le permitiría ir viendo el paisaje.

—¿Qué vas a hacer esta noche? Me refiero a que si bebes no podrás conducir.

—No bebo. No os preocupéis. Os traeré sanos y salvos.

—¿No bebes?

—No. Cuando salgo de fiesta y cojo el coche como esta noche, no pruebo ni una gota. Así que vosotros tranquilos. Bueno, salvo que penséis quedaros a dormir en la villa. Rachel me aseguró que hay siete habitaciones.

—Me imagino que sus padres y ellos mismo ocuparán una cada uno. Eso deja cinco.

—Sí, pero son cinco habitaciones. Y luego tienes las camas de la piscina que vista la temperatura que hace... No sé qué decirte. Si dormir en una habitación o al aire libre, la verdad,

—¿Y tu chico?

—¿Quién?

—El que estaba contigo anoche.

—Oscar es solo un amigo. No hay nada entre nosotros. Lo invité a ir por si quería —le confesó restando importancia a ese hecho.

—Entonces, ¿no es tu pareja?

—No. No tengo. Desde que mi hermano se marchó con Mar a Glasgow y yo me hice cargo de la gestión del bloque de apartamentos, apenas si tengo tiempo libre. Luego está la inmobiliaria de la que se encarga mi padre. Y cuando pasa el verano que es cuando la cosa afloja, no me quedan ganas de buscarme una pareja, si te soy sincera.

Sandra se quedó cortada al escucharla. Tanto preocuparse por no tener una pareja con quién ir a la fiesta de Rachel, y resultaba que Bea estaba soltera y sin ningún tipo de compromiso.

—Bueno, pues por aquí es —dijo conduciendo por una especie de zona residencial hasta dar con la casa.

Un edificio de corte minimalista de color blanco y con anchos cristales rodeado de vegetación, se extendía ante ellos. La tarde comenzaba a caer, pero el calor seguía siendo sofocante pese a todo. Se bajaron del coche y caminaron hacia la entrada por un camino de piedras pequeñas que llegaba hasta la misma puerta. Esta estaba precedida por dos tramos de escaleras. A la izquierda se extendía parte de la villa y a la derecha comenzaba otro camino de piedras y vegetación que se adentraba hacia el interior de la propiedad. Las luces de color azul claro y rosa iluminaban la fachada junto con el sonido de la música, que se elevaba por encima de la villa, le daban la apariencia de un club de copas de los muchos que había en la isla.

Los tres se quedaron con la boca abierta en la puerta, observando todo a su alrededor.

—Creo que deberíamos llamar —sugirió Max observando a las dos chicas impactadas por el lugar, el cual seguían mirando.

—Pues si por fuera es espectacular, no quiero imaginarme cómo lo será por dentro —comentó Bea tocando el timbre.

—Dale un par de timbrazos ya que dudo que nos oigan con la música —comentó Sandra.

Pero para sorpresa de los tres la puerta no tardó en abrirse y una exultante Rachel apareció en el umbral con un vestido de hilo en color blanco.

—Vamos, ¿qué hacéis ahí? Pasad.

Los fue abrazando y besando según entraban.

—Estás de infarto, chica —le susurró a Sandra al ver el modelo que llevaba puesto.

—No es para tanto —le aseguró rodando sus ojos—. La que sí es una pasada es esta casa.

—¿Os gusta? Pues esperad a ver la zona de la piscina junto la del chill out. Mira aquí viene Charlie.

—¿Qué tal estáis? —preguntó saludando a cada uno y de una manera más efusiva a Max. A este le dio un fuerte abrazo—. Me alegro tenerte aquí, amigo.

—No podía perderme tu fiesta de despedida de soltero después de saber que era tú el novio.

—Espero que lo pases bien. Ven que te enseñe la villa y de paso te tomas algo. A ellas déjalas a su aire —Charlie hizo un gesto con el mentón hacia las tres chicas—. Ya verás quién ha venido.

Max no dijo nada y se dejó arrastrar hasta la zona donde estaba la piscina y las camas para recostarte.

—Esta es la piscina que como puedes comprobar te da para hacer unos largos. Y aquí las camas para tumbarse al fresquito mientras tomas algo.

—¿Has dormido alguna noche aquí fuera?

—Alguna vez sí. Cuando el calor es insoportable. Oye, si te animas y te da pereza volver al apartamento aquí tenéis sitio para quedaros.

A estas camas se había referido Bea cuando venían en el coche. La verdad es que vistas en ese momento podía apostar que, si llegaba el caso, no vacilaría en quedarse dormido en una de estas. Había palmeras y al fondo se veía más vegetación y la parte de sierra de la isla. Había pufs de color oscuro diseminados a lo largo de la piscina, y por toda la casa. Las puertas para acceder al interior estaban abiertas y cualquiera podía fijarse. E incluso la gente iba y venía a su antojo por el lugar.

—Esto es una pasada.

—Arriba hay más. Habitaciones y apartados si buscas cierta intimidad. Ya me entiendes. Ven, que hay alguien que quiere saludarte. Cuando le dije que habías venido no se lo creía.

Max estaba expectante. No sabía que esperar de esa noche, la verdad. Le recordaba un poco a la primera vez que aterrizó en la isla junto a algunos de sus amigos. Solo que esta vez era algo más sofisticado, con más lujo y glamour que entonces.

Charlie y él se acercaron a un grupo de gente que charlaba de manera distendida. Le dio un toque suave en el brazo a uno y se volvió de inmediato.

—Mira. ¿Ves cómo es cierto?

—Coño, macho. ¡Max, cuánto tiempo! —le estrechó la mano con efusividad al verlo.

—Luigi. ¿Qué tal estás?

Los dos se abrazaron con efusividad; de la misma manera que lo hicieron Charlie y él.

—Cuando mi hermano me comentó que estabas aquí en la isla, no me lo creía. ¿Qué Max está aquí en Ibiza? Le pregunté y el tío juraba y juraba que no me estaba vacilando. Ya sabes cómo es... ¡Ostia, pero es cierto! Estás aquí colega. ¡Cuánto tiempo! Lo último que sabía era que te marchaste a Inglaterra para hacer un Máster cuando terminaste la carrera. Pensé que a lo mejor te habías quedado allí. Por ese motivo me chocaba que mi hermano te hubiera localizado y no me lo hubiera dicho.

—El tiempo nos ha ido dispersando por ahí. Volví de Inglaterra cuando terminé los estudios de postgrado.

—De no ser por Rachel que invitó a Sandra, él no estaría aquí —intervino Charlie señalándolo.

—¿Sandra? ¿Te refieres a la hermana de Lena? ¿La que decías que te gustaba? —Luigi entrecerró los ojos mirando intrigado a su amigo.

—Sí, esa misma.

—¿No jodas? ¿Estáis juntos?

—Exacto.

Max debería capear el temporal de preguntas en torno a Sandra y él de la mejor manera.

Sabía que en cuanto se corriera la voz, se convertiría en el centro de atención de sus amigos. Y no era para menos después de haber estado juntos durante la universidad.

—Qué pena no haber estado en Madrid para verlo. Siempre me dije que te pegaba más Lena.

—Eso lo pensaron muchos, pero a mí quien me gustaba era su hermana —dijo tratando de poner buena cara porque sabía que la situación con ella era complicada. No estaba al tanto de si Rachel le había contado a Charlie y a Luigi que después lo dejaron cuando al año siguiente ella pidió una beca para irse a Alemania. Por lo pronto, él no diría nada.

—¿No tendrás pensado lo mismo que este? —hizo una señal con el pulgar hacia Charlie.

—Ni lo más mínimo.

—Es decir que lo vuestro es en plan rollo tranquilo. Sin prisas...

—Algo así. ¿Y tú?

—Sigo solo. Sabes que no me va lo de tener una pareja estable.

—Ya te llegará el momento —le aseguró su hermano palmeándolo en el hombro—. Tómate algo Max. ¿Cerveza, vino...?

—Cerveza, está bien.

—¿Y en qué andas metido? —quiso saber Luigi.

—Abrí mi propio restaurante en Madrid.

—¿Lo hiciste? —Luigi abrió los ojos como platos y señaló a Max en el pecho.

—Así es. Me costó unos años, pero lo conseguí.

—¡Qué tío! Me acuerdo cuando decías que preferías trabajar para ti que para otro.

—¿Y tú? Gracias —dijo cogiendo la cerveza que le entregaba Charlie.

—Voy a dar por ahí una vuelta. Os dejo.

—Estoy en una multinacional en Londres. Esta semana me toco volar a Madrid por un tema y ya aproveché para venir a la fiesta de mi hermano.

—¿Qué tal con el Brexit? Llevas años suficientes viendo allí.

—Siete años. Casi soy británico —le aseguró entre risas—. Incluso he tenido varias parejas de allí, como puedes suponer.

—Entonces, ¿ya no piensas regresar a España?

—Lo veo complicado. Solo si me veo sin trabajo. Pero dejemos de hablar de curro y de Brexit y hablemos de ti. ¿Cómo coño has hecho para tener una pareja?

Max bajó la mirada a su vaso de cerveza y sonrió.

—¿Qué querías que hiciera?

—Pues eso quiero que me expliques. Porque de mi hermano me hago de cruces. Si siempre ha sido el ratón de biblioteca que no enteraba de mucho, la verdad. Todavía no sé cómo tiene pareja. Mira que casarse con una de las amigas de Sandra... Pero si estuvo delante de sus marices durante años en el campus, y no le prestó atención.

—Así son las cosas, amigo.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Poco, porque hacía tiempo que no nos veíamos.

—¿Y de la noche a la mañana os volvéis a ver y empezáis a salir? Así, ¿cómo el que no quiere la cosa? —Luigi chasqueó los dedos para ejemplificar lo que le decía.

Max debía recurrir al guion que Sandra y él habían preparado para esos días. Era lo que se le hacía más difícil. Tener que recordarlo porque desde que habían llegado a la isla, él creía que no serviría de nada. Y menos después del beso de esa misma tarde en la playa.

—No creas que fue así de sencillo después del tiempo que hacía que no nos veíamos. Nos

vimos en la calle un día, y comenzamos a quedar para ponernos al día. Y esas cosas. Su hermana y ella comenzaron a ir al restaurante.

—¿Lena? ¿Qué es de ella?

—Está trabajando en Madrid. Redactora en un diario deportivo. No te digo más...

—La traté más bien poco, pero me parecía una tía fabulosa.

—Lo sigue siendo. Está algo loca, pero es buena gente.

—Vale, ¿y Sandra? ¿Qué pasó con ella?

—Lo que te comentaba. Nos encontramos, nos pusimos al día y de la manera más tonta e inverosímil comenzamos a vernos de manera más asidua. ¿Sabes que ella lo dejó todo por escribir novelas? —Max prefería cambiar el tema personal. No quería seguir hablando de ellos no fuera a ser que metiera la pata. Y recordar el pasado tampoco le hacía mucha gracia pese a que había pasado el tiempo.

—¿En serio? —Luigi arqueó una ceja con expectación—. Pero, si sacaba unas notas de la ostia. Siempre pensé que acabaría siendo una alta ejecutiva.

—Lo dejó y se puso a escribir. Y al parecer le va bastante bien.

—No lo sabía. Y desde ese día volvisteis a quedar y todo eso ¿no?

—Algo así.

—Lo vuestro sí que es digno de una novela.

Exacto. Eso era lo que le estaba sucediendo a ambos, o al menos a él se dijo Max convencido. No podía evitarla a pesar del pasado. Desvió la mirada hacia la otra parte de la piscina y la vio charlando con sus amigas. Inspiró y agarró con fuerza el vaso en su mano. No podía permitir que saliera de su vida de nuevo.

—¿Es ella? Te lo pregunto porque te has quedado mirándola como las vacas al tren. O tal vez debería decir que babeas por ella. Estás pillado. Y no me extraña lo más mínimo porque es un pedazo de mujer. No tengo un recuerdo nítido de aquellos días. Han pasado quince años, colega...

Max sacudió la cabeza.

<<Pero no está a mi lado>>

—Sin duda. Que todos hemos cambiado.

—Ten cuidado o serás el siguiente después de mi hermano.

Max dejó la mirada suspendida en ella mientras el pulso se le aceleraba. Y pensaba que, si las cosas no cambiaban esa noche, mañana cuando regresaran, todo lo vivido en ese fin de semana, no sería más que un bonito recuerdo.

Sandra percibió la mirada de Max en el momento justo en el que ella desviaba la atención de sus amigas. Lo que percibió le erizó la piel, la dejó sin capacidad de reacción ante la pregunta de Sofía, e incluso pensó que las fuerzas abandonarían su mano y su copa de vino caería al suelo. Y era un chasco mancharlo con el vino, se dijo. Pero es que lo que creía percibir en aquella mirada de él, era algo de lo que había estado huyendo durante estos años. No quería una relación. Estaba bien así. Con su independencia de sentimientos. El amor y las emociones quedaban para los protagonistas de sus novelas, para sus lectoras que soñaban con esas historias. Lo que tuvo con Max en su día fue bueno e intenso, pero se asustó y salió huyendo antes de que él acabara haciéndole daño. Por eso se marchó de su lado. No había vuelto a pensar en esto y en su relación con él hasta que Lena la llevó a su restaurante. Y entonces lo vio y no pudo controlar sus recuerdos.

—Sé de una que en ese momento está babeando por su chico —comentó Rachel con una amplia sonrisa siguiendo la dirección de la mirada de su amiga—. Tranquila que no te lo van a

quitar...

—Estás coladita por Max, ¿eh? Siempre lo estuviste y no logramos comprender por qué lo dejaste —comentó Sofía— Se os veía tan bien juntos. Y vas tú y pides una beca para largarte a Frankfurt. Al menos, podrías haber esperado a ver qué daba de sí la relación entre vosotros.

Los ojos de Sandra se empañaron con los recuerdos. Sonrió de mala gana e inspiró para recomponerse. Intentó abstraerse con el sonido de la música, pero Max seguía allí.

—A ver, cuando la solicité tampoco pensé que fueran a dármele. Mis padres insistieron en que me marchara fuera si quería prosperar —les aclaró a las tres.

—Pero, mujer, te pasaste un año entero en Alemania. Dejaste a Max hecho polvo —le recordó Rachel—. Y cuando volviste él se marchó a Irlanda. Pensamos que no queríais volver a veros. O al menos él.

—No. Lo que pasó fue que...—Sandra se mordió el labio pensando en aquellos días cuando supo que él se marchaba de España justo cuando ella regresaba. Como si en verdad estuviera huyendo de ella. Como si no quisiera verla después de todo. Y no le quitaba la razón.

—Lo que importa es que después de todas las idas y venidas, y dimes y diretes volvéis a estar juntos, ¿no? —intervino Bea quitando hierro al asunto porque no era plato de buen gusto recordar una ruptura, aunque hubiera sucedido cuando estaban en la universidad.

—Eso es lo que cuenta. ¡Venga a brindar todas! ¡Qué siga la fiesta! —sugirió Rachel alzando su copa para que se unieran sus amigas en el brindis.

Sandra no dijo nada más. Se limitó a brindar y a beber ante la alegría y euforia de sus amigas.

—Necesito comer algo —comentó esta, sabiendo que podría alejarse de sus amigas un momento y dejar el tema de Max.

—Tenéis que probar el servicio de catering y decidme qué os parece —les dijo Rachel a las tres.

—Pues a qué esperamos. Vamos, —dijo Sofía abriendo el camino hacia el catering moviéndose al ritmo de la música.

—Y después a bailar —sugirió Bea caminando con los brazos en alto y dando chillidos de emoción.

capítulo trece

La gente lo estaba pasando bien. El ambiente, la música, la temperatura, todo parecía estar perfecto. Y las horas caían sin que nadie pareciera darse cuenta, y algunos comenzaron a sentarse en la zona junto a la piscina. Otros bailaban en la improvisada pista. Cada uno estaba a lo suyo. Max no pretendía necesitarla porque conocía el final de aquella historia. La había visto charlar, reír, bailar con sus amigas y con varios de los invitados después. Pero claro, por otra parte, debían seguir representando el papel de pareja feliz. Así que tal vez fuese la hora de que ellos dos tuvieran su propio espacio, su momento. La siguió con la mirada, pero entonces ella se detuvo y levantó la suya del suelo. Se volvió y lo encontró apoyado contra una columna escuchando lo que Charlie le contaba. Sabía que debería ir a saludarlo y de ese modo vería a Max.

—Dichosos los ojos, Sandra.

—Siento no haberte saludado antes, pero Rachel y las demás me han monopolizado en todo momento —se excusó ella—. Te felicito por tu boda, por esta fiesta...

—Gracias. Sí, ya sabes cómo es Rachel. Tú mejor que nadie puedes decírmelo.

—La verdad es que hacía mucho tiempo que no nos veíamos y ponernos al día nos llevaría horas y horas.

—Lo supongo. Espero que logres convencer a este de que venga a la boda. Me ha dicho que sí, que sí... Pero a este me lo conozco yo.

Sandra miró a Max con expresión de sorpresa y desconcierto.

—Le he comentado que tengo que ajustar mi negocio a ese fin de semana. Nada más.

—Como no aparezcas prometo poner a parir tu restaurante en las redes sociales. Quedas advertido —le dijo señalándolo con un dedo para que quedara constancia de lo que decía—. Ah, y tu chica está de testigo.

Cada vez que se referían a ella de esa manera, Max sentía que algo en su interior de quebraba. Un pedacito más de su ilusión porque fuese cierto. La miró en busca de apoyo, ella era la que inventaba historias más creíbles que otras.

—No le hagas caso. Aunque tiene mucho trabajo en el restaurante, ya ves que este fin de semana ha conseguido cuadrar horarios y reservas para estar aquí. Hará lo mismo para estar en París. Además, ayer se lo aseguraste a Rachel cuando te lo preguntó —le recordó mirándolo a los ojos para hacerle ver que quería que fuera. Pero no por su amigo solamente, sino por ella también.

—¡Con un par, tío! Se lo prometes a mi futura mujer, y a mí me vienes tocando...

—Te estaba vacilando. ¿Cómo comprendes que no voy a ir?

—De todas formas, no olvides lo que te he dicho de la crítica de tu negocio —le recordó con una sonrisa cínica pasando sus brazos por los hombros de los dos para atraerlos hacia él. Los tres sabían que Charlie no lo haría porque apreciaba a Max. Solo estaba bromeando—. Os dejo un rato a solas, ¿vale? Aprovechadlo.

Los miró a ambos y les guiñó un ojo en señal de complicidad. Durante unos segundos ninguno comentó nada si no que se limitaron a contemplarse hasta que Max quiso una explicación por las palabras de ella.

—¿Por qué le estabas diciendo que no irías a la boda? Es tu mejor amigo. Has venido a su fiesta de compromiso.

—He venido porque tú me lo pediste. Porque temías estar sola aquí esta noche. No sabía que era él el prometido de Rachel. De hecho, Charlie y su hermano, me comentaban antes que no me habían podido localizar para decirme que él se casaba porque no tenía ni idea de dónde estaba. De manera que, si estoy aquí, te repito que es por ti.

—Sí, es cierto. Y ya te he agradecido que vinieras. Pero después de ver que Bea tampoco tiene pareja, pues no habría hecho falta inventar todo eso —le recordó algo molesta por el comentario de él. Sintió un ligero mareo en su interior—. De todas formas, si no quieres estar aquí, puedes irte. O mejor, puedes intentar divertirme sin mí. No somos una pareja.

—Ya sé que no lo somos, pero entonces, ¿cómo explicas lo del beso esta tarde en la playa? Porque tengo muy claro que no estaba durmiendo la siesta, y por lo tanto soñando con ese momento.

—Fue un momento excepcional. Algo que no tengo intención de repetir.

Max se limitó a sonreír con sorna. Intentaba abstraerse del tema y de ella centrándose en la música que sonaba. Percibió que ella parecía querer alejarse de él. Extendió el brazo dejando su mano sobre su cadera sin que ella se apartara ni un centímetro. Ni le retirara la mano. Le sorprendió la calidez que le transmitía a través de la tela del vestido. En ese momento maldijo su elección. Él presionó más su mano sobre ella cortándole la respiración.

—Es una lástima que no tengas la intención de repetirlo. —le confesó acercándose más a ella porque el volumen de la música le obligaba a hacerlo si quería que ella lo escuchara. Pero también porque sentía la urgente necesidad de tocarla, de sentir su cuerpo pegado al de él.

Sandra acusó la caricia de aquellas palabras. Cerró los ojos y suspiró sin poder remediarlo. El aliento de Max se esparció sobre su cuello y su hombro acelerando sus pulsaciones de manera irreversible. No podía hacer nada por controlarlas. Inclino un poco su cabeza hacia la de él, cuando Max presionó sus labios de manera delicada, firme y reveladora sobre la piel de ella. Escuchó el suspiro que escapó entre sus labios. Sintió el roce de su pelo en su rostro, su mejilla contra de él. Deslizó el otro brazo por la cintura de ella acrecentando las sensaciones en ella.

—¿Qué vamos a hacer con esto, Sandra? No puedes negar lo que hay entre nosotros.

Ella lo miró y se dijo que no era el momento de hacer promesas de futuro. No cuando ella se sentía entregada. La caricia de él la incitaba a volverlo a besar como esa tarde en la playa. Perderse en aquella locura a la que había arrastrado a ambos.

—Eh, vamos, dejadlo para luego, chicos. Vamos a bailar —la voz de Sofía y la mano de esta agarrándola de brazo hicieron que Sandra se apartara de Max por la fuerza.

—Pero... —se vio arrastrada por sus amigas sin que ella pudiera oponerse. Lanzó una última mirada a Max, que se había quedado en el sitio contemplándola mientras ella se alejaba. En parte agradecía que Sofía, Bea y algunas chicas más la hubieran sacado de aquella situación tan comprometida. Aunque tampoco le habría importado quedarse para saber qué pretendía Max.

Este se limitó a sonreír divertido al verlas bailar. Estaba bien que Sandra se divirtiera. Que se dejara llevar y disfrutara de esa noche. Al fin y al cabo, para eso estaban allí. Se volvió hacia la barra para pedir algo de beber mientras la música parecía tomarse un respiro con un tono algo más bajo y comedido, que solo servía para volver a retumbar con mayor fuerza. ¿Qué iban hacer con lo que ambos sentían? Y él no estaba dispuesto a aceptar una explicación a medias. Nada del estilo de, que se trataba de un fin de semana en Ibiza, ni de que era por la fiesta de compromiso de sus amigos. No. Lo que había entre ellos era algo más que un deseo de fin de semana. De dejarse llevar por el ambiente, las situaciones.

Las chicas reían y bailaban ajenas a lo que sucedía a su alrededor.

—Se os ve muy pillados —le comentó Sofía a Sandra acercándose a esta.

El comentario la cogió desprevenida. No había caído en que la gente se podía fijar en ellos dos. Y justo en ese preciso instante, en el que ella estaba sucumbiendo una vez más a lo que él le provocaba con un solo roce. Pero era tan real...

—¿Por qué lo dices?

—¡Chica! Estabais a puntito de caramelo cuando hemos ido a por ti. No me digas que no. Sentimos haberos interrumpido, pero ya tendréis tiempo luego para seguir —le comentó Bea con una sonrisa llena de picardía moviendo su cabeza hacia un lado y el otro, poseída por la música.

—No os preocupéis por habernos interrumpido —Sandra le restó importancia y a punto estuvo de confesarles que hasta casi lo agradecía porque Max la había colocado en una situación bastante comprometedora.

—Sin duda que ha sido toda una sorpresa verte con él después del tiempo, pero... —Sofía se encogió de hombros dando a entender que todo era posible.

Sandra se limitó a mover sus cejas y abrir los ojos sin saber qué decir. Y decidió seguir bailando hasta que el sonido de algo o alguien cayendo al agua captó su atención. Al parecer alguien no había podido esperar por más tiempo antes de darse un chapuzón. Los vítores y aplausos no tardaron en dejarse escuchar mientras algunos invitados más imitaban a ese primer atrevido.

—¡Chicas! No sé vosotras, pero yo me voy a dar un baño —anunció Rachel—. La que quiera puede seguirme. Por cierto, ¿necesitáis bikinis? Bueno, por lo que veo, tú necesitarías la parte de arriba, salvo que no vayas a lanzarte al agua, o que no importe que se te transparente todo —dijo fijando su atención en Sandra con picardía.

—Lo tengo en el bolso. Es cuestión de ponérmelo en un minuto.

—Vale puedes hacerlo en uno de los baños, si quieres. Y las demás, lo dicho. La que quiera... —Rachel señaló la piscina con ambas manos donde la gente se dedicaba a moverse como si estuvieran en una clase de aquagym.

Max contemplaba a la gente en la piscina, pero sobre todo no perdía de vista a Sandra. Esta regresó a su lado.

—Voy a cambiarme.

—¿Piensas lanzarte a la piscina? —la sorpresa de él la animó más si cabía.

—¿Tú no? —le lanzó una mirada que le pareció toda una invitación a hacerlo—. Voy a ponerme el bikini.

Max no supo cómo interpretar sus palabras, pero la mirada de ella por encima de su hombro lo desconcertó. Resopló y justo cuando iba a salir tras ella, Luigi le pasó el brazo por los hombros.

—¿Estás pensando en lanzarte al agua amigo?

—No sabría qué decirte.

—Pues procura decidirte de prisa o cuando vayas a hacerlo lo demás habrán salido de la piscina.

—Tú por lo que veo no tienes mucho interés —le aseguró viendo que seguía vestido, con las manos en los bolsillos del pantalón y un gesto de tenerlo claro.

—No lo creo. Pero si yo fuera tú... —le palmeó en la espalda para que se fijara en Sandra que salía del interior de la casa en bikini.

Max tensó el cuerpo al verla. Ya la había visto así esa mañana en la playa y esa tarde, de manera que no entendía a qué venía esa sensación. La siguió con la mirada hasta que se sumergió en el agua y emergió a los pocos segundos.

—Sigo diciendo que tienes suerte de que ella esté a tu lado.

—Ya.

—Charlie me comentaba que os ve muy bien, juntos, quería decir.

Max frunció el ceño y sonrió tratando de hacerle ver a Luigi que así era. Claro que hacían buena pareja, y que les podía ir bien y todo eso. Y que él estaba más que dispuesto a recuperar lo que tuvieron en su día. Pero... No se trataba solo de él. Sandra tendría algo que decir y, o mucho se equivocaba o conocía de ante mano su respuesta. La observó meterse de lleno en la fiesta que se había organizado en la piscina mientras la música parecía alcanzar un nuevo volumen. La ventaja de aquella villa, algo apartada del resto de casas, era que no molestaban a nadie. Sin duda que aquella situación le estaba recordando a la primera vez que viajó a la isla. A una de las noches que entraron en un club de esos que tenían piscina en el centro para que los clientes hicieran lo que estaban haciendo lo amigos de Charlie y Rachel. Bailaban, saltaban y se chapuzaban.

—Se lo pasan de muerte ¿eh tío?

Max se volvió para ver a quién pertenecía aquella voz. No era la de Luigi, ya que este había desaparecido de la misma manera que surgió a su lado.

—Sí, creo que es la hora de darse un chapuzón.

—¿Tú no te animas? Mira que hay tías buenas dentro del agua...

Max cogió aire y sonrió.

—Sí.

—Sin ir más lejos está de aquí cerca.

—¿Cuál?

—La del bikini rojo, que tengo la impresión de que en cualquier momento se le van a escapar como siga dando esos saltos —comentó sonriendo, sin quitar la mirada de Sandra.

—¿Te refieres a Sandra? —le preguntó con un tono entre la ironía y la sorpresa.

—¿La conoces?

—Hemos venido juntos.

—Pues... disculpa si te ha molestado lo que he dicho. Es que no tenía ni idea. ¿Es tu pareja?

Max se fijó en el gesto asombro y de culpa de él.

—Sí, lo es. Pero, descuida. Yo tampoco conozco a la mayoría de la gente. Ni sé quién ha venido con quién.

—Eso es. Bueno, creo que voy a buscar algo de comer antes de darme un baño.

Max asintió. La verdad era que se había sentido algo molesto por lo que aquel desconocido había comentado de Sandra. Pero, por otra parte, no era su pareja así que tampoco era plan de ponerse en evidencia por un cometario. No quería estropearles la fiesta a Rachel ni a Charlie, claro estaba. Por eso lo había dejado estar. Era lógico que ella captara la atención de los hombres, eso era algo con lo que él ya había contado desde que salieron del apartamento. Se quedó mirándola de manera fija durante unos segundos antes de tomar una decisión.

—Qué narices...

Alguien le tocó el hombro a Sandra llamando su atención. Le señaló a Max. Este se estaba desabrochando la camisa para lo que parecía meterse en el agua. Le siguieron los pantalones quedándose en bañador. Ella sonrió sin quitarle ojo hasta que llegó al borde de la piscina y se zambulló por el lugar donde no había gente. Nadó en dirección al grupo de gente para no quedarse fuera de la fiesta que se había montado en el agua.

—Pensaba que no te animarías —le dijo Sandra al verlo llegar ante ella.

—No iba a ser el único que se quedara fuera de la piscina, ¿no?

—Pues a bailar —le instó dando pequeños saltos y levantando los brazos al ritmo de la música.

Max la imitó por unos minutos. Se situó a su lado saltando, chapuzando y moviéndose al ritmo de la música. Sandra se volvió hacia él sin dejar de moverse moviendo los brazos arriba y abajo chapoteando con las manos en el agua. Reía y reía ebria de felicidad, y por un instante se preguntó ¿por qué no podía ser así con él siempre?

—Necesito un breve descanso —le dijo quitándose el agua de la cara.

—Vale, pero no tardes —le pidió ella con una sonrisa llene de promesas.

Nadó hasta el borde de la piscina para salir y sentarse sobre este. Desde allí podría seguir el discurrir de la fiesta en el agua.

—Te ha costado entrar al agua —le comentó una chica que había sentada en el borde de la piscina y remojaba los pies.

—Sí, un poco.

—Te pasa lo que a mí. ¿Está fría?

—Solo al principio. Cuando te lanzas, pero luego te adaptas a la temperatura de inmediato.

—Te haré caso —se dejó caer sumergiéndose hasta la cintura.

—Yo que tú me metía de golpe. Si lo piensas demasiado acabarás saliendo.

Ella le hizo caso y se sumergió del todo. Emergió con el pelo sobre la cara y que se apartó de golpe.

—No sé para qué me he pintado, la verdad.

—Bueno, es normal que lo pienses ahora. Pero estoy seguro que no lo hiciste cuando iba a venir.

—No, no tenía pensando meterme en el agua, y eso que traje puesto el bikini por si acaso. ¿Tú eres amigo de Rachel o de Charlie? Bueno, ¿o de los dos?

—Charlie.

—Yo de Rachel. Éramos amigas del instituto y mantuvimos una relación, aunque cada una de nosotras estudió una carrera diferente.

—Charlie y yo fuimos vecinos, compañeros de colegio, de instituto y por último de la facultad.

—Vamos, que vosotros dos no habéis separado en la vida.

—Sí, cuando se marchó a Valencia, aunque luego volvió a Madrid.

—Entonces, te veré en París por la boda.

—Es posible.

—¿No irás a decirme que no vas a ir después de lo que acabas de contarme?

—Es una manera de hablar.

—Yo sí estaré. ¿No te animas a volver al agua? Venga ven conmigo que nos divirtamos un poco —lo agarró de la mano y tiró de él hasta colocarse cerca del grupo de seguía bailando y jaleando al dj.

Sandra se fijó en Max y en la chica con la que iba y aunque en un principio pareció no prestarle atención ni concederle la menor importancia a este hecho, poco a poco fue centrando su atención más y más en ellos dos. Experimentó un cierto malestar al ver a Max acompañado, saltando, chillando y demás en el agua. ¿Por qué no había quedado con ella? Se había alejado hasta el borde para quedarse allí. No iba a decirle ni reprocharle nada. Confiaba en él, y en que no hiciera nada que la comprometiera. Pero no era eso lo que la preocupaba, sino el sentirse algo

molesta por verlo en compañía de otra mujer.

La madrugada avanzaba y parte de la gente había comenzado a despedirse. Max estaba sentado en una de las camas de la zona chill out esperando a Sandra. El cansancio comenzaba a hacer mella en él y tenía ganas de pillar la cama unas horas antes de coger el vuelo al día siguiente para volver a casa. La fiesta en la piscina, la conga, los juegos posteriores, incluso él bailando en lo alto de una tarima... ¡Joder, había sido demasiado fuerte!

—Ha estado bien, ¿eh? —escuchó la voz de Charlie a su espalda y al momento este estuvo sentado a su lado.

—Muy bien.

—Ya te digo. Solo tengo que recordarte bailando y animando a los demás.

—¿Qué se supone que querías que hiciera si poco menos que obligaron a subirme? Entre Sandra y sus amigas...

—Deberías haberte visto —le dijo apuntándolo con un dedo y riéndose hasta más no poder.

—Ya. Vaya fiestón. Hacía tiempo que me corría una juerga así.

—Sí, pero el cuerpo tiene un límite.

—¿No irás a decirme que te estás haciendo mayor?

—No, no es eso. Pero no es menos cierto que en cuanto nos casemos nuestras vidas cambiarán —le aseguró mirando a Rachel en compañía de sus amigas—. París es una ciudad enorme, el trabajo, las distancias, los horarios... Y pronto tendremos familia, claro.

—¿Ya lo habéis decidido?

—Dentro de un año a lo mejor te sorprende.

—Estaría bien. Pero, ¿volverás a Ibiza a hacer más fiestas como esta o se acabaron? Esta villa es de tu padre, ¿no?

—Sí. Y la alquila durante los veranos. Excepto estas semanas que nosotros estamos por aquí. Pero en cuanto regresemos a casa, la preparará para nuevos huéspedes. Supongo que el año que viene vendremos. Lo que te aseguro es que habrá fiesta.

—Pues tiene que costar un pastón alquilarla —le aseguró pasando la mirada por esta una vez más.

—Ya te digo No quieras saberlo.

—Puedo hacerme una idea.

—Mi padre hizo una inversión cojonuda en su momento. Rachel me dijo que os marcháis mañana.

—Sí. El lunes descanso, pero aprovecharé para ponerme al día de lo que ha habido este fin de semana.

—¿Los lunes cierras?

—Sí. Es la costumbre. Después del fin de semana, la gente pasa de ir a comer o a cenar. Y el personal necesita descansar.

—Genial. Oye, no decía en serio lo de poner a parir tu negocio en las redes sociales.

—Ya lo sé.

—Ah, era por si te lo habías creído.

—¿Por quién coño me tomas después de los años que somos colegas?

—Me gustaría que estuvieras en la boda, en serio. Por los años de amistad que llevamos.

Max apretó los labios con gesto serio y asintió convencido. Era lo menos que podía hacer por él. Estar a su lado en ese momento.

—Allí estaré. También te estaba vacilando. Más que nada por si te echas atrás en el

último segundo y Luigi y yo tenemos que retenerte.

—¡Capullo! Mira, creo que vienen por ti —le dijo haciendo un gesto con la mirada hacia Sandra.

—Eso parece.

—Chicos es hora de decirnos adiós. Mañana tenemos que coger un vuelo y no me gustaría perderlo.

—Siempre podéis quedaros. Aquí hay sitio de sobra —le dijo señalando la villa con una mano.

—Te lo agradezco, pero hay que seguir currando.

—Imagino que tendrás que plantearte más novelas.

Ella asintió. Max se fijó en su expresión. Estaba cansada. Lo notaba por las ojeras que comenzaban a aparecer en su cara. El pelo revuelto y más rizado debido al agua de la piscina. Le parecía irresistible en ese instante.

—Ha sido todo un descubrimiento saber que eras tú el novio de Rachel.

—Pues no te digo cómo me he quedado yo cuando os he visto juntos —los señaló con los dedos y sonrió.

—Bueno... La vida es un pañuelo —comentó Sandra—. Es hora de marcharnos y tratar de dormir algo. Mañana nos volvemos por la tarde.

—Sí, eso me decía Max. Espero que te lo hayas pasado bien, y que tengas un buen regreso.

—Sin duda. Ha estado genial. Me he divertido como no pensaba.

Charlie le dio un abrazo de despedida y aprovechó para darle un consejo.

—Cuídame a Max. Y os espero en París a los dos.

Sandra no esperaba aquellas palabras y se quedó algo cortada. Pero cuando vio el guiño y la sonrisa de Charlie se relajó, y asintió antes de despedirse de Rachel.

—Espero verte muy pronto, amiga.

—En un par de meses —le recordó Sandra con una mueca irónica.

—Pues eso. Que nos vemos en París. Y cuidado con lo que haces —lanzó una mirada de reojo a Max, que se despedía de Charlie.

—No te preocupes. Prometo ser buena.

—Prefiero que seas mala. Muyyyyy mala. Ya me entiendes. La malota de la pandilla.

—Recibido.

—Y procura divertirme más y no estar encerrada en casa tanto tiempo. Aunque también te digo que sigas regalándonos historias tan maravillosas.

—Descuida que lo haré.

Se volvió hacia Max que la esperaba mientras Bea se despedía de Rachel y Charlie.

—¿De verdad no queréis quedaros? Hay camas de sobra... —les dijo Charlie señalando el interior de la casa.

Los tres se miraron entre ellos.

—Si queréis quedaros, chicos —le dijo Bea a Max y a Sandra.

—Es mejor que nos marchemos o sé cómo acabaríamos la noche. Bueno la madrugada que se acerca al amanecer, ya —comentó Max mirando al cielo como pronto comenzaría a clarear—. No pegaríamos ojo y nosotros tenemos que largarnos a coger un vuelo.

—Sí, tienes razón. Es mejor que os larguéis. No pretendemos ser una mala influencia para vosotros —le aseguró Rachel rodeando por la cintura a Charlie y pegándose a él.

—Estamos en contacto, Max. Y muchas gracias por haber venido.

Salieron por la puerta de la villa y se dirigieron a coger el coche mientras los anfitriones permanecían en el umbral. Casi todos se habían marchado a esas horas, salvo aquellos que parecía que iban a quedarse a dormir.

Max volvió a sentarse detrás ya que de ese modo podía estirarse más. Pero intentaría no quedarse dormido por muchas ganas que le hubieran entrado de repente. Bea arrancó y al momento el coche comenzó a moverse mientras Max cerraba los ojos y antes de que pudiera evitarlo, caía dormido.

Capítulo catorce

Llegaron al apartamento en poco menos de un cuarto de hora. A penas si quedaba gente en la calle. Algunos locales de copas, que permanecían abiertos estaban comenzando a cerrar. Los relaciones públicas ya no paseaban buscando clientes. Se respiraba cierta calma a esas horas de la madrugada.

Bea aparcó en las cercanías del bloque de apartamentos y permaneció sentada en el interior del coche durante unos segundos, como si estuviera meditando algo.

—¿Qué te pasa? —le pregunta se la hizo Sandra sorprendida al ver que no bajaba del coche.

Esta se limitó a sonreír y resoplar.

—Menudo bajón me está entrando. El último baño en la piscina me ha relajado en exceso. Menos mal que cuando me pongo al volante me centro en la carretera y no pienso ni dejo que nada ni nadie me afecte. Pero, te digo, que como pille la cama... —abrió los ojos al máximo de su expresión y frunció los labios. Por fin decidió salir del coche y el fresquito de la madrugada la acogió—. Si queréis seguir la fiesta por aquí habrá algún garito abierto.

—Estás de coña, ¿verdad? Ya oíste lo que le dijo Max a Charlie... Yo necesito dormir unas pocas horas antes de coger el vuelo de regreso o no seré persona—le comentó Sandra cerrando la puerta del coche y quedándose apoyada contra este.

—Bueno, yo os lo digo por si acaso. Pero viendo la cara que está poniendo Max, creo que también vota por dormir.

—Pues si él tiene sueño y está cansado...

—Si lo dices por las horas a las que cerramos, no suelo terminar tan tarde.

—Pero, apuesto a que te metes en la cama más tarde que yo —le aseguró Sandra señalándolo con un dedo.

Llegaron al bloque de apartamentos y Bea se encargó de abrir y dejarlos entrar. Subieron hasta el piso en el que estaba el de ellos y salieron del ascensor.

—Dadme un toque cuando sea la hora de iros. Os acerco al aeropuerto y así no tenéis que pedir un taxi. Y nos despedimos hasta vernos en la boda.

—Espero que no nos quedemos dormidos —bromeó Sandra.

—El vuelo sale a media tarde —comentó Max mirándola sorprendido por esa suposición.

—No os preocupéis si llega el caso. Este apartamento es el de mi hermano cuando Mar y él vienen. Podéis disponer de él hasta que venga en agosto. No hay problema. Además, tú ya has terminado y entregado tu nuevo manuscrito. Y este es su propio jefe, no creo que sucediera nada por quedaros uno o dos días. Lo más, que perdéis el dinero del vuelo. Pero con comprar otro...

—Bea se encogió de hombros sin darle la menor importancia.

—Lo tendremos en cuenta —asintió Max dejando a Sandra boqueando como un pez fuera del agua.

—Como veáis. Yo os digo que no hay inconveniente. Me piro a dormir un poco, chicos. Luego, nos vemos.

—De acuerdo. Te pasamos a dar un toque cuando sea hora de irnos al aeropuerto y nos acercas —comentó Sandra mientras Max se volvía hacia la puerta del apartamento para abrirla.

Sandra entró detrás de este y la cerró a su espalda con un resoplido. Movi6 las piernas para sacarse las sandalias de sendas patadas al aire.

—Pufffff, estoy molida de los pies.

Max corrió la puerta del balcón para dejar que la estancia se ventilara. Había notado mucho calor al entrar. Se volvió hacia Sandra, que se había sentado en el sofá cama y se masajeaba los pies. El vestido se le había subido dejando a la vista parte de su muslo. Era curioso cómo pese a haberla visto en bikini, el mero hecho de fijarse en sus piernas como en ese instante, no le restaba ni un ápice al deseo que le provocaba. Aparte de que le estuviera devolviendo la mirada con los labios entreabiertos, como si lo estuviera retando a acercarse, le hacía sentir un cosquilleo en todo su cuerpo.

—¿No tienes sueño?

—Creo que antes de acostarme necesito refrescarme un poco. Hacía calor cuando hemos entrado.

Ella asintió sin decir nada. Se puso de pie y caminó hasta el balcón. Rozó el hombro de él al salir fuera. El cielo comenzaba a clarear poco a poco. Pronto amanecería en la isla. Max se giró para seguir contemplándola.

—¿Pretendes quedarte a ver amanecer? —se situó al lado de ella, apoyándose en la barandilla y mirando la playa. Distinguió a algunas parejas sobre la arena, mirando al cielo.

—¿Por qué no? Ya que estamos aquí —le respondió ella fijando su atención en él—. Dime, ¿qué tal te lo has pasado? Bueno, ¡qué pregunta acabo de hacerte después de verte bailar y animar a la gente a hacerlo! —ella le dio una palmada en el hombro mientras se reía recordando aquella escena.

Max frunció los labios.

—Bastante bien.

—Me alegro. Solo faltaría que después de haberte hecho venir te hubieras aburrido, cosa que me parece imposible.

—Pues tú no te has quedado corta en la piscina —le comentó con la mirada entornada hacia ella con toda intención.

—Estaba metida en todo el meollo. ¿Qué se supone que iba a hacer?

Max recordó cómo ella se había subido a sus hombros para intentar derribar a Sofía, que iba encima de los hombros de su pareja.

—Al menos lograste tirar al agua a tu oponente.

—Oye, ¿estabas dispuesto a quedarte un par de días más?

—No, tranquila. Me gustaría, pero debemos ser consecuentes con nuestros trabajos. Claro que si te apetece... Lo tenemos fácil.

Su sonrisa lo hechizó.

—Es mejor regresar cuanto antes, no vaya a ser que al final le cojamos gusto a estar aquí y no regresemos.

A ella le gustaría pasar más tiempo con él y descubrir si lo que experimentaba en ese momento era real, tanto como las ganas de besarlo. Pero eso implicaba un riesgo mayor, y ya había tenido bastante.

—¿Y tú? ¿Qué tal lo has pasado? Confío en que todo haya ido bien con tus amigas. Por cierto, no le habéis regalado nada.

Max prefirió ceñirse al motivo por el que estaban allí y no hacer alusiones a lo que había pasado entre ellos.

—En la boda —ella se mordió el labio pensando en esta y en que tendría que hablar sobre cómo harían. Era cierto que faltaban casi dos meses, pero el tiempo pasaba volando—. Sobre este asunto...

—¿Sí?

—Bueno, que al final te has decidido a ir ¿no?

—Sinceramente... Me apetece ir. Por Charlie, Luigi... Y claro, luego está la mala reputación que puede adquirir mi negocio con los comentarios de Charlie —ironizó sin dejar de sonreír al recordar a este asegurándole que lo haría.

—No hablaba en serio.

—Ya lo sé. Lo conozco y sé cuándo te está vacilando. Además, tengo que acompañarte.

—Oye... No te sientas obligado a hacerlo. No quiero meterte en otro aprieto como el de este fin de semana. No tenía derecho a pedirte que me acompañaras...

—Pero lo hiciste. Viniste a buscarme al restaurante después de tanto tiempo sin vernos. Desde que nos chocamos en plena calle —Max acortó la distancia entre ellos. No podía estar contemplándola desde la distancia, reprimiendo el deseo de tenerla en sus brazos de nuevo.

—Fue Lena la que... —ella se dio cuenta que cualquier excusa a estas alturas sobraba. Balbuceaba sin sentido tratando de esquivar la realidad de ese instante, de ese fin de semana.

—Pero tú estabas allí. Y tú me lo propusiste. Me da igual que fuera tu hermana la que te arrastrara a mi restaurante. Puedes echarle la culpa de lo que suceda, pero lo que tengo claro es que si aceptaste ir fue porque tenías la intención de pedírmelo.

El peso de la evidencia era tan abrumador que ella no podía negarlo por mucho que quisiera. Era ella la que había acabado aceptando la propuesta de Lena de ir a ver a Max.

—Pero eso no te obliga a ir a la boda.

—Nada, ni nadie me obliga a ir o no ir, Sandra —se había acercado tanto a ella que sus brazos se rozaban sobre la barandilla, sus hombros permanecían unidos y el espacio entre sus rostros era el necesario para que circulara el viento—. Si voy es porque me apetece pasar ese fin de semana contigo.

Ella tragó saliva cuando lo escuchó. No se atrevió si quiera a parpadear y abrió más los ojos. Se humedeció los labios porque presentía lo que se avecinaba, y no iba a rechazarlo.

—Pero... eso... Acabas de decir que era por Charlie.

—También. Pero sobre todo me apetece ir contigo. Y te agradecería que no me digas que este fin de semana ha sido una locura, un arrebató de deseo, o gilipolleces varias, por venir a Ibiza y tal —ella sonrió divertida al escucharlo, pero sabía que tenía razón en lo que iba a decir—. Seguimos sintiendo algo y eso no lo niega nadie. Y no importa lo mucho que nos esforcemos por aparentar que somos pareja, no lo necesitamos, Sandra, porque nos sale de manera natural. De manera espontánea. Por eso quiero ir a la boda, aparte de que Charlie es como un hermano.

—No eres el único que lo ha notado. Todas mis amigas me lo han dicho —bajó la mirada y dejó escapar una media sonrisa mezcla de ironía y de felicidad. Era cierto, hasta ella misma se había dado cuenta de ello. No necesitaban fingir algo que para ellos era natural porque seguían sintiendo algo el uno por el otro. Y la confirmación se hizo patente cuando se besaron esa misma tarde; o debería decir el día anterior.

—Me he dado cuenta de ello desde que te vi aquella noche en mi restaurante —se había acercado de más y no iba a echarse atrás. Le rozó los labios de manera lenta y calculada porque no quería dejarse llevar por la lujuria que la imagen de ella le despertaba. Pero cuando escuchó el gemido de ella y como lo rodeaba con sus brazos profundizar el beso, a él no le quedaron dudas de lo que iba a suceder entre ellos.

La sujetó por la cintura y la siguió besando cuando. Las primeras luces del nuevo día comenzaban a rasgar el velo de la madrugada. Max la atrajo hacía con el propósito de sentir su cuerpo pegado al suyo propio.

—Creo que deberíamos ir dentro —le sugirió en un susurro apoyando la frente contra la de ella—. No tengo intención de hacerlo en el balcón con vistas a la playa.

Ella rio. Se mordió el labio y tirando de él hacia el interior.

Llegaron al dormitorio entre risas, besos, caricias y ropa que abandonaba sus cuerpos cayendo a su paso. Pronto las pieles de ambos se encontraron mientras las manos recorrían cada centímetro de estas. Explorando en una especie de búsqueda de las huellas, que dejaron impresas en el pasado. Sus alientos se entremezclaron en un ardor apasionado que parecía no tener fin. Max había pensado tomárselo con calma, pero en el momento en que ella lo besó y lo condujo a la cama, supo que ya nada tenía sentido. No había necesidad de controlarse cuando el deseo era el que gobernaba sus mentes.

—Espera, coge un preservativo de la mesita —le dijo ella cuando la excitación ya no podía ser mayor y necesitaba a Max dentro de ella.

Él abrió el cajón y no perdió tiempo en hacerle caso. Pocos segundos después él se deslizaba en la humedad del interior de ella. Se tomó un momento para mirarla, para recrearse en su rostro encendido, en sus ojos chispeantes. Se movió despacio, con la intención de tomarse su tiempo. Pero entonces se vio sorprendido por la necesidad de ella, y que lo instó a moverse con mayor rapidez. Se aferró a su espalda y deslizó sus manos hasta su trasero sin dejar de besarla.

Se encontraron después de tanto tiempo. Sin pensar que sus cuerpos tuvieran memoria y recordar lo que tuvieron en su día. Se besaron y acariciaron en todas aquellas partes que conocían tan bien. Max se dejó caer sobre ella rodeando su rostro con las manos para seguirla besando, haciendo suyos sus gemidos. Apoyó sus manos sobre el colchón para poderla contemplar cuando llegara al clímax. Sandra se mordió el labio cuando experimentó el calor sofocante invadiendo su cuerpo. Su corazón retumbaba en su pecho de una manera descontrolada y en cuestión de segundos sintió cómo Max se tensaba antes de dejarse ir. La euforia del orgasmo los acogió a ambos apretando sus cuerpos como si nunca antes se hubieran conocido. De manera lenta el pulso comenzó a pausarse, y el corazón pareció comenzar a echar el freno en su alocada carrera.

Ella sentía la boca seca, el cuerpo dolorido, pero una sensación de relax y satisfacción que parecía ir la sumiendo en el sueño. Vio a Max incorporarse para quitarse el preservativo y quedarse contemplándola con una sonrisa que le calentó el pecho de una manera que no tenía nada que ver con la de minutos antes. Extendió el brazo con la mano abierta para que él la tomara y se regresara a su lado. Lo atrajo para poderlo besar con pereza, con pequeños roces en sus labios. Rodeó su cuello con sus manos y se quedó contemplándolo sin saber qué poder decirle después de haber tenido sexo con él. Aquello no hacía si no complicar más la situación porque era lo último que pretendía, pero no había podido resistir a su propio deseo por Max. Inspiró hondo y le pasó los pulgares por las mejillas.

—No puedo negar que no lo deseara porque me estaría engañando.

—Eso mismo me sucedió a mí desde que te vi. Pero yo no he querido negarlo, ni rechazarlo porque estaba ahí cada vez que te miraba. Y sabiendo esto decidí venir contigo a riesgo de que esto pudiera suceder, o tal vez no.

—Lo sé. No creas que has sido tú solo el que ha estado dándole vueltas en la cabeza a todo lo que podía llegar a suceder entre nosotros.

—Te entiendo. Y sé que no es el momento para hablarlo, pero siempre he tenido una espina clavada desde que te marchaste.

Sandra cerró los ojos y sacudió la cabeza. Era consciente de que ese momento podía llegar, de que, si la situación entre ellos se volvía más íntima, él querría respuestas. Resopló

abriendo los ojos para mirarlo.

—¿Podemos dejarlo para después? Estoy molida y necesito dormir un poco.

Max apretó los labios y asintió. No le diría más. La dejaría descansar y esperaría a que ella quisiera contárselo. Se levantó de la cama y se fue al cuarto de baño. Necesitaba una ducha que lo despejara. No creía que pudiera dormir, ni si quiera un par de horas. No después de acabar de hacer el amor con ella.

Sandra se tapó con la sábana y cerró los ojos con intención de dormir un poco. No estaba acostumbrada a tantas emociones en su tranquila vida. Permaneció acostada de lado con los ojos abiertos mirando hacia la puerta de la habitación. No tenía muy claro si terminaría por dormir algo ese día después de pasar la noche en vela, de fiesta, llegar al apartamento y acabar en la cama con Max. Pero al menos este la dejaría descansar un tiempo.

Max se despertó en el sofá en el que se había dormido. Había dejado que ella se quedara en la cama para no sentir el deseo de volverla a tocar. Quería que descansara y recapacitara sobre lo que iba a suceder entre ellos a partir de ese día. De manera que se preparó café y algo para desayunar, a pesar de las horas que eran. Salió al balcón y después de echar un vistazo al reloj, y ver que casi era medio día, aprovechó para llamar al restaurante. Le serviría de distracción ver cómo iban las cosas. No tardaron en responder a su llamada.

—Hola Max, ¿ya estás aquí?

Este sonrió al escuchar el tono de sorpresa de su amigo y compañero Ferrara.

—No, no, tranquilo. Cogemos el vuelo a medida tarde. Llamaba para saber qué tal marchaba todo.

—Sin problemas. Todo controlado.

—¿Ha habido mucho jaleo?

—No más que otros fines de semana. Las reservas que ya teníamos concertadas. Gente que pasaba por delante de la puerta y entraba; otros que se lo habían recomendado, nada fuera de lo normal. ¿Y tú, qué tal por Ibiza? Mucho sol, playa y fiesta, supongo.

Max escuchó la risita de Ferrara su ayudante cuando él no estaba.

—Lo normal, también. La fiesta ha estado bastante bien. El mismo día que llegamos supe que el novio es mi amigo de la infancia, Charlie. Creo que alguna vez te he hablado de él.

—Pues claro que lo has hecho. ¡Joder! ¿Y no lo sabías?

—Ni por asomo. Llevamos años sin vernos y sin saber nada el uno del otro, así que imagina la cara que se me quedó cuando me enteré.

—Me hago una idea. Supongo que irás a su boda.

—Sí, pero es un tema que trataremos en su momento. Es nada menos que en París, donde viven y trabajan los dos —Max escuchó el silbido de Ferrara.

—Otro viaje, colega.

—Bueno, faltan un par de meses todavía. En fin, que, si no hay ninguna novedad a destacar, no te molesto más. Te veo el martes que mañana cerramos por descanso.

—Sí, tú tranquilo. Regresa e instálate en casa antes de volver por aquí. ¿Qué tal con Sandra?

—Mejor te lo cuento cuando nos veamos.

—Como tú quieras. No vemos el martes.

—Sí. Hasta entonces.

Dejó el móvil sobre la mesa y cogió el café para darle un trago largo esperando que la cafeína hiciera el resto. Se levantó de la silla y se quedó contemplando la playa. A esas horas no

había casi gente, y daba gusto verla así. Solo los que salían a correr rompían la quietud del paisaje.

¿Qué cojones iba a hacer con ella? se preguntó una vez que se relajó y se centró en lo que de verdad le importaba. Acababa de dejarla en la cama después de que ella lo hubiera conducido a esta y juntos hubieran disfrutado del sexo. ¿Y ahora? ¿Pretendía huir como hizo en la facultad dejando su relación a medias? ¿Iba a esconderse detrás de su trabajo? ¿De sus miedos? Con el paso del tiempo Lena le confesó que su hermana les tenía pánico a las relaciones porque le asustaba que le hicieran daño. Por eso siempre era ella la que las terminaba, cuando veía aflorar las emociones en su compañero. Él lo respetó. Pero ya no tenían veinte años, ni estaban en la facultad, se dijo apretando el puño contra la barandilla a la vez que sacudía la cabeza.

—¿Puedo saber qué te pasa? Por tus gestos parece cabreado...

La voz de Sandra lo sacó de sus pensamientos obligándolo a volver su atención hacia ella. Llevaba el pelo suelto cayendo sobre el rostro y los hombros de una manera informal, despreocupada, pero muy sensual para él. Su imagen le recordaba a la de la noche que salió al balcón.

—Pensaba que todavía dormías.

—He conseguido hacerlo durante un par de horas, según el reloj del móvil. Creo que no seré capaz de dormir en condiciones hasta que llegue a casa y me meta en mi cama —le aseguró con una sonrisa.

—Ya.

—Necesito un café antes de tener esa conversación que tenemos pendiente.

—Te lo traigo.

Ella se recogió el pelo y se sentó esperando su regreso y pensando si él estaría dispuesto a mantener una relación. Lo había dejado entre ver en alguno de sus comentarios, en sus miradas, sus caricias y sus besos. Él estaba enamorado. Y eso era algo que la aterraba porque conocía las consecuencias.

Max le dejó el café en la mesa y se quedó apoyado contra el balcón. De ese modo tenía una mejor visión de ella.

Sandra dio le dio un sorbito con los ojos cerrados. Luego los enfocó hacia Max. Se le hacía complicado sacarlo de su vida.

—Me vas a contar ahora por qué te marchaste...

—Me asusté. Me entró el pánico. Llámalo como te dé la gana, pero fue la verdad —le interrumpió antes de que siguiera explicándose.

Max apretó los labios y asintió en repetidas ocasiones.

—¿Te asustaste? ¿De qué?

—De sentir algo por ti que tal vez no fuera cierto.

—¿Me estás diciendo que estabas conmigo sin sentir nada? ¿Es eso? ¿Por eso te marchaste? ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿De qué te habría servido?

—Habría hecho lo necesario para cambiar la situación.

—¿Lo qué? ¿No te das cuenta que se trataba de mí? De que no creía que pudiera enamorarme de ti de una manera loca, perdida... ¡Max éramos unos chavales de veinte años que solo buscaban divertirse!

—No hacía falta que fuera algo apasionado, Sandra. Es verdad que teníamos veinte años, pero no te iba a pedir que te casaras conmigo. Ni que nos fuésemos a vivir juntos.

—Menos mal que no se te ocurrió nada semejante —ella sonrió algo más relajada porque

sus temores a esa conversación parecían irse despejando.

—Lo que me dolió fue tu repentina desaparición sin una explicación. Sin darme tiempo a asimilarlo.

—Fue lo mejor, créeme. Habrías tratado de convencerme de lo contrario. De que cambiara de opinión. Y en ese momento no era lo que más necesitaba.

—Sí. Lo habría hecho porque me importabas.

Ella sonrió cuando lo escuchó referirse al pasado.

—No quería hacerte daño.

—Pues me lo hiciste cuando te marchaste.

Durante un momento los dos se quedaron contemplándose como si de una partida de cartas se tratara. Escrutando el rostro del otro en busca de alguna señal, algún tic emocional. Max cogió aire y rompió ese incómodo silencio.

—De acuerdo, pasemos página de lo que ocurrió en aquellos días, y centrémonos en el presente. Borrón y cuenta nueva, Sandra —asintió cortando el aire con su mano de una manera tajante.

Ella acusó el escalofrío repentino al escucharle referirse al momento actual. Abrió los ojos como platos e inspiró hondo para estar preparada a lo que se avecinaba.

—¿Qué pasa? ¿Qué pretendes que haya entre nosotros?

—Lo que no llegamos a tener entonces.

Ella resopló e inclinó la cabeza poniéndose la mano en la frente.

—No sé sí...

—Te he pedido que no me pongas disculpas absurdas. Nada de cosas tipo: esto no debería haber sucedido. No eres tú, soy yo. O no estoy preparada para esto... Y chorradas de esas que acostumbras a poner en tus novelas.

Aquel comentario hizo que ella reaccionara.

—¿Las has leído?

—Por eso mismo te lo estoy diciendo. No estamos en una de ellas. Es la vida real.

—Lo sé. Me he dado cuenta hace tiempo.

—¿Y? ¿Qué vas a hacer? ¿Volver a desaparecer como entonces? Sabes que entre nosotros hay química. La lleva habiendo desde la universidad y eso es algo que nadie puede negar, ya te lo he dicho.

—Soy consciente de ello desde que te vi la noche que Lena y yo fuimos a tu restaurante.

—Bien, ¿y qué tienes que decir después de lo que ha sucedido aquí estos dos días...?

—Nos hemos dejado llevar por la atracción. Eso no te lo voy a negar.

—¿Te das cuenta? Ya estás buscando una excusa —ella intentó rebatirlo, pero él se le anticipó—. No se trata de eso. Durante estos dos días todos se han dado cuenta de lo que hay entre nosotros. Nos lo han dicho a los dos. No hemos tenido necesidad de fingir que somos una pareja porque en el fondo nos sentimos como tal. ¿Quieres una relación basada en encuentros sexuales esporádicos? De acuerdo. Lo acepto.

—Pero...

Max se acercó hasta quedarse en cuclillas frente a ella.

—Lo que no estoy dispuesto a dejar que te marches otra vez. Entonces tenía veinte años y me pillaste con la guardia baja. Esta vez tengo quince años más y estoy de vuelta de las relaciones. No voy a dejarlo estar. De manera que vete preparando.

Ella sintió el golpe de aquellas palabras, el calor, y la intensidad de su mirada al decírselo. Entreabrió los labios para decir algo, pero pareció pensarlo mejor.

—¿Y qué harás si ves que no logro sentir algo más intenso por ti que una mera atracción física?

—Me arriesgaré a ello.

—No sabes lo que dices —se levantó de la silla para volver al interior del apartamento, pero la mano de él la retuvo en el último momento obligándola a volverse hacia él y quedar atrapada entre sus brazos.

—Sé lo que digo, lo que siento por ti y lo quiero de ti —había atrapado su rostro entre sus manos y le pasaba los pulgares por el rostro—. Quiero el final que ofreces a los protagonistas de tus novelas. Tan solo eso. ¿No puedes concedérmelo?

La besó despacio mientras sentía que la tensión desaparecía del cuerpo de ella. Sus brazos lo rodearon por el cuello y profundizó el beso hasta que se hizo más intenso y acabaron sobre el sofá, con ella sentada a ahorcadas sobre Max, incapaz de pensar en nada que no fuera aquel maldito hombre, que podía encender su cuerpo con un beso. Pero, ¿sería capaz de hacer lo mismo con su corazón y lograr que se enamorara de él?

Capítulo quince

Se despidieron de Bea pese a que a esta le habría gustado que se quedaran algunos días más en la isla. Pero al ver que ambos se mostraban dispuestos a irse, no insistió.

—Estaremos en contacto. No olvidéis que la boda llega en seguida, chicos.

—No te preocupes que no se me va a pasar, aunque me sumerja en las páginas de mi nueva historia.

—De acuerdo. Pero si ves que me pongo muy latosa con el tema, dímelo y corto.

—Sabes que no lo haré.

—Chicos me ha gustado veros. No quiero entreteneros que tenéis que pasar el control de la policía, y aquí siempre hay colas. Dame un par de besos.

Sandra y ella se abrazaron. Luego le tocó el turno a Max.

—Procura que salga algo más de casa, ¿querrás?

—Lo intentaré.

—Nos vemos chicos. Y seguid así de guapos.

Los dos sonrieron viendo como Bea se subía al coche y se marchaba antes de que le llamaran la atención.

Max y Sandra se dirigieron al control de billetes, buscaron la puerta de embarque y por último se sentaron a tomarse un café.

—Ya pasó todo —exclamó Sandra con un resoplido apoyando la cabeza contra el respaldo del sillón y cerrando los ojos.

Max sonrió con desgana porque parecía que ese fin de semana había sido un suplicio. O que no lo había disfrutado como él. Cosa que le extrañaba después de todo lo vivido en dos días. La miró en silencio hasta que ella pareció darse cuenta del significado de sus palabras.

—Según lo has dicho tengo la impresión de que no ha sido lo que esperabas.

Sandra se mordió el labio sin saber qué decir de buenas a primeras. Tal vez su anterior comentario había sido desafortunado.

—No, no lo ha sido para nada.

—¿Y qué esperabas? Si quieres contármelo.

—Creo que no hace falta —lo miró con atención temiendo que él pudiera escuchar cómo le latía el corazón; acelerado, del mismo modo que cuando él la había llevado al clímax. Se había acostado con él y eso no era nada de lo que había imaginado cuando salió de casa.

—Bueno, al menos has salvado con nota tu temor a estar sola y que te acosaran a preguntas sobre por qué no tenías pareja. Es más, mira Bea. No la tiene y a nadie le ha importado. ¿No crees que exageraste?

Ella puso los ojos en blanco y sonrió con desgana. Tenía que darle la razón.

—Es posible que lo hiciera en un primer momento, pero mis amigas siempre andaban con la misma historia de casarse antes de los treinta, porque de lo contrario todo el mundo te consideraría una solterona o una lesbiana.

Max no quiso evitar las carcajadas.

—¿Te gustan las mujeres?

—No. Vamos no me atraen, pero no he probado a tener algo con alguna, la verdad.

—¿Y lo de quedarte soltera?

—Ups.... Pues, ¿qué quieres que te diga? Tampoco me lo he planteado.

—Tienes tiempo para solventarlo. Salvo que te importe bien poco lo que puedan pensar de ti. De todas maneras, creo que ese pensamiento de tus amigas ha variado con los años.

—Ya, pero sabes que hay gente que te mira con lupa cuando llegas a cierta edad.

—Será porque no encuentran lo que te hace destacar del resto. Aquello que escondes y que solo permites ver a unos privilegiados —le aseguró entornando la mirada hacia ella—. Eres especial.

Sandra sintió el calor en su cuerpo primero y en su rostro después. Miró de refilón a Max que parecía estar distraído echando un vistazo a los pasajeros que iban y venían por la terminal. Sí. Tal vez para él ella lo fuera. Y por ese motivo estaba allí. Y había hecho todo lo que había hecho porque le importaba. Y no se refería a la atracción ni al deseo que ambos sentían. No. Él había accedido a ir con ella a Ibiza a la fiesta de su amiga porque le importaba. Y eso era algo que no podía dejar pasar en su vida.

—Creo que deberíamos ir yendo al embarque.

No quería seguir hablando de lo mismo. Tendría tiempo para pensar en todo cuando estuviera en casa sin la presencia de él pululando a su alrededor. Pero le tocaría lidiar con Lena y su tercer grado sobre lo ocurrido durante el fin de semana en Ibiza.

Ambos permanecieron muy callados durante la hora de vuelo hasta Madrid. Era como si hubieran pactado una tregua. Max le había dejado clara su intención de seguirse viendo y ver qué podían hacer con la relación. Pero, ella no le había dado ninguna respuesta en concreto. Es más, siempre terminaba cambiando el tema de la conversación sin llegar a nada, aunque todo indicaba a que ella no iba a dar un paso al frente para intentarlo con él.

Sandra tenía varios mensajes de su hermana asegurándole que estaría en la terminal de llegadas para recogerlos. Y cuando las puertas se abrieron allí estaba ella, agitando la mano para hacerles señales.

—Mi hermana ha venido a buscarnos. Te dejamos en casa, si quieres.

Max asintió sin decir nada. Todo le indicaba que su idílico fin de semana había llegado a su fin y que cada uno de ellos regresaba a su particular vida.

—¡Chicos! ¿Qué tal os lo habéis pasado? —Lena abrazó y besó a su hermana primero, y después hizo lo propio con Max.

—Ha estado bien. Venimos algo cansados porque hoy apenas hemos pegado ojo, ¿verdad? —buscó el apoyo de Max que asintió pese a que el gesto de rostro no reflejaba demasiado entusiasmo.

—Sí, ha sido... bastante agotador —se atrevió a decir al final siendo el centro de atención de las dos.

—Bueno, ya tendremos tiempo para que me contéis qué tal.

—¿Puedes dejar a Max en casa? —Sandra se adelantó a cualquier comentario por parte de su hermana sobre lo ocurrido en Ibiza. No fuera a ocurrírsele ir por ahí a tomar algo. Claro que tendría que lidiar con su interrogatorio en casa.

Lena se quedó algo sorprendida por esa petición porque tenía otros planes, pero acabó aceptando sin decir nada. Además, por su mirada y su semblante, ella deducía que la cosa no había salido como esperaba. Pero, ¿para bien o para mal? Se preguntaba.

—Claro, no hay problema.

—Si tienes que hacer o dar mucha vuelta puedo coger el metro —se apresuró a decir él para no hacer sentir incómoda a Sandra. Le quedaba claro que por ahora no iban a seguir siendo una pareja. Por mucho que ella hubiera sido testigo de lo sucedido en Ibiza, ya no estaban en la isla y la comedia había terminado.

—No. Te llevamos.

—Como quieras.

Subieron al coche sin decir una sola palabra más. Y fue Lena la que se decidió a iniciar la conversación a pesar de que temía que las cosas no habían salido como su hermana esperaba. Notaba algo en el ambiente que no funcionaba.

—¿Abrís mañana? —Lena echó un vistazo a Max por el retrovisor. Este iba mirando a través de la ventanilla, abstraído en el tráfico, la gente y demás que iba viendo. Volvió la mirada hacia Lena y le respondió mirándola a través del espejo.

—No. Los lunes cerramos.

—Eso te deja un día para reponerte del fin de semana.

—Sí, me deja tiempo para descansar y empezar de nuevo. Pero tampoco pasaría nada si tuviera que abrir mañana mismo.

—Ya claro. Supongo que ahora en verano la cosa irá mejor. Lo digo porque la gente sale más con el buen tiempo y las terrazas.

—Sí, es una buena época para el negocio. Oye, estoy pensando que, ya que estamos por aquí, podrías dejarme cerca del restaurante.

—¿Piensas ir a trabajar? —la pregunta hizo que Sandra girara la cabeza hacia él para ver qué expresión tenía.

—Sí. Ferrara habrá acabado de abrir. Y puede que llegue en el momento perfecto de la noche.

—Bueno..., como prefieras. No tengo inconveniente.

—Perfecto. Puedes parar unas calles por detrás o por delante e iré andando.

Lena metió el intermitente para girar de improviso y tomar la dirección más cercana al restaurante. En menos de diez minutos estaban a un par de calles de este.

—Para por aquí ahora que no viene nadie detrás. Te resultará más sencillo que si tratas de dejarme más cerca.

Lena aparcó en un hueco que vio y Max aprovechó para bajarse rápido.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acerquemos a casa?

—No. Te lo agradezco, porque de ese modo me distraigo un rato. No me apetece meterme en casa y sé que, si lo hago, terminaré por venir al restaurante —le aseguró convencido de que así iba a suceder. No tenía ninguna gana de estar solo y preguntándose por lo que iba a suceder con Sandra y él.

Esta se bajó del coche para despedirse. Se sentía rara ante esa situación después de haber estado compartiendo con él el fin de semana, y todos los días previos. Pero por el momento no podía hacer más.

—Espero que todo marche bien.

—Seguro, Ferrara es un gran profesional y una buena persona. Lleva conmigo desde que abrí. Ya sabes que puedes pasarte cuando quieras, la puerta está abierta. Y si no, puedes llamarme y quedamos.

No quería forzar la situación ya de por sí bastante tirante entre ellos en ese momento. De manera que prefirió ser neutral y no presionarla para que se vieran. Él había mostrado sus cartas. Le había pedido el final de sus novelas: una relación.

—Tenéis que iros —les advirtió al ver que un coche se detenía con el intermitente dado y el conductor le preguntaba a Max si iban a irse—. Sí, se marchan.

Max no dijo nada más, sino que se limitó a agitar su mano a las dos mujeres antes de estas volvieran al coche.

—Ya estás perdiendo tiempo en contarme qué narices ha sucedido en Ibiza —le soltó Lena sin mirar a su hermana porque estaba pendiente del coche, que aguardaba a que dejaran libre la plaza de aparcamiento.

Sandra le devolvió la mirada a su hermana, que en ese momento hacía lo propio con ella porque se habían detenido en un semáforo. Se observaron en silencio durante unos segundos y Lena le hizo un gesto con las cejas dándole a entender que estaba esperando su explicación.

—Ha estado bien. Fiesta, playa, sol, mucha música...

—Déjate de prólogos, ¿quieres? No estás redactando una novela. ¿Qué ha sucedido con Max? Porque la despedida no ha sido fría, ha sido poco menos que un témpano de hielo después de venir de Ibiza —ironizó Lena con una sonrisa irónica mientras se volvía a poner en marcha.

—No lo creo. Me ha dicho que tengo las puertas abiertas de su restaurante.

—Eso no hace falta que te lo diga, lo sabes tú solita. ¿Qué ha pasado? Insisto. O prefieres que vaya a preguntárselo a él. Ya sabes lo bien que nos llevábamos —le recordó con sorna.

Sandra cogió aire y luego lo soltó despacio, pero con cierto fastidio.

—Lo que no tenía que haber sucedido. Eso.

—Vamos que os habéis liado —concluyó de manera tajante Lena lanzando una mirada furtiva a su hermana.

—Sí.

—Pero, ¿ha sido sexo o solo unos besos?

Sandra puso cara de no comprender a su hermana. ¿A qué venía esa cuestión? Creía que había sido obvia.

—¿Me tomas el pelo?

—Mujer —enfiló la recta que conducía al garaje y pulsó el mando para que se fuera abriendo la puerta. Luego volvió la mirada a su hermana y por la expresión de su rostro supo que estaba molesta por la pregunta que le acababa de hacer—. Vale, creo que sobran explicaciones.

Entraron en el garaje y tras aparcar en su plaza. Lena apagó el motor y salió del coche sin decir nada más hasta ver qué tenía que decir su hermana.

—Me he acostado con él.

—Bueno, no pasa nada mujer. Entre Max y tú siempre ha habido buen rollo. Era algo que se venía venir.

—Pues podías habérmelo dicho, ¿no? No debí hacerte caso cuando me sugeriste que le propusiera a Max acompañarme a la fiesta de compromiso de Rachel y Charlie, quien, por cierto, es amigo íntimo de Max.

—¿No me digas? Ahora soy yo la que tiene la culpa de que te hayas tirado a tu ex de la facultad —ironizó Lena camino del ascensor.

—Sí, te digo.

—Vale, ¿y qué? Yo te sugerí que se lo contaras a Max y tú aceptaste. Lo que haya sucedido después entre vosotros, no me incumbe. Lo que pasara en Ibiza se queda en Ibiza, ¿no? No es mi culpa que te hayas ido a la cama con él. Y, es más, si lo has hecho es porque en el fondo te apetecía —le dejó claro apuntándola con un dedo antes de entrar en el ascensor y subir al piso.

—De acuerdo. Tú me lo sugeriste y yo se lo propuse.

—Escucha cariño, si ha sucedido es porque en el fondo ambos lo deseabais. No le des más vueltas ni le busques más explicaciones. Es así de simple. En el fondo sigues enamorada de Max —le aseguró antes de abrir la puerta del piso que compartían—. ¿Y qué va a pasar entre vosotros a partir de hoy?

Sandra resopló y se quedó parada en el salón sin saber qué diablos decir. Dejó su maleta contra el sillón y dejó la mirada suspendida en el vacío.

—No tengo ni idea.

—Pues deberías irte haciendo una porque no creo que Max vaya a renunciar a ti una segunda vez.

—Eso ya me lo ha dejado claro.

—¿De verdad? —Lena puso los ojos como platos—. Era lo esperado. Se quedó hecho polvo cuando supo que te largabas un año con una beca.

—Me lo ha dicho también.

—Oh, entonces ha sido un fin de semana completo. Sexo y confesiones —ironizó Lena camino de la cocina para tomarse un vaso de agua—. Tal vez deberías darle una oportunidad, ¿no crees?

Sandra permanecía de pie apoyada contra la encimera mirando a su hermana. No podía creer que le estuviera sucediendo.

—No estoy segura.

—Pues mujer, a la vista de lo que habéis tenido este fin de semana...

—Max quiere el final de la novela.

—¿Casarse y formar una familia? —Lena entornó su mirada hacia su hermana sin terminar de creerla.

—Nooooo, una relación estable.

—¿Y qué te impide tenerla?

—No estoy... —se detuvo un segundo pensando en la palabra que iba a decir a continuación. ¿Cómo era posible que no pudiera decirla? Antes nunca le había costado decirla, pero en ese momento... ¿Y por qué estaba echando de menos a Max desde que lo vio bajarse del coche?

—¿Por qué te has quedado callada? ¿Qué ibas a decir? ¿Qué no estás enamorada de Max?

Sandra seguía confundida. Lo echaba de menos, y no hacía ni una hora que se había separado de él.

—No sé... Es que...

—¿Qué vais a hacer con la boda? Iréis juntos como este fin de semana, ¿no?

—Es algo que debemos mirar.

—Pero si Charlie es amigo de Max, y lo eres de Rachel...

—Sé lo que vas a decirme, de manera que ahórratelo. Ya me basto yo sola para pensar en ello.

—En ese caso te dejo por hoy, pero piensa en lo que tu corazón siente por Max, y olvídate de que tienes miedo a enamorarte de él. Ya no eres una adolescente. No creo que él te vaya a hacer daño. Es más, creo que aquí la única que lo ha hecho, fuiste tú cuando rompiste con él.

—Lo sé.

—Bien. Pues procura que no se repita porque llevas el mismo camino. Y encontrar un tío como Max hoy en día es muy complicado, si lo sabré yo...—Lena apretó los labios y elevó las cejas. Luego le dio una palmadita en el hombro a su hermana y la dejó sola en la cocina.

Sandra permaneció a solas tratando de no pensar en Max, pero cuanto más lo intentaba, menos caso le hacía su mente. Aquella situación tenía pinta de que no iba a ser nada fácil.

Ferrara no esperaba a Max esa noche en el restaurante. Le sorprendió más que al resto de empleados porque había estado hablando por el móvil con él esa misma mañana, y él le había asegurado que lo vería el martes. Después de trabajar durante horas, sin comentar nada acerca del fin de semana que él había pasado, los dos terminaron la noche sentados a una mesa.

—¿Vas a contarme por qué te has presentado esta noche? Creí haberte escuchado decir que nos veríamos... Mañana, porque hoy ya es lunes y nos toca cerrar por descanso —le aseguró echando un vistazo al reloj que marcaba la una de la madrugada.

—No me apetecía irme a casa.

—Ya. ¿Qué tal con tu amiga? —Ferrara se apoyó en el respaldo de la silla y frunció el ceño observando los gestos de su amigo.

Max cogió aire. Jugaba con el vaso entre sus dedos.

—Nada salió como esperaba.

—¿Eso quiere decir que ha sido mejor o... peor?

—Los dos sentidos. Mejor porque he pasado un fin de semana inolvidable con ella. Pero al mismo tiempo lo ocurrido creo que ha complicado más la relación que teníamos.

—Vaya, pues eso es jodido.

—Me he acostado con ella —hubo una pausa larga en la que ninguno dijo nada. Se dedicaron a contemplarse como si cada uno esperara a que el otro dijera algo—. No esperaba que sucediera, pero... lo deseaba con todas mis ganas.

—¿Y ella? ¿Qué te ha dicho?

—Nada. No parece que tenga intención por ahora de que sigamos viéndonos. Pero tendremos que hacerlo antes de ir a la boda. Los preparativos y todo eso.... ¡Joder, a todos les quedó claro que éramos pareja! Pero no porque estuviéramos representando ese papel, sino porque ambos los sentíamos.

—A ver si me aclaro, os distéis cuenta que la comedia no era tal en cuanto estuvisteis juntos —resumió Ferrara viendo que su amigo asentía ante su deducción—. Ya claro, si además habéis acabado en la cama... No tiene ningún sentido representar nada.

—Exacto. No puede negar lo que hay entre nosotros. Siempre ha estado ahí, pese al tiempo que hemos estado sin vernos.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a quedar con ella? ¿A llamarla? ¿Pasar por su casa? No sé. O no piensas hacer nada y esperar cruzado de brazos a que llegue el día de la boda de tu amigo.

Max sonrió.

—Créeme que ahora mismo no lo sé, pero tendré que irme haciendo a la idea de que no vamos a vernos. Hasta que tengamos que plantearnos el tema de ir a la boda. Entonces, no le quedará otra que enfrentarse a la realidad. Lo quiera o no porque no estoy dispuesto a quedarme de brazos cruzados porque ella no sepa o no pueda enfrentarse a la realidad.

—¿Por qué no quiere que os veáis? Coño, habéis pasado juntos un fin de semana por la fiesta de compromiso de vuestros amigos en Ibiza. Y no voy a repetir lo que me has contado que ha sucedido entre vosotros, así que no entiendo cuál es el problema.

—Evitar comprometerse en una relación. De ese modo cree que no le hará daño, y no se da cuenta de que ya se lo está haciendo.

Ferrara asintió.

—Al negarse lo evidente.

—Exacto... En fin, no quiero quitarte horas de sueño o cosas que tengas que hacer, de manera que vámonos. Ya terminaremos de recoger el martes. Es hora de irnos.

No quería pensar más en ella. Ni en lo que habían hablado esa mañana ni después cuando

esperaban para embarcar porque entonces hacerlo lo cabrearía más. De manera que logró centrarse en el negocio, en idear algo nuevo para ese verano. Una carta diferente. Una que ofreciera variantes de platos fríos para el verano. Se centraría en el trabajo durante unos días hasta ver si ella daba señales de vida. Y sino, sería él quien las daría.

Capítulo dieciséis

Los días pasaban sin que ella supiera qué hacer. Había dejado entregado el manuscrito a su editora y debería poner manos a la obra con la confección del siguiente. Aunque solo fuera ir tomando algunas notas sobre qué iba a tratar. Pero la apatía parecía haberse apoderado de ella desde primera hora de la mañana. Echaba de menos levantarse y salir al balcón. Ver la playa, el mar y dejar que la brisa le diera los buenos días. Y después encontrarse a Max tumbado sobre una improvisada cama, desnudo o casi. Pensar en ello le provocaba un choque de sensaciones muy diferentes. La añoranza de esos momentos junto a él, el deseo que despertaba verlo de aquella manera, las ganas de acariciarlo y de besarlo. Si recordaba lo sucedido la mañana del día anterior el calor se iba adueñando de su cuerpo de la misma manera que lo hacía Max con una mirada.

—¿Cuándo vas a ir a verlo?

Sandra se sobresaltó al escuchar la voz de su hermana. No sabía si había sido el tono o el contenido. Estaba sentada en el sofá leyendo la última novela de una de sus escritoras favoritas. Dejó el ejemplar a su lado y se centró en su hermana.

—¿A quién te refieres?

Lena puso los ojos en blanco ante la pasividad de su hermana.

—No me tomes por idiota, por favor.

—De acuerdo es que no tengo ganas, o fuerzas para ir al restaurante.

—¿Por qué? Resulta que eres capaz de hacer que tus heroínas crucen océanos, se enfrenten a mil y una dificultades por lograr al chico que le pide su corazón, ¿y tú no eres capaz de ponerte en su posición? ¿De coger el metro y plantarte en el restaurante?

—Es ficción. ¡¿Cuántas veces te lo he dicho!?! —estaba molesta y cansada de dar siempre la misma explicación a su hermana.

—¿Y cuánto tiempo se supone vas a estar compadeciéndote de ti misma? ¿Cuánto tiempo vas a permanecer sobre la lona? No ha sonado la campana que diga que todo ha terminado, pero si no reaccionas lo hará.

—Desconocía que pudieras hacer metáforas con el boxeo.

—Si quieres te puedo poner a Mel Gibson arengando a sus tropas de escoceses en *Braveheart*. O a Russell Crowe antes de la batalla en *Gladiator*. Max te quiere. Te quiere más allá de toda explicación posible. Lo lleva haciendo años, y eso que le diste una patada en el culo largándote a Alemania con una beca. ¿Tanta prisa tenías en perfeccionar tu alemán? —Lena miraba su hermana con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho en una clara pose de desconcierto.

—¿Qué quieres que te diga?

—Que te vas a levantar de ahí, te vas a arreglar y vas a ir a verlo. Y a dejarle claro lo que sientes, y no me digas que no se trata de una simple atracción. Ni que es solo sexo, ¿querrás? —le pidió mirándola con una ceja elevada con suspicacia.

—Tengo miedo.

—¿De qué? ¿De qué Max te haga daño? ¿Qué clase de tipo aceptaría la propuesta que le hiciste? Consciente de que no iba a pasar nada de lo que luego ha sucedido. Por favor, si es como un gatito...

—Que puede volverse un tigre.

—Solo si te ve en apuros, como este fin de semana pasado. Max te defendería, te apoyaría, te cogería en brazos para que no cruzaras por los charcos. Sé lo que digo. Estuve a su lado el año que te marchaste.

—Tengo la sensación que esta relación es como caminar por el cable sin red debajo.

—Max es tu red. No dejará que te caigas.

Sandra sonrió con timidez. Lena tenía razón. Él haría lo que fuera por ella porque la quería. Más allá de cualquier atracción física y sexual. Y ella, aunque no pretendiera reconocerlo sabía que sentía lo mismo por él.

La noche estaba siendo tranquila. Era mitad de semana y eso se notaba. Pero Max ya lo sabía y no parecía importarle. Había conseguido que el trabajo ocupara su mente la mayor parte del tiempo, aunque no podía evitar levantar la mirada o volverla hacia la puerta cada vez que esta se abría esperando que ella entrara. No perdía la esperanza a pesar del tiempo que hacía que no se habían vuelto a ver. Y sabía que tenían que quedar para tratar el tema de la boda. Claro que siempre podrían ir por separado y verse en París; o ir en el mismo vuelo en asientos diferentes. Pero por mucho que ella lo pretendiera no podría separar sus emociones.

—Creo que esta noche nos vamos a ir pronto.

La voz de Ferrara hizo que Max se volviera y asintiera.

—Eso parece. Pero es algo normal. Estamos en mitad del verano y mucha gente se ha marchado fuera. De todas maneras, aguantaremos hasta que cerremos por vacaciones. No nos queda otra.

—¿No has vuelto a saber nada de ella?

Max sacudió la cabeza.

—¿Por qué no la llamas o pasas a verla por su casa?

—No creas que lo he pensado. E incluso he llegado a dirigirme a donde vive, y he cambiado de rumbo antes de llegar.

—¿Por qué?

—Porque estoy convencido de que sería perder el tiempo. Ella dejó clara su postura desde el principio.

—Pero se puede cambiar con el tiempo, ¿no? Mira, esta noche está muy tranquila, llámala. Pasa por su casa, pero no te desvíes antes de llegar. Vamos, si no tiraste la toalla cuando empezaste con el restaurante, a pesar de las trabas que encontrabas, ¿vas a hacer por la chica que quieres? Max, ella es tu destino.

Max asintió y sonrió.

—Creo que pasamos juntos demasiado tiempo aquí metidos. Comienzas a conocerme demasiado bien —le dejó claro señalándolo con un dedo—. No te hacía tan romántico. ¿El destino?

—No conoces esa aparte mía, *caro amico*.

—Hacía tiempo también que no te escuchaba hablar en italiano.

La puerta del restaurante se abrió, pero Max ya se había alejado para ver quién acababa de llegar. Ferrara sonrió cuando creyó reconocer en aquella chica a la misma que traía a su amigo de cabeza. Se acercó hasta ella para preguntarle qué deseaba.

—¿Para una persona?

—¿No está Max? —el tono de inquietud por no verlo allí alertó a Ferrara.

—Un momento.

Ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció detrás de la puerta en la que podía

leerse: RESERVADO.

—¿Qué quieres?

—Deberías salir.

—¿Por qué?

—*Una bellissima signorina* pregunta por ti.

Max se extrañó ante el tono y la sonrisa de Ferrara. No vaciló en salir y dirigirse hacia la entrada. Pero no pudo dar más de dos pasos sin pararse en seco, y quedarse sin habla. Ella estaba allí. Junto al atril en el que los clientes esperaban a que se les asignara una mesa. Miraba a todas partes como si en verdad le temiera hacerlo al frente para encontrarse con él. Max esbozó una media sonrisa y no apartó su mirada.

Sandra deslizó el nudo en su garganta y se humedeció los labios cuando lo vio acercarse. Había cambiado su traje y su corbata por una vestimenta más informal. Su rostro pareció iluminarse con una sonrisa cuando la vio, y ella no pudo evitar que su pecho pareciera acelerarse. Los nervios se apoderaron de ella cuando él se detuvo delante, observándola con detenimiento, como si estuviera memorizándola.

—¿Una mesa para dos? —preguntó pensando en Lena a la que buscaba con la mirada.

—Sí.

—¿Esperamos a tu hermana o prefieres que te lleve a la mesa?

—No estoy esperando a Lena. Pero sí, llévame a la mesa.

Max frunció el ceño contrariado. Acababa de decirle que Lena no la acompañaba. ¿A quién esperaba? Aquella cuestión tensó el cuerpo de él, pensando que se trataría de compañía masculina. Apretó los dientes, pero se mantuvo firme y profesional en todo momento.

—Por aquí —la condujo hasta una de las que estaban montadas para dos comensales y le dejó la carta—. ¿Quieres que te sirva algo de beber mientras esperas?

—Depende de lo que tardes en sentarte —le comentó mirándolo a los ojos, sonriendo y haciendo un gesto con su mano hacia la silla vacía al otro lado de la mesa.

Max se quedó con la boca abierta al escucharla. ¿Quería cenar con él? La impresión de la situación lo obligó a tomar aire por la boca y a mostrarse incrédulo.

—¿Quieres que me siente?

—He venido a verte, a cenar contigo, a charlar de lo nuestro...

Estaba tocado, le faltaba el aire a cada segundo que la miraba y la escuchaba.

—Sí, claro. Le diré a Ferrara que se encargue de tomarnos nota.

—Gracias por aceptar mi invitación.

—Debería haber sido yo quien...

—Ya lo hiciste la primera vez que puse un pie en tu restaurante.

Max no pudo ni quiso ocultar su sonrisa.

—En ese caso... ¿Por qué no me avisaste de que venías?

—Es una sorpresa.

—Sin duda.

Ferrara se acercó a tomarles nota con una expresión satisfacción y de complicidad con Max. Esperaba que aquella improvisada velada terminara bien. Por suerte no se había marchado antes, al ver cómo el negocio. De lo contrario se habría perdido lo que le deparaba esta al final.

Cuando terminaron de cenar, el restaurante quedó vacío, Max y Sandra seguían allí. Este le había dicho a Ferrara que él cerraría. Ya recogerían al día siguiente. En ese momento solo le importaba la mujer que tenía sentada frente a él, con aspecto de estar relajada después de haber cenado en un relativo silencio, salvo para hablar de cuestiones de la boda. Pero no habían

hablado de ellos y de lo sucedido en Ibiza hacía algunas semanas ya.

—Pensaba que no me afectaría de la manera en la que lo hizo —comenzó a decir Sandra tras un momento de absoluto silencio.

La tenue luz de las lamparillas dotaba al local de una atmósfera acogedora, perfecta para las confesiones como la que ella iba a hacer. Ella miraba el pie de la copa con la que jugaba entre sus dedos, para calmar sus nervios.

—¿A qué te refieres?

—A ti. A nosotros —lo miró de manera fija cuando se lo dijo—. Fui una completa ilusa al pensar que el tiempo o la distancia podían difuminar, o incluso borrar mis sentimientos por ti.

—Pero...

Ella sonrió burlona.

—Max... ¿Por qué crees que te besé aquella tarde en la playa en medio del jolgorio que había? ¿Por qué me quedé aquella primera madrugada observándote el balcón, sin importar que me estuvieras dando un buen repaso a mis piernas y mi trasero?

—Vale, vale... Estabas a tiro —dijo con una sonrisa que a ella le pareció tan dulce y pecaminosa.

—¿Por qué piensas que me acosté contigo? ¡Maldita sea, conseguiste que terminara de enamorarme de ti! Desde el primer momento te mostrarte como alguien a quien yo le importo.

—Pues claro que me importas. ¿Qué es eso de que te enamoraste de mí?

—Terminé de hacerlo. No creía que pudiera sentirlo, pero... —ella cogió aire—. Algo cambió. Siempre he tenido miedo de exponer mis sentimientos, o entregar mi corazón.

—Te protegías para que no te hicieran daño. Es algo lógico.

—Pero no puedo hacerlo de manera eterna.

—Hay que arriesgarlo en ocasiones.

—Me dijiste que querías el final de mis novelas. Entregarme al cien por cien.

—Y lo sigo queriendo.

—Tal vez me cueste en un principio, pero, ¿qué opinas de un setenta y cinco? Y ya vamos viendo. Tal vez el otro veinticinco que resta lo encontremos en París.

Max permaneció inmóvil fijándose en su mirada, y en su sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué entiendes tú?

—Lo que he querido siempre contigo —la contempló levantarse de la silla e ir hacia él, apoyarse en la esquina de la mesa para su sorpresa.

—¿Qué quieres ahora?

Él no esperó por más tiempo a levantarse y quedar a su altura. Su mirada recorrió su rostro en busca de las señales inequívocas de lo que él deseaba hacerle en ese instante. La mano de Sandra lo sujetó de la camisa y lo atrajo hacia ella de manera lenta y muy sugerente.

—Siempre tuve miedo de entregarte mi corazón, pero creo que ese miedo ya ha pasado.

Él tomó el rostro en sus manos. Le pasó el pulgar por sus mejillas con una sonrisa de felicidad.

—Me alegro.

—No me has dicho que te parece mi oferta.

—Prefiero darte una respuesta a mi manera. Las palabras se las lleva el viento, pero los hechos quedan —se inclinó sobre ella para borrarle la sonrisa. Sus labios lo volvieron loco en ese instante. Dulces, suaves, húmedos y tentadores. La escuchó gemir y dejarse llevar en el beso, apretó su cuerpo contra el suyo buscando el contacto de una manera descarada, ansiosa pero

también llena de anhelo.

Epílogo

París,

Los invitados aguardaban en la calle a que los novios salieran de la iglesia. Max permanecía aferrado a la mano de Sandra. Desde aquella noche en la que ella se presentó en el restaurante no se habían vuelto a separar. Cada uno lleva su vida por separado debido a sus trabajos, pero por las noches, eran pocas las que ella regresaba a su casa. Lena se lo agradecía porque de ese modo podía planificarse las suyas, también. Por lo pronto, no se habían planteado vivir juntos porque querían ir con paso firme. Habían planificado el viaje a la capital francesa desde el momento en el que Rachel y Charlie les hicieron llegar la invitación y la información de la boda. Y allí estaban.

—Te pondrás a coger el ramo de Rachel, ¿no? —le comentó Sofía.

Sandra puso los ojos como platos al escucharla. Sintió un escalofrío reptando por su espalda y erizarle la piel de todo el cuerpo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Mujer... —Sofía hizo un gesto con sus ojos hacia Max, que estaba hablando con otros invitados.

—Ah, no. No tenemos intención de pasar por el altar. Somos una pareja algo más moderna y despreocupada en ese tema.

—Ya, pues... ¡Mira ya salen!

Una lluvia de arroz y pétalos de rosas surcó el cielo desde todas las posiciones para regar las cabezas de la pareja de novios. Los vítores de y aplausos de alegría inundaron la calle. Max aplaudía en ese momento en el que Rachel se disponía a lanzar el ramo.

—Colocaos, chicas.

—¿No vas a ponerte? —Max le hizo la pregunta a Sandra con un toque bastante burlón.

Ella por su parte abrió los ojos como platos al escucharlo y quiso decirle algo, pero él se lo impidió dándole un pequeño empujoncito hacia el grupo. Entrecerró sus ojos como si fuera a echarle una maldición, o algo parecido. Cuando quiso tomar posiciones el ramo surcaba el cielo y caía en manos de otra chica entre la algarabía de las demás, incluida la propia Sandra. Se volvió hacia Max con un gesto de triunfo y de felicidad por no haber sido ella la agraciada.

—Ya está. No me ha tocado. ¿Satisfecho?

—Otra vez será.

—Ja, tardaré en asistir a más bodas. Bea no tiene pareja, Sofía no tiene mucha intención.

—¿Y qué me dices de Lena?

—¿Mi hermana? No sale con nadie, y creo que no es de las que se casan. Hazme caso.

—En fin.

—Además, tú y yo no nos hemos si quiera planteado irnos juntos a vivir, ¿cómo vamos a casarnos? —elevó sus cejas y lo miró confundida por aquella reacción de él.

—Es verdad. Tienes toda la razón. No necesito un papel para demostrarte que te quiero.

Aquellas palabras hicieron que el corazón palpitara en exceso, pero sin temor a que pudiera darle un infarto allí mismo. La sensación era diferente y venía acompañada de un cosquilleo en su estómago. Sonrió de manera lenta mientras Max la contemplaba.

La celebración fue un éxito. La gente disfrutó en todo momento hasta que el cansancio

hizo mella en muchos. Max y Sandra fueron de los últimos en despedirse de ellos.

—Solo quedas tú, amigo —le dijo Charlie abrazándose a Max.

—Siéntate y espera. No tenemos intenciones de pasar por la vicaría.

—Te tomo la palabra para cuando me llegue la invitación. Gracias por venir.

—No podía dejarle solo. Podrías haberte echado atrás.

Rachel y Sandra charlaban apartadas de sus respectivas parejas.

—Se os ve genial. Por fin habéis congeniado del todo y tus temores se han ido de paseo.

—Si te soy sincera se quedaron en Ibiza.

—Pues entonces seguro que de allí no regresan.

—Yo también lo creo.

—No esperaba volver a verte con Max, y cuándo aparecisteis juntos en el aeropuerto...—

Rachel abrió los ojos y la boca en un gesto de clara sorpresa.

—Así es la vida. Yo tampoco lo esperaba después de tanto tiempo sin vernos, pero... cuando Lena me llevó al restaurante de Max aquella noche, me di cuenta que a pesar del tiempo que no nos veíamos, seguía existiendo una conexión.

—En ese caso deberías agradecerérselo a Lena.

—Ella fue la responsable. La culpable de todo.

—Pero, te ha venido bien.

—Sí. No quiero entretenerme que tienes más invitados que atender. Seguimos en contacto.

—Por supuesto.

Se marcharon a su hotel en mitad de una temperatura agradable. Max se había desecho de la pajarita y desabotonado la camisa. Sandra llevaba el recogido medio suelto, el vestido algo arrugado y le dolían los pies, pero nada de esto le impedía sentirse dichosa, feliz y con la moral por las nubes.

Una vez en la habitación ella se descalzó sin mirar dónde caían las sandalias. Dejó el bolso, y comenzó a quitarse las horquillas y alfileres que todavía sujetaban su pelo. Hundió sus manos en este y lo soltó, lo estiró y le dio volumen bajo la atenta mirada de Max.

Este permanecía observándola de manera fija y expectante con una sonrisa algo tímida. Verla soltar el pelo le había producido una mezcla de cariño, ternura, pero también de un incipiente deseo por ser él quien le bajara la cremallera del vestido.

—Tendrás que ayudarme.

La mirada de ella lo encendió más aún. Pero sobre todo su gesto de volverse. El vestido ceñido a sus curvas, el pelo revuelto que ella se apartó dejando libre su cuello. Max se acercó con lentitud, tomándose su tiempo. Saboreando el momento que se le ofrecía. Se detuvo justo detrás de ella y la comenzó a besar mientras sus dedos bajaban la cremallera. Luego, los tirantes haciéndolo resbalar por los brazos con toda intención. No dejó de besarla a medida que la tela revelaba la piel.

Sandra había cerrado los ojos abandonándose a aquella sensación que le provocaban los labios de Max en su piel. Apoyó sus manos sobre la cómoda de la habitación exponiendo su cuerpo ante él. Sintiendo vulnerable y más cuando él desabrochó el cierre del sujetador liberando sus pechos. Inspiró hondo y gimió entregada a él, al momento. Él le apartó el pelo hacia un lado y la volvió a besar en el cuello, dejando resbalar sus labios por este.

—Eres toda una tentación, todo lo que deseo, anhelo...

Ella se volvió hacia él para irlo desnudando de manera lenta y sugerente. Lo fue besando dejando que las manos de él la tomaran por la cintura y la sentara sobre la cómoda sin que ella protestara. Max apoyó las manos en el mueble y se inclinó para tomar sus labios de nuevo,

sintiendo su excitación en aumento a cada segundo.

—Es bueno saberlo. Que soy tu tentación.

—Sin lugar a dudas. A la que no puedo resistirme —le mordisqueó el labio primero y tiró de este a continuación iniciando un juego sugerente. Ella gimió y ronroneó como una gata satisfecha por las atenciones que estaba recibiendo. Su corazón comenzó a galopar en su interior y necesitó tragar porque sentía el nudo en garganta cuando pensó en lo que llevaba tiempo quería decirle. Buscó la mirada de él y sonrió de manera tímida—. ¿Qué sucede?

—¿Cómo vamos a hacer?

—No sé a qué te refieres, pero sea lo que sea estoy dispuesto a escucharte.

—Me refiero a si me mudaré a su casa o buscaremos otra. No podemos echar a Lena de la suya. No sería nada justo después de ser ella la culpable de que estemos aquí y ahora en este momento tan íntimo...

Max se quedó sin capacidad de reacción mientras ella le daba cortos besos por el cuello, los hombros y bajaba hacia su pecho.

—Sí claro, tienes toda la razón. Pero, ¿lo dices en serio?

Escuchó un leve gemido de aprobación por parte de ella. Levantó la mirada.

—Hace tiempo hicimos un trato. Iríamos despacio en la relación. Me pediste el final de las novelas que escribo.

—Sí, lo recuerdo Tú me ofreciste un setenta y cinco por ciento para empezar.

—Bien, pues ¿qué te parece si llegamos al cien por cien?

Max sonrió.

—Es la mejor noticia que me han dado hoy. Si estás dispuesta...

—Lo estoy, Max. Lo estoy porque yo también te quiero —se elevó sobre las puntas de los pies, rodeó el cuello de él para besarle y dejarle claro que hablaba en serio.

Max la sujetó por la cintura y la atrajo hacia él para profundizar el beso antes de cogerla en brazos para llevarla hasta la cama y olvidarse de todo por ese momento.

AGRADECIMIENTOS.

Quiero agradecer a todas las personas que han participado de alguna forma en la creación de esta obra.

A la gente que siempre está a mi lado apoyándome.

A tod@s vosotr@s lector@s por estar ahí en todo momento alentándome con vuestros comentarios en las redes sociales. Gracias.

Espero y deseo que volvamos a encontrarnos en alguna de mis próximas historias.

OTRAS OBRAS DE LORRAINE MURRAY

Provócame con tu sonrisa (Chicas de Edimburgo, # 1)

Despierta a mi lado (Chicas de Edimburgo, # 2)

Placaje a tu corazón (Chicas de Edimburgo, # 3)

Tú... ¿mi alma gemela? (Chicas de Edimburgo, # 4)

Una propuesta arriesgada

Más fuerte que el engaño

Boda en Eilean Donan

El corazón va por libre

El sabor de tus besos

Si te enamoraras de mí

Una buena decisión

La mensajera de Julieta

Maestra de armas

El corazón de la cortesana

Algo más que una bonita voz